

LA ESPAÑA MODERNA

AÑO 18.

NUM. 212.

LA
ESPAÑA MODERNA

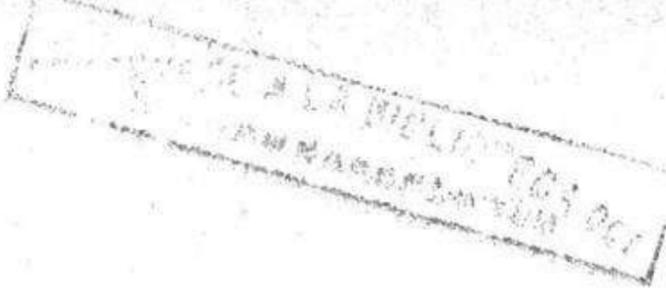
Director: JOSÉ DE LÁZARO

AGOSTO 1906

MADRID

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE IDAMOR MORENO
Calle del Tutor, 22.—Teléfono 2.000.

Para la reproducción de los artículos comprendidos en el presente tomo, es indispensable el permiso del Director de LA ESPAÑA MODERNA.



EL LIBRO, LA REVISTA Y EL PERIÓDICO

EN ESPAÑA

Muchas veces he vertido en las cuartillas el fruto de mis meditaciones, con hondísimo pesar por no poder representar de un modo concreto y definido el público, ó el lector asiduo por lo menos. El arte de escribir anda generalmente mezclado en España con la profesión de escribir. El escritor, poeta de ideas ó de formas, espontáneo productor de primicias mentales, preocúpase muy poco, en su instinto de crear, de la conservación y amparo de lo que crea, del providencialismo de la obra. Y esto, que en épocas del *mecenismo* hubiera sido una ventaja, imprimiendo la nota de candor, de espontaneidad y de generosidad á la producción literaria, que es cosecha que sólo el genio ó el ingenio debieran recoger, en el momento presente no puede dar resultado, porque siendo muy bajo el ideal, los ideales altos no se viven por la muchedumbre, y si no se desprecian, se cotizan á escaso precio. Como toda producción tiene su forma económica, ó en números y valores se traduce, en un régimen de evolución económica mal consolidado, en el cual el capital y la ciencia no engendraron una técnica peculiar nuestra, clave indispensable para una economía nacional propia, el factor artístico y científico no puede ser en España más que un *epifenómeno* social, una fase de nuestra mentalidad, pero muy distanciada de nuestra organización. Y de ahí que el arte en general y la ciencia, al carecer de sustantividad y de arraigo en aquélla, al no formar parte de la sangre nacional con su espiritual dinamismo, no se propaguen ni cir-

culen por la masa social, siendo en ella elemento plástico y generador á la vez de vida y de cultura. De ahí que el arte y la ciencia vengan á ser necesidades suntuarias para la gran mayoría de los que saben y no saben leer, y más suntuarias, cuanto que hoy vivimos por sugestión imitativa y cuesta al parecer menos dinero el producto que la máquina, el título de ingeniero que el ingenio, la traducción ó el *pastiche* que la creación y asimilación. En el fondo hay aquí el secreto de una economía psicológica, que es base de la economía crematística; por la sobriedad y la pereza, preferimos comprar un panecillo á precios fabulosos y contentarnos con tan mínima ración, á transformar nuestros sistemas de cultivo haciendo producir más y mejor nuestra tierra. Es decir, que la falta de impulsión inicial nos condena á miseria perdurable.

Considerado el producto literario y el producto científico en concreto, en vez de hablar abstractamente y de memoria del arte español y de la ciencia española, veremos que en la economía mental los vicios de la producción, de la distribución y de la circulación son iguales á los de la economía fisiológica. En nuestro *todo* social hay unas mismas leyes para el cerebro que para el estómago.

El primer carácter de nuestra producción intelectual es el ser muy rudimentaria, individual, aislada, caótica. Y este individualismo, que encarna todos los defectos y virtudes de la raza, no es el del genio, poseedor del *máximum* de capital mental, sino el del humilde artesano que para montar la tienda pide dinero prestado, pagando en forma de homenaje, bombo ó trompeteo crecidos réditos al prestamista, que á su vez pide prestado aquí ó fuera. El excesivo número de intermediarios entre el cerebro que concibe y la mano que recibe, y además la falta de trabajo acumulado, de trabajo mental, de pluridad de asociaciones perseverantes, de tenacidad y de esfuerzo en la investigación y en el estudio de los problemas ó poemas, explica por una parte la inconsistencia de nuestra producción mental, y por otra su escasez.

Cuando el trabajo mental no se personaliza; cuando no es hijo del entendimiento, de la voluntad y del corazón á la vez; cuando parece más que un acto verdadero de generación una mueca de paternidad, carece de ese espíritu expansivo y cosmopolita el producto, de esa fuerza de difusión y propagación que convierte al pensador y al artista modernos en oráculos y preceptores de toda la humanidad presente. Y el no irrumpir nuestros escritores con ansias de volar más allá de los linderos del territorio patrio, el no llevar á Europa y á América la España actual con sus figuras vivas, con sus ansias vivas y sus instituciones muertas, es otra de las formas del rudimentarismo en la producción mental. República literaria que consume todo lo que produce, ó consume con exceso, ó no produce casi nada, y, en todo caso, al no intercambiar productos, al aislarse voluntariamente, como los pequeños grupos de población rural, organismos que, en autofagia perdurable, devoran sus pequeñas energías sin lograr jamás un crecimiento normal, se exponen naturalmente á una muerte prematura, á una invasión de otros productos mentales mejores y más baratos, hijos de otro medio económico más perfecto y complejo y que, á pesar de la protección y las pertinaces defensas aduaneras, penetra en los resquicios de las cátedras y bibliotecas, llevando á remolque al tozudo pensador que á plena luz meridiana cierra herméticamente las vidrieras y se envuelve en su capa para pensar hondamente sobre los problemas psíquicos ó cósmicos, sin tener en cuenta que á la larga se asfixia ó vuelve ciego, por faltarle aire para la sangre del corazón y luz para los ojos, todo lo cual viene del mundo del cual se aleja él.

Humanismo y cosmopolitismo son el ambiente social que debe moldear la mentalidad del pensador y del artista contemporáneo. El arte y la ciencia serán tanto más nacionales cuanto más pronto y mejor se dejen penetrar por lo que se llama no nacional. Una virginidad mental vale menos que una maternidad fecunda en obras y problemas. La verdadera escuela de sinceridad no es hija de los ambientes reducidos y caseros

de *coteries* y programas, de profesionalismos mentales más ó menos perceptibles. Quien quiera ser y parecer sincero ha de procurar verter su propia conciencia personal en el gran todo de las conciencias moleculares de la masa social. Que la nota de vida que en nuestro mundo interior tenga vibración inicial, se propague como la onda en un estanque sereno, formando mi conciencia y mi universo, una solidaria integración de mente y realidad. Sólo así, por estímulos constantes, por constantes variaciones de lo personal en lo humano, la planta de la rutina podrá un día... ¡qué lejano día! hacerse híbrida y desaparecer como especie después, de la vida de la acción. Los que por vocación ó profesión hacemos de *mentores* para un público que le carga la mentalidad en los centros de representación y le abunda la menta en los nervios, conscientes de la falta de proporción entre el esfuerzo y su resultado, soñamos con el ideal kantiano de la personalidad, del nóumeno fin en sí, con medios dentro de sí para darse la propia ley y moverse según ella. Si buceamos en la masa, y allí permanecemos para hacer obra redentora, las íntimas armonías de la mente y del corazón, el concierto de lo que pensamos, vivimos y aspiramos, resuena en nuestro público, pero no consuena. Su mente es caja de resonancia y no instrumento musical. Repite, pero no reacciona, ni reobra, ni recrea. Es un público muy sugestible é imitativo, un público de arcilla y no de mármol.

Esta sugestión fácil y esta imitación excesiva dan carácter infantil unas veces y senil otras á nuestra producción intelectual. Después de todo, con esto se confiesa la propia impotencia espiritual, que nace ó de falta de ejercicio, de uso, ó de falta de iniciación en el ejercicio. Quien nunca hizo nada, le es muy difícil comprender el valor social de los que hacen algo, y algo con espíritu de solidaria piedad y no con estímulos brutales de codicia. Si somos perezosos para leer, ¿cómo sorprendernos de la otra pereza, de la más honda, de aquella que está clavada en nuestra entraña espiritual, impidiendo tal vez que el muro de la lógica de cohesión caiga cuando debiera

caer, para contar con un solar expedito donde poder edificar? Si no nos hemos habituado á hacer pensamientos ó acciones ó poemas cuando nuestra personalidad estaba en formación, ¿cómo querer prohijar personalmente pensamientos, acciones ó poemas? El pensador, el poeta y el apóstol, trayendo en sus entrañas simiente de lo que van á ser, precisan apóstoles, poetas y pensadores que cultiven su vocación. El maridaje espiritual de las almas es condición precisa para la creación espiritual. ¿Quién aspira á hacer ciencia ó arte sin una educación adecuada para ello? Es cierto que los métodos y la técnica, siendo el carril de la investigación y de la acción, no podrán quitar ni añadir adarmes al espíritu. ¿Pero quién duda que facilitan su avance? Técnica, método, dominio del natural, son condiciones favorables á la soberanía del arte ó de la ciencia; pero su raíz, su germen está en el entendimiento y en la voluntad, en el carácter. Para hacer una escuela de investigadores y de artistas hacen falta artistas é investigadores en las escuelas. Una literatura como la nuestra será tanto menos robusta cuanto menos popular sea. Y será tanto más erudita cuanto más paralelamente al analfabetismo se mueva. Es querer tener el vestíbulo de mármol y el sótano pantanoso.

Fué más fácil traer máquinas rotativas é instalar grandes imprentas y librerías en España, que el secreto del *savoir faire* en nuestros escritores, publicistas y periodistas. El maquinismo perfeccionado ha introducido una verdadera revolución en nuestra economía literaria. Siendo la máquina un instrumento de producción nada más, se ha convertido precipitadamente en órgano que se mueve á presión de dobles calorías: de las que puede dar una tonelada de cok y un cerebro mejor ó peor organizado. Y he aquí cómo lo que por naturaleza es un arte suntuario en un país en donde la mayoría no sabe leer, se convierte en manufactura y maquinofactura á la vez, atrófiando quizás el *vivifactorismo* de la personalidad, ansiosa de crear. La industrialización del arte literario, al convertir las energías espirituales de nuestra raza en instrumento ó en fuerza

motriz, es la que en mayor grado contribuye á una extenuación mental prematura. Un lector puede devorar cien cuartillas en media hora; ¿cuánto consume una máquina de componer en el mismo tiempo? ¿Y cuántas escribe el escritor, publicista ó periodista? Con carácter personal, suyas, muy pocas; y de ahí que el espíritu de empresa del librero y del impresor haya trascendido, trifurcándose, al escritor. Y así como el progreso económico dió á las empresas todo un carácter anónimo ó colectivo, en el orden literario el colectivismo y el anonimato, castrando la originalidad y fomentando el plagio, moldearon á su imagen y semejanza la crítica, que viene á ser un anuncio de primera ó segunda plana, pagado ó gratuito.

Así planteado el problema de la producción literaria en España, yo pregunto: ¿se escribe poco en España porque se traduce mucho, ó se traduce mucho porque se escribe poco? Teniendo en cuenta que lo que en España se traduce no es sólo para España, no hay que dudar que los escritores españoles, respecto de su país, se encuentran en situación poco favorable. En primer lugar, el postulado de la ignorancia de la mayor parte de los españoles se extiende á todos los españoles. Además, la envidia y el espíritu de novedad hace que, despreciando los productos de casa, se aprecien, pero á subido precio, los de fuera, que pueden ser peores. El anuncio y la organización para la propaganda son superiores en el extranjero. No deja de influir mucho la falta de cultura aun en los mismos que escriben, ó la cultura y la ilustración más libresca que vivida, que da aires de femenil ruralidad á nuestros productos mentales más hermosos y sólidos. ¿Que cómo se evita el mal? Luchando con las mismas armas, en el mismo terreno y cara á cara, con él.

El exceso de traducciones, como negocio industrial más que como estímulo y alimento de cultura, suele ser, más que favorable, perjudicial á la cultura misma. Los escaparates de nuestras librerías y de los kioscos de las grandes poblaciones están llenos de literatura insulsa, pornográfica ó revolucionaria á

bajo precio. En cambio, no se han hecho bibliotecas populares de nuestros clásicos ó contemporáneos consagrados; porque las que se llaman universales y económicas no se popularizan. Por eso la industrialización de la literatura ciega las fuentes del manantial que podía fecundarla, despersonaliza al escritor y embrutece al público.

No se piensa en socializar y humanizar sus tendencias; la nota de solidaridad no suena en nuestros círculos literarios, ni cabe en la cabeza á muchos de los que escriben. Porque son, ó la fuerza de las circunstancias los hizo, autodidactos, se creen todos á la vez con derecho á un mismo y único monopolio. De ahí la labor de crítica destructiva en forma de murmuración ó de calumnia, más tenaz, más viva y más personal que la obra de creación.

Se ha creído por muchos, que el libro, en general, llegará á ser absorbido por la revista y el periódico, los cuales reflejarán en sus columnas todo el movimiento intelectual de una época sin necesidad de acudir á esos enormes mamotretos. El mismo argumento se hace respecto de la pintura y las artes gráficas aplicadas á la imprenta. El libro y el cuadro de género, y el retrato, etc., etc., serán siempre la obra personal del artista ó del pensador, y como tales, tendrán siempre marco personal también. Hay en las columnas de la revista ó del periódico algo que revela el carácter de mentalidad de masa ó muchedumbre. A la actualidad se supedita todo, hasta la misma originalidad. La fisonomía personal del escritor se desvanece ó esfuma en la abigarrada expresión de mil rostros, cuya mueca obligada se funde en el ansia de agradar y distraer al público que compra. El libro tendrá siempre propia sustantividad. No podrá desaparecer, aun en momentos de marasmo intelectual como éste por que España atraviesa, y en los cuales ignorancia, pedantería y frivolidad se dan la mano. Habrá siempre en medio de la mayor ramplonería algo que redima del hastío al público ramplón, hiriendo de muerte á publicistas y periodistas ramplones y embrutecedores. Es cierto

que la necesidad que agrada y paga para que la diviertan, irá eliminando poco á poco de su ambiente mental al escritor. No puede echar profundas raíces una planta en tierras abregosa y *abrasada*. En nuestras masas de analfabetos el orador ó charlatán producirá más ruido, más efecto, que en la mínima legión de nuestros lectores el escritor. Porque aquí el que lee, lo hace con prevención ó por mero pasatiempo. Libro que atrae la voluntad y ata tenazmente la atención con enrevesada sintaxis ó lenguaje obscuro, es libro condenado á morir intonso. Libro que fustiga los vicios del lector, en cuyas páginas silenciosas se guarda para cada curioso una bofetada de sincera indignación ó un chaparrón de inconvenientes verdades, es duro, cruel, no se resiste. Queremos caballos domesticados, que se dejen cabalgar por un jinete sin espuelas, que marcha adormilado por la prosa sin darse cuenta adónde va. El éxito de la novela, en comparación con producciones literarias de carácter didáctico, se explica por eso. Y cuando el éxito es la suprema finalidad del escritor, suele descoyuntar muchas mentalidades, descentrándolas de su verdadera posición para llevarlas á la lista de una gran *troupe*, para ser un número más del cartel y una nueva modalidad del *juego*, para distraer el aburrimiento ó preparar el sueño. En países poco cultos el libro no podrá ser nunca planta de cultivo, y las grandes mentalidades que escriben no lograrán el prestigio de las medianas medianías que *hablan ó representan*. Puede ser, no obstante, de gran utilidad, saneando el ambiente y consolidando el terreno para librarle de insólitas avenidas. El libro en el orden de la producción literaria debe ser fuente, pero fuente de pristino manantial, colector de corrientes que por distintos cursos discurren. El hombre de ciencia y el hombre vulgar sacian su sed de saber en la lectura: el primero, sacando dudas de la verdad, interrogando á una respuesta ó respondiendo á una pregunta; el segundo, descansando en la enseñanza ó en el consuelo de aquellas páginas que le hablan sin dialogar, ó dialogan con el sereno mutismo de los ojos enamo-

rados. Nadie puede negar que, á pesar de esta enorme necesidad ó conveniencia, que convierte al libro en gran acumulador de las energías espirituales de un pueblo para encauzarlas y distribuir las por mediación de otros órganos de la vida intelectual del pueblo mismo, el libro está en crisis. El número de lectores del libro es generalmente reducidísimo. Si el número de analfabetos en España tiene un coeficiente superior al 60 por 100 de la población total, la agnosca de los que saben leer es superior al 90: saber leer en el sentido de elegir y desleir y entender. Las entendederas son el alfabeto chino que vela en sus innumerables caracteres facetas más innumerables de las ideas ó de la realidad. Tener entendederas es saber leer, en donde nadie ha escrito, el poema del pensamiento sin palabras. Leer un libro con alma y corazón es preñarle de mentalidad renovada ó virgen y hacerle parir después libros nuevos.

El libro de ciencia ó de motivos científicos suele cansar, porque no se sabe ó no se puede entender. El niño y el viejo necesitan alimentación desleída, caldosa, que haga innecesario el jugo gástrico. A la crisis del libro contribuye no poco la crisis de la crítica y la impaciencia ó vanidad del escritor. Se persigue una firma y no un prestigio; y la crítica las hace ¡sabe Dios cómo! La crítica ha dejado de ser juicio sereno, desapasionado é imparcial, para convertirse en descocada alabanza ó insulto grosero. Y al trascender del cenáculo literario al cotarro de cervecería ó de círculo; de la sabia y prudente sentencia de los consagrados, al estúpido desvanecimiento de nulidades impotentes, que se lanzan por donde nadie los llama; del recinto del gabinete de trabajo ó de la cátedra, á una columna del rotativo ó á las últimas páginas de la revista, desnaturalizándose y perdiendo su razón de ser, hirió de muerte al libro, cuyo poder sugestivo en el gran público queda reducido á la originalidad llamativa de la cubierta, ó á los fascinadores epígrafes del índice. El público que aspira á enterarse de algo por los libros, tropieza hoy con la enorme dificultad

de saberlos escoger. Sobre un mismo tema, en un mismo momento, se escriben muchos y se leen muy pocos. Para juzgarlos comparativamente, deben leerse todos. ¿Y quién lo hace? ¿Y cómo puede hacerse? El libro está en crisis, porque aun siendo escasísima su producción, en conjunto es monótona y fastidiosa, carece de la nota personal, de la cosecha personal, del estudio personal, de la interpretación propia de una realidad no vista, ó vista de un modo nuevo. El libro se anula á sí mismo por falta de cultura en los que escriben y en los que leen, y de caridad, sobre todo, en los que critican.

Para los que afirman que el libro tiene dos grandes enemigos en la revista y en el periódico, no hay más que señalarles el ejemplo de Norte-América y de Inglaterra, donde constituyen tres eslabones de una misma cadena, ó tres espejos que reflejan una misma imagen. No hay duda que á medida que aumenta el área mental de un pueblo, crece proporcionalmente la necesidad de nutrición intelectual; se hace necesario lo que antes era suntuario sólo; y, por el contrario, la sobriedad en el consumo de productos intelectuales trae aparejadas á la larga la inapetencia y el hastío. La revista responde á la necesidad de la información gráfica ó científica. La facilidad de las comunicaciones implica la facilidad de aperccepción y correspondencia en el movimiento científico. Cualquiera, desde cualquier parte, puede estar al tanto de todo, teniendo abiertas las dos grandes ventanas del espíritu moderno (la revista y el periódico) hacia el inmenso campo de mirada de la vida cosmopolita. En el periódico, como hoja volandera, las impresiones y fenómenos sociales dejan huellas muy efímeras. El libro, en general, es sólo para los hombres de estudio ó para los desocupados. Entre uno y otro, goza la revista de propia sustantividad, tiene derecho á la vida; pues sin dejar de ser actual, debate, estudia, investiga y presenta el hecho, el suceso, la idea ó la teoría, en un plano muy superior al de la masa de lectores de un periódico. La revista es un índice para el estudioso, y una síntesis, un

extracto para el hombre mundano culto. En nuestra sociedad, la revista satírica, ilustrada, seria ó sintética no se ha hecho aún necesaria para las clases ilustradas, ó acomodadas é ilustrables; y no es raro ver en algunas publicaciones de esta índole, junto al cliché de D. Fulano ó D. Perengano, un cuenti-to, cliché de literatura impresionista, especie de *coiffure*, de *toilette*, y el último figurín de los modistos de París. Esto indica el carácter embrionario de este género de publicaciones en España, el reducido público que sirven y sostienen, y la insignificante altura intelectual de los lectores.

En este género de publicaciones prevalece el fin utilitario y hedónico del público. Así, las que mejor y más larga vida alcanzan son las revistas económicas, las revistas de modas y las ilustradas. La ilustración, tan enemiga en este país de la cultura, fascina con láminas, cromos y retratos los ojos, y embrutece la mente con aventuras brutales ó descabelladas, dando pasto á la fantasía calenturienta con engendros asquerosos. No conozco en España una revista semanal tan completa y orgánica como *Die Woche*, donde la ciencia y el arte y el movimiento intelectual y el anuncio se dan la mano con gusto y perfección: esto unido á una inmejorable presentación tipográfica. En el género de revistas sintéticas (*LA ESPAÑA MODERNA*, *Nuestro Tiempo*, *La Lectura*), que están al nivel de los de igual clase en el extranjero, tanto en precio como en calidad, pues en ellas colaboran las mejores firmas del publicismo español, es donde más clara y evidente aparece la inapetencia de saber de nuestro público. En mis viajes por Europa, he podido comprobar que en los grandes hoteles y trenes de lujo el *learning-room* es ya tan necesario como el *water-closset*, porque no puede menos de interesarle á un hombre de negocios ó á un *viajero* lo que pasa en su país y fuera de él, en la semana, en la quincena ó en el mes. Las mejores revistas francesas parecen estar escritas para los grandes terratenientes, vinicultores, financieros, políticos y profesores de la República. No es raro ver entre las páginas de un artículo de Brunetière ó

Lanessan un anuncio muy bien presentado de vinos para la exportación. Ver la realidad variable de nuestra patria á través de su mentalidad privilegiada; sentir y pensar nuestro país por *inducción* de los grandes pensadores, publicistas y artistas del país, es fomentar el crecimiento del espíritu patrio, logrando mayor y mejor conciencia de él y estimulando al que escribe ó piensa, por ofrecerle basa más sólida y amplia á sus éxitos ó prestigios.

Pero la débil ponderación que acusan en la vida intelectual de nuestro pueblo este género de publicaciones, se debe no solamente á la falta de solidaridad con el libro y con el público, que pudiera y debiera leerlas. A mi ver, somos nosotros mismos, los escritores y publicistas, los que, desdennando la actualidad viva, endosamos al director nuestras insubstancialidades muertas, y haciendo innecesario, por incompetencia ó inoportunidad profesional, lo que debiera de ser base de opinión y de tendencia social entre cierto género de lectores. A esto hay que unir el divorcio entre el escritor ó publicista y el periodista, dos abejas tabiculadas en celdillas vecinas y con agujeros ocultos, para robarse la miel que elabora ó almacena una de ellas. Y claro está que este divorcio trae aparejado el del periódico y la revista, que al no anunciarse frecuentemente en aquél con sumarios sugestivos ó trabajos extractados, pasa inadvertida para la gran mayoría de los lectores del periódico. En síntesis: puede afirmarse que el gran mal que daña la economía de nuestra producción intelectual es el exceso de autonomía y la falta de solidaridad, el carácter excesivamente nómada de los obreros y la carencia de cohesión y de concatenación y armonía en sus obras. Así como la conciencia colonial acusa ó una falta de asociación ó un proceso de disociación en la vida mental (el crepúsculo puede anunciar el día como la noche), así también la separación absoluta entre las esferas de acción y pensamiento del libro, de la revista y del periódico, contribuye á debilitar ó á impedir el crecimiento de nuestro ambiente espiritual. Si quere-

mos robustecerlo, no hay otro medio que verificar cuanto antes la soldadura; y sobre todo, procurar siempre la orientación de estos productos hacia la realidad nacional y cosmopolita viva, no al pasado muerto ó á un presente interior que no sepan ni puedan interesar, pues no debe olvidarse que el interés es el gran secreto para sostener la atención y conquistar lectores, y el que logra interesar con sus trabajos, logrará á la larga interés para el capital intelectual de sus trabajos.

El periódico es, entre los tres productos intelectuales aquí analizados, el más preponderante, al parecer el de mayor área social, el que ejerce una verdadera oligarquía intelectual en su público. Y al hablar del periódico, se entiende, por antonomasia, el rotativo madrileño, pues la prensa local y regional, con raras excepciones, queda reducida á ser hoja telegráfica de información y de anuncios.

Se ha dicho que el periódico era el órgano de la conciencia social, y es verdad; pues de la misma manera que en la vida psíquica del individuo se nos revela bajo la forma de *dictamen* ó *apercepción* integral aquélla, en la colectividad su dictamen se llama opinión; dictamen y opinión que en uno y otro caso han de ser integrales y totales, y, por lo tanto, personales también. Cuando las circunstancias, el hábito ó la incultura profesionalizan los órganos de dictaminación y opinión, como sucede en España respecto de la prensa y de otras instituciones, que se arrogaron el derecho de pensar y de obrar por el individuo, anulando por completo su personalidad, puede sostenerse, sin miedo á ser contradicho, que esos órganos sin función normal están en crisis ó se acercan á ella. Por muy flamante que se nos muestre el rotativo y muy poderoso que aparezca el dogmatismo español, que ejercen oligarquía en el pensamiento individual y social de los españoles, es muy débil en realidad su acción y muy deleznable su base. El dictamen individual y la opinión social son como la isla diminuta en el océano, el oasis en el desierto. Sólo cuando la superficie del mar es cristal

transparente, se ve la tierra que inunda. Sólo cuando al mar se roba tierra con el esfuerzo y el trabajo perseverante, se agranda en realidad la superficie. Si todos los productos intelectuales carecen en España de ambiente, el periódico tiene que vivir anémico en un país de analfabetos. Nuestra prensa habla de la cultura nacional como de un tópico político, y no se ha convencido que por instinto de conservación tiene que predicar su necesidad entrañablemente.

Cada escuela que se abre y enseña á leer es un vivero de clientes para el periódico. Es preciso dejar en barbecho ese público gastado, que lee el periódico al desayunarse ó para dormirse, y roturar el campo enorme de la ignorancia española, en cuyo subsuelo ha de encontrarse levadura de infancia mental y formas vírgenes de conceptualización. La prensa, cuyo poder radica en la opinión que hace ó que destruye, será tanto más poderosa cuanto mejor y más libremente opine, y tendrá tanta mayor libertad moral cuanto más grande sea su independencia económica.

Hoy, soldado mercenario, unas veces de la política, otras de la industria, y casi siempre de ambas á la vez, el anuncio y el artículo de forma son jaculatorias y preces á la limosna, precisamente porque el gran público no es un colaborador de la opinión y de la independencia económica de la prensa. Cuando el espíritu público está tan desarraigado del espíritu individual, cuando hay verdadera indiferencia para los problemas más vitales de la comunidad, es muy difícil lograr interesar, sosteniendo la tensión mental de los lectores de perro chico, como ésta no venga habitualmente preparada desde la escuela. Y he aquí cómo se enlaza la cuestión de la crisis de nuestra prensa con el problema general de la cultura patria. Un público escaso, formado por lectores escépticos y creyentes á ciegas, jamás podrá alimentar y sostener opinión. Y si la opinión carece de fuerza propulsora para la acción, por ser escasa, caótica ó crepuscular; si no hay integración social de opiniones individuales unánimes que aten las mentes y alien-

ten los corazones para mover las voluntades, jamás será posible el progreso colectivo. El Estado, convertido en órgano manufacturero de este producto, lo hará superfetar artificialmente sobre la masa social, y tendremos una epidermis de dama parisiense en el rostro deforme de un sudanés.

El poder de la prensa no nace en la redacción ó en el gabinete del político ó en la cháchara del círculo: viene del arroyo. La prensa en sí carece de poder. Es mero reflector; pero cuando de la calle nada llega á las columnas del periódico, con algo han de llenarse para que no queden en blanco, y el hábito de hacerlo trae la ilusión y el engaño de que para la vida de la prensa, el público consumidor del periódico no es un colaborador de él, y tal vez el más principal. La ignorancia del público, y en general de las clases sociales de nuestra vida nacional, le impide colaborar en la prensa, siendo el principal generador de esta fábrica intelectual, al proporcionarle primeras materias y energía motriz. Cuando la prensa carece de este poder colectivo, del solidario y universal poder de millares y millones de lectores recibido, en vez de pensar en alta voz *por representación*, sufragio y predilección, lo hace peligrosamente por autoritario derecho propio. Y si la prensa fué la primera planta del campo de la libertad y la mejor herramienta para roturar dicho campo, cuando olvida su abolengo democrático para hacerse autoritaria y dogmática y aspirar á ser iglesia de medianías que leen de corrido, se niega á sí mismo, y, además, suscita las iras y el desprecio de los genuinos representantes de la autoridad tradicional, y al condenar al destierro, al olvido ó al silencio las inteligencias libres de nuestra comunidad espiritual, ó las hace perecer por asfixia, ó irrumpir á otros ambientes no patrios, debilitando, por tanto, el espíritu nacional al fomentar su disolución ó dispersión. El poder de la prensa no es poder de autoridad, sino poder de libertad. Prensa que le prostituye ó esclaviza, ó por lo menos no le fomenta, no es digna de vivir. Cuando el rotativo es una doble sucursal ó agencia del dinero y de la política, que es otro negocio que

también produce dinero, es un arma peligrosa para el régimen político y social existente, pues en vez de ser fuerza nacional y social, se hace de clase y de profesión. Vinculada en una clase, que es la burguesía y la medianía intelectual que nutre las filas de la política, la democracia y la nobleza la desprecian, llevando sus odios no sólo á la prensa, sino también á la misma mesocracia, debilitada no poco por la doble presión de los de arriba y de los de abajo. Los que recientemente han visto coincidir en sus desprecios y desdenes á la prensa á un *conservador reaccionario* y á un ácrata cristiano, se explicarán ahora el porqué.

Siendo nuestra prensa un producto intelectual para medianías, á lo sumo serán medianías los que á ella se consagren. La separación entre el periódico y el libro y la revista no puede ser mayor. Se tiende con aquél á monopolizar toda la masa cerebral. Se le supone ser el único oráculo del pensamiento moderno. Para nuestros periodistas al uso no hay más soberanía intelectual que la del papel impreso, que la de la hoja diaria. ¡Y qué soberanía la de los que esclavizan el propio pensamiento, convirtiéndose de grado en confeccionadores y desvirtuadores de él! Al periodismo español van á parar los inclasificados ó no preparados para cualquier profesión ú oficio. Por él suele pasarse como gato por ascuas, corriendo hacia la política ó la cátedra; pues de permanecer en él mucho tiempo, se corre peligro de atrofia. El aprendizaje suele hacerse en la redacción; y no es un aprendizaje técnico y científico á la vez. El uso, el hábito y la experiencia de largas horas nocturnas, en recintos donde se asfixia el pulmón y la mente se enmohece, convierte á la larga al neófito en fácil ó ingenioso emborronador de cuartillas, ó hábil manejador de tijera. El periódico, cuando no es una sinfonía de palabras, parece un tapete de camilla confeccionado con retales viejos. Y el público de él viene á tragar lo que otro ha digerido, es decir, excrementación mental del primero. Esta falta de técnica y de laboriosidad habitual, el aprendizaje del

oficio en la redacción, convierte á los periódicos de menor circulación, á los semi-inéditos, en escuelas de periodismo para el rotativo, donde también se ingresa por la portada del favor, ó bajo condición de merecimiento. En España, todos los oficios, el que más y el que menos, están casi á la altura de sus correlativos en el Extranjero, menos el de periodista. Hay algunos que ni saben traducir el portugués. La gran obra de redención de la prensa, que podrían hacer los rotativos madrileños, sería establecer una escuela profesional de periodistas, donde se aprendiese á escribir la hoja diaria como Dios manda. De todas las prensas europeas, la española, la francesa y la italiana son las que me revelan un carácter más femenino y trivial. El detallismo ahoga las concepciones y tendencias colectivas. No se piensa en público. Se charla en letra de molde, como en el casino se charla en viva voz. Y aún entre el periodismo español y los otros dos periodismos latinos hay una distancia inmensa. Estos últimos reflejan á su nación vida internacional y la fomentan en ella. Nosotros no conocemos el extranjero más que por algunos telegramas y algunas ocurrencias y divagaciones del corresponsal. La reseña internacional y la correspondencia política y social de los grandes centros de la vida mundial no se ven en el periódico. Suele disculparse la omisión con el argumento de que no los lee nadie; pero ¿no los lee nadie porque no se ponen, ó no se ponen porque no los lee nadie? Si al lector de hace veinte años le revienta una crónica internacional, una revista económica bien hecha, en cambio no hay que desconocer que el periódico está recibiendo lectores nuevos todos los días, que en diez años hacen algunos miles de lectores, cuya suma ha de tener ponderación en la marcha del periódico. Y claro está que el lector nuevo ha de someterse siempre á la influencia educadora de la prensa con más facilidad que el otro, cuyas protestas de rebeldía se ahogarán con la aprobación unánime y silenciosa del público sensato. Suele llamarse, con gran error de sentido, á mi ver, actualidad aquello que actualmente está

á los ojos del que escribe. Yo creo que en el momento que yo escribo todo es actual; y es más actual lo que ve mi público que lo que miran los ojos de mi mente; y es más actual lo que miran las inteligencias más privilegiadas de nuestra sociedad que las de las masas, cuya enfermedad, endémica ó hereditaria, suele ser la miopía. Así como en la conciencia individual se nota un desarrollo y un crecimiento en intensidad y en la extensión de su área, en la colectividad sucede lo propio. Y suele darse el caso que lo actual pasa á ser inactual, y viceversa. Los inactuales de hoy son revolucionarios y precursores para mañana. ¿A qué se reduce la actualidad que impresiona la retina de nuestro rotativo? A unas cuartillas más ó menos geniales de una firma literaria; al artículo de fondo, que debiera llamarse de forma ó de superficie extensional, teniendo á lo sumo el valor del lugar que ocupa; á los telegramas que proporciona el Gobierno, á los escasos que venden las agencias, á los que se recortan de periódicos extranjeros, á los que gratuitamente se envían de provincias y espontáneamente se hinchan, á cuatro ó seis relatos referentes á las anomalías y vicios de nuestra constitución social, y á la recopilación del suceso que hiere la fantasía, pero que no enseña al entendimiento. En puridad de verdad, con estas orientaciones el rotativo, por estas y por otras causas, es un corruptor de mayorías y el mayor corruptor de todos.

En un metro cuadrado de papel cabe algo más de lo que ordinariamente allí se pone. Los ojos de la prensa española padecen acromatopsia. El paisaje, en manos de nuestra vida social, se graba en su campo retiniano muy incompletamente. Diríase que los bastones y filamentos nerviosos tienen sólo afinidad, pero una especie de afinidad abstractiva, por lo cual sólo el negro y el rojo y los grises (tonos ó individuos) pueden llegar al cerebro. Los nuevos oculistas para este mal ya tienen cliente.

Tan estrecho maridaje existía entre la prensa y la política, que los periodistas de ayer son grandes figuras de la política

actual, alguna de las cuales no dejó aún de ser periodista. Era este vínculo el mismo que el de la cruz y la espada en la Edad Media; pero á medida que la política, saliendo del período de efervescencia revolucionaria, se consolidó en empresa de gobierno, irradió su espíritu á la prensa, su gran colaboradora, y el negocio de la política hizo pensar en la política de los negocios. Cuando el rotativo congregó en torno suyo una gran masa de capital y un regular número de obreros, se fué acentuando cada vez más la escisión entre la prensa y la política, tratando aquélla de entregarse en nuevo maridaje á toda la vida social de la nación, y haciendo del dinero el denominador común de todas las ideas. Esa fué la revolución silenciosa del maquinismo en la vida interior de la prensa; pero he aquí que al lado de las Marinoni falta aún un buen sistema nervioso telegráfico y telefónico, urbano, rural é internacional, y buenos periodistas que den factura compleja, armónica y variada al periódico, á través de cuyas columnas se vislumbre la compleja trama de nuestro pueblo. Aún seguirá mucho tiempo gravitando la política sobre el rotativo; y habrá muchos hombres de partido que sueñen con que el público les devore cada día cien mil números de su periódico, sin fijarse en que las mentalidades de mayor relieve en el país apenas llegan á la décima parte de lectores.

Cuando al espíritu de empresa de la prensa se une el espíritu de empresa de la política, esta detentación oligárquica del poder parlamentario y periodístico suele retardar la evolución social de la prensa en el sentido de su impersonalización individual y de su personalización social. El público alimenta su curiosidad femenina en hojas tal vez mejor impresas é informadas; pero va tragando poco á poco la píldora sin darse cuenta; y la conspiración del silencio ahogará el espíritu de protesta de los pocos lectores que, no siendo lerdos, sepan adónde se dirigen los tiros. En este caso, sólo el espíritu cooperativo del público y la solidaridad de los lectores, ayudada por el Estado en la función tutelar, que hay derecho á exigirle, puede

tomar la defensiva contra los nuevos caballeros de industria, cuyas cruzadas se emprenden, no para redimir el santo sepulcro de ideales muertos ó moribundos, sino para custodiar el santo dividendo, el santo contrato ó la santa subvención, que pueden ser arrebatados por una voz imprudente en las Cámaras ó por una firma anónima en el periódico.

ELOY LUIS ANDRÉ

LA EVOLUCIÓN POLÍTICA ARGENTINA

Y SUS BASES ECONÓMICAS

La evolución política de los países nuevos merece analizarse sociológicamente, pues resume en breve espacio de tiempo las transformaciones que en otros pueblos han durado muchos siglos. Es un caso particular del principio general establecido por Aquiles Loria, según el cual la evolución económica de las colonias contemporáneas permite estudiar la evolución total de los agregados sociales que constituyen los modernos pueblos civilizados. Este principio sociológico no es, por otra parte, más que una aplicación al mundo sociológico de una ley demostrada por Ernesto Haeckel en el mundo biológico: la evolución ontogenética reproduce en el individuo toda la evolución filogenética antes atravesada por la especie.

Un siglo de independencia política no ha bastado para organizar definitivamente la vida institucional de la República Argentina. La razón de ello es simple: ningún agregado social puede alcanzar una organización definitiva de su régimen político si antes no se consolida la constitución económica que le sirve de fundamento, ya sea con la apropiación y explotación de la tierra libre, ya sea con el desarrollo progresivo de la producción industrial capitalista.

I.—EL CAUDILLISMO ANÁRQUICO

Al emanciparse de la dominación española — cuyo sistema colonial fué de lo más negativo que pueda imaginarse para la vida económica de sus colonias — la Argentina se encontró

con una producción rudimentaria, sin embrión alguno de vida industrial y con un comercio mezquino, carcomido por el contrabando.

Los criollos, políticamente libres, se encontraron desorientados. Durante los primeros veinte años de la vida política argentina (1810-1830), la ausencia de intereses bien definidos se tradujo por una completa desorganización económica; ésta fué la base sociológica de una política personalista y caótica que los historiadores locales llaman «el período de la anarquía argentina». Este régimen fué una especie de feudalismo bárbaro. Los propietarios de la tierra eran verdaderos señores en sus dominios; resumían en su propia persona la autoridad política y el privilegio económico. Estos señores tenían el nombre de *caudillos*, agrupándose los más débiles en torno de los más poderosos para constituir facciones políticas generalmente inorgánicas, puesto que no respondían á unidad de intereses económicos, sino á pasiones é intereses de orden personal. Ese régimen político, llamado *caudillismo*, fué la superestructura política natural de un régimen económico todavía indefinido. Cuando la acción de los partidos políticos no está determinada por intereses comunes, la influencia personal de los jefes es la única fuerza que orienta á las facciones que se disputan el ejercicio del poder.

La característica objetiva de este régimen es la ausencia de intereses económicos diferenciados, debida á la falta de una organización cualquiera del trabajo productivo. En este primer período no existen, pues, verdaderos partidos políticos, sino influencias personales fundadas en la riqueza ó en la audacia de los *caudillos*.

II.—EL CAUDILLISMO ORGANIZADO

Cuando la producción comienza á desarrollarse se definen en el país diversos intereses económicos, aunque vagamente; entonces el régimen del feudalismo inorgánico se transforma

en feudalismo organizado. A la «anarquía de los caudillos» se sustituye el «régimen caudillista organizado», que, en cierto modo, refleja la parte más importante de los intereses económicos en formación.

Estos devienen orgánicos cuando la agricultura y la ganadería se desarrollan metódicamente, reemplazando el primitivo pastoreo por la *estancia*; se acentúan más tarde cuando se inicia la vida industrial y se desarrolla el comercio.

Esos fenómenos económicos (á igualdad de capacidad productiva de la tierra) se realizan primero en las regiones cuya situación geográfica facilita la circulación de los productos. Por eso, en cierto momento de la evolución sociológica argentina, encontramos que la ciudad de Buenos Aires y las provincias llamadas del litoral, situadas sobre los grandes afluentes del Río de la Plata (el Paraná y el Uruguay), se encuentran en un grado de civilización avanzada, mientras que las provincias mediterráneas, en el Oeste y Norte del país, permanecen en plena barbarie feudal. Este desequilibrio natural entre la evolución económica de dos zonas del país fué la causa de graves conflictos que duraron medio siglo, y que persisten todavía, aunque transformados.

En primer lugar, apareció el conflicto entre la anarquía económica y el régimen económico feudal. El *caudillismo inorgánico* vino á resolverse en la sistematización del feudalismo, cuyo exponente político fué el *caudillismo organizado*. Esta primera evolución de la política argentina, representada por el engranamiento y la subordinación gradual de los pequeños señores feudales, tuvo su personaje representativo en el eminente caudillo D. Juan Manuel de Rozas. En este sentido, puede decirse que él constituyó la nacionalidad argentina sobre el caos inorgánico del período anárquico; conviene advertir que, después de vencerlo, sus enemigos políticos han desfigurado su rol histórico, presentándolo como un tirano implacable. Tuvo, es cierto, los defectos políticos de su época y las mismas pasiones personales que sus enemigos.

Mientras se organizaba así la burguesía feudal argentina, con el nombre de *partido federal* (representando los intereses de las provincias mediterráneas, eminentemente feudatarias y pastorales), comenzó á constituirse lentamente otra fracción de la burguesía más evolucionada, con el nombre de *partido unitario* (representante de los intereses de la burguesía industrializada y del naciente comercio). Es inútil insistir sobre el hecho de que esas tendencias políticas ignoraban en absoluto su propio fundamento económico; por otra parte, nuestra clasificación sociológica de los partidos argentinos debe tomarse como una interpretación general, en un sentido amplio; no pretende corresponder en detalle á todos los acontecimientos particulares.

El rasgo característico de este segundo período es el conflicto entre dos etapas distintas de la evolución económica. El interior del país, su casi totalidad, vivía del pastoreo primitivo, sin que se observara ninguna tendencia á industrializar la ganadería; al mismo tiempo, en la zona del país favorecida geográficamente se inició el sistema de producción moderna, tanto en el orden agrícola y ganadero como en la actividad industrial y comercial. Las dos partes de este conflicto podrían simbolizarse en los términos *feudos y aduanas*, tomando á cada uno como representante de un régimen económico. Estas dos tendencias, cuyos intereses son heterogéneos (conteniendo en germen el conflicto económico universal entre el interés y la renta), fueron la base de una larga guerra civil, disfrazada con los nombres de Unitarismo y Federalismo. Esos dos partidos representan las dos formas fundamentales que más tarde revestirá la naciente burguesía argentina; el proletariado rural, ignorantísimo, apoyó en esta lucha á la tendencia burguesa menos evolucionada, á la feudal.

El hecho fundamental de la época es que los intereses de la burguesía feudal eran los más importantes en la vida económica argentina; por eso le correspondió lógicamente el predominio político (1825-1850).

III.—EL PARÉNTESIS UNITARIO

El partido unitario, que no representaba la mayoría de los intereses económicos del país, suplantó al federal gracias á una división de éste. Urquiza, señor feudal de las provincias del Este y lugarteniente de Rozas, se revoltó contra su jefe, entregando el país á los unitarios; éstos anularon á Urquiza y difamaron el régimen caído.

Sin embargo, la fuerza de los hechos pudo más que las nomenclaturas políticas. El triunfo unitario fué puramente nominal; los intereses económicos del país eran los que servían de base al partido federal, y por eso el país (después de la caída de Rozas) adoptó una Constitución federal. Los hombres representativos del unitarismo fueron dos estadistas geniales, Bartolomé Mitre y Domingo Sarmiento, que se sucedieron en la presidencia de la República.

Durante ese período (1850-1874), los intereses mediterráneos que antes convergieron á formar el Partido Federal se reorganizan y concurren á la formación del Partido Autonomista Nacional, frente al antiguo Partido Unitario, que detenta el poder político apoyándose en Buenos Aires.

Entonces la organización político-social argentina comienza á delinear bien sus contornos. La burguesía feudal se define con intereses de clase cada vez más netos y evolucionados; frente á ella se inicia la formación del régimen de la producción capitalista.

Conviene observar que la evolución económica es simultánea en la producción agropecuaria y en la producción industrial capitalista. En una región del país despiertan las industrias, se amplía el comercio, la actividad económica se nivela con la de los países económicamente más evolucionados. En la otra región del país, la primitiva producción feudal es sustituida por sistemas de agricultura y de ganadería cada vez más técnicos é industrializados; en pocos años la producción

rural se eleva á cifras relativamente enormes, centuplicando la riqueza general del país.

Al terminarse este período, la escisión de los intereses económicos es más fácilmente visible, y se refleja netamente en la vida política: hay una burguesía rural y una burguesía capitalista.

IV.—PREDOMINIO DE LA BURGUESÍA RURAL

En este período recuperan su natural hegemonía los intereses de la burguesía rural; representan la enorme mayoría de la riqueza del país y les corresponde la administración política. Con la presidencia de Nicolás Avellaneda se inicia el advenimiento al poder del Partido Autonomista Nacional, cuya fuerza reside en las provincias mediterráneas, como antes la del Partido Federal.

Su influencia ha sido continuamente contrastada por varios grupos políticos, cuyas tendencias concordarían con la del Partido Unitario y la política de Mitre; esos partidos (Cívico, Radical, Demócrata, Republicano, etc.) sólo encuentran simpatías en Buenos Aires y en la región litoral, es decir, en la zona de la producción industrial más evolucionada, en la burguesía capitalista. Pero son la menor parte en la balanza de la riqueza nacional; esa es la base económica del predominio del Partido Autonomista Nacional.

Julio A. Roca, presidente dos veces, dotado de mucha perspicacia y gran sentido de las realidades prácticas, es el representante de esta política y el jefe de ese partido. Durante los últimos treinta años, el Gobierno representa los intereses de la gran masa de la producción nacional, esencialmente rurales. Toda política favorable á los intereses de la burguesía capitalista (que es una pequeña minoría) sería una política de especulación sobre la economía del trabajo social, pues las verdaderas fuentes de la riqueza colectiva son la agricultura y la ganadería.

Durante este período (1874-1884) el sistema político se hace

cada vez menos *caudillista*. El Partido Autonomista Nacional es una sistematización de los intereses económicos propios de la burguesía rural y conservadora; los partidos opositores son portavoces de la burguesía capitalista y liberal. Sin embargo, todos esos partidos son igualmente empíricos, pues no tienen conciencia clara de su propia función económica ni de los intereses que representan en la vida política. Todos tienen programas de una vaguedad incomprensible, cuya fórmula más concreta suele ser la «moralidad política y administrativa».

Es muy posible que esa falta de finalidades económicas conscientes pueda atribuirse á la excesiva riqueza natural del país, debida á su enorme producción agropecuaria; ese fenómeno atenúa el choque de los diversos intereses heterogéneos y no deja transparentar los conflictos económicos, quitándoles esa violencia que es propia de los países menos ricos.

V.—BASES ECONÓMICAS DE LA POLÍTICA FUTURA

La República Argentina llega ya al período de evolución orgánica que precede á una diferenciación neta de los partidos. La ausencia de grandes cuestiones históricas, religiosas y políticas es la mejor garantía de que sus partidos futuros serán francamente económicos.

El desarrollo de la burguesía rural y el incesante crecimiento de la producción industrial capitalista—la una en las campañas y la otra en Buenos Aires—señalan el próximo devenir del régimen burgués en sus dos grandes manifestaciones, agraria é industrial. Esas nuevas condiciones de vida económica determinan la formación de un proletariado—en el sentido sociológico y político de la palabra—con intereses propios, destinado á diferenciarse progresivamente de las dos fracciones burguesas en proporción directa con el desarrollo del régimen capitalista.

El balance sociológico de la economía social argentina revela que en el momento histórico actual existen—ya formadas

ó en formación—tres grandes manifestaciones de intereses económicos, llamadas á ser la base de la futura política nacional.

a) La burguesía rural, cuyos intereses son los más importantes del país, pues se refieren á la riqueza agrícola y ganadera; esta fracción es favorable al incremento de la renta fundaria. Sus grandes partidos políticos han sido el Partido Federal y el Partido Autonomista Nacional; su poder se arraiga en las provincias mediterráneas y constituye una fuerza política eminentemente conservadora. Son los *tories* de la República Argentina.

b) La burguesía más evolucionada, representante de los intereses industriales y comerciales, surgida por el desenvolvimiento del régimen capitalista, favorable al incremento del interés sobre la renta y el salario. Podrían desarrollarse en su seno varias tendencias secundarias: industriales-proteccionistas, comerciantes-librecambistas, etc. Su tradición política la forman el Partido Unitario y los diversos partidos opositores constituídos en Buenos Aires para contrarrestar la influencia de las provincias. Representa la minoría de los intereses nacionales, y por eso su intervención en el Gobierno ha sido siempre accidental ó secundaria. En general, puede considerarse como un elemento progresista en el desenvolvimiento institucional del país. Es el partido de los *whigts*.

c) El proletariado, en formación todavía, se desenvuelve bajo dos aspectos: rural é industrial. El primero será durante mucho tiempo un instrumento de los conservadores, y por ahora lo es del Partido Autonomista Nacional; el industrial ha sido un instrumento de los partidos opositores formados en Buenos Aires, pero ya comienza á evolucionar hacia el socialismo. Tiende al incremento proporcional del salario sobre el interés y la renta.

Sin embargo, los intereses del proletariado argentino—dada la riqueza general que atenúa los conflictos de clase—podrán concordar á menudo con los de una ú otra fracción de la burguesía, dando lugar á acciones políticas fundadas sobre

la «cooperación de clase», al mismo tiempo que las propias de la «lucha de clase». Además, el proletariado puede obtener ventajas indirectas si aprovecha bien los conflictos entre las dos fracciones de la burguesía. La política socialista (entendida como el devenir de la evolución económica que constituye el núcleo fundamental del socialismo) puede ser bilateral; dependerá por una parte de la acción económica y política de los trabajadores mismos, y por otra de la acción de los partidos gubernamentales en sentido verdaderamente socialista. En determinadas circunstancias esa política podrá ser realizada por otros partidos, independientemente del proletariado organizado y aun contra él. Roberto Peel, el más grande reformador inglés, fué un conservador que se apropió de una gran parte del programa de los progresistas; de igual manera, en la República Argentina un ministro del partido conservador, Joaquín V. González, presentó en 1904 al Parlamento el más completo de los proyectos de legislación del trabajo conocidos hasta hoy.

Estas son las inducciones permitidas por la sociología sobre la evolución política argentina. La necesidad de sintetizar en pocas páginas un siglo de formación histórica justifica su carácter demasiado esquemático, pues nos limitamos á resumir aquí nuestros diversos ensayos críticos sobre la sociología sudamericana.

País rico, de gran porvenir, cuya capital es la segunda ciudad del mundo latino, pues tiene 1.100.000 habitantes, merece la atención de los estudiosos. A ellos nos permitimos indicar las obras históricas de Mitre, López, Paz y Saldías, así como algunos ensayos sociológicos de Domingo Sarmiento, Juan Agustín García, José M. Ramos Mejía, Lucas Ayarragaray, Paul Groussac, Carlos Octavio Bunge, Ernesto Quesada, Agustín Alvarez, Antonio Dellepiane, Alfredo J. Colmo, etc., que honrarían á la literatura sociológica de cualquier país europeo.

JOSÉ INGEGNIEROS

E. M.—Agosto 1906.

3

RECUERDOS

Mal dormí aquella noche; sentí una mezcla de júbilo y de temor.

Era natural el júbilo: el salto que daba en mi carrera bien podía satisfacer al hombre más ambicioso, y yo nunca lo he sido.

Ahí era nada: de modesto profesor de la Escuela, á director de Agricultura, Industria y Comercio; una Dirección que era casi un Ministerio; como que después lo ha sido y hoy lo es.

Pero también sentía temor: ¿serviría yo para tan alto cargo?

Que yo podía desempeñar bien una clase de la Escuela, ya lo sabía, porque fué el trabajo á que consagré toda mi vida, y decir otra cosa fuera, más que modestia, afectación hipócrita.

Pero desempeñar una Dirección de tanta importancia, era cosa muy distinta y representaba un trabajo de muy diversa índole.

No es que yo fuera ajeno á la Administración pública. Había estudiado Derecho administrativo con Gabriel Rodríguez, y lo había estudiado á conciencia.

Había practicado en provincias el servicio de Obras públicas, que no era ciertamente una montaña.

Conocía la legislación de ferrocarriles, y aun había escrito muchos artículos sobre esta materia; entre otros, varios combatiendo el sistema de subvenciones.

El estudio de la Economía política me abría anchos ho-

rizontes respecto á la industria y aun respecto á la agricultura.

De suerte que el terreno en que yo había de maniobrar no era completamente nuevo para mí.

De todas maneras tenía miedo, porque yo, antes de acometer una empresa, siempre tengo miedo y recelo, sensaciones ambas que desaparecen cuando estoy en ella.

Pasaron aquellas horas de insomnio ó de sueño inquieto en que vi desfilar ante mí multitud de expedientes, que son los fantasmas más repugnantes de la creación, los más repugnantes y los más prosaicos.

¡Andar con expedientes entre manos, expedientes en que palpita dinero, intereses, responsabilidades, picardías más ó menos disfrazadas en muchas ocasiones, cuando se puede vivir entre ecuaciones, integrales y grandes problemas matemáticos, es un verdadero tormento á que sólo puede someterse un hombre de mis gustos, cuando no es rico, como no lo he sido nunca, y necesita liquidar sin déficit su presupuesto anual mediante un buen sueldo!

¡Oh, el dinero! ¡Qué hermoso y qué horrible, qué cruel y qué cariñoso, qué sucio y qué limpio; qué simpático cuando sirve para librarnos de tantas y tantas esclavitudes de la vida; qué antipático cuando para ganarlo hay que sacrificar la libertad y la afición y toda la poesía de la existencia!

Si yo hubiera sido rico, no hubiera aceptado la Dirección que se me ofrecía.

No lo era; mi nuevo cargo significaba un porvenir desahogado para mi familia, y tuve que separarme de mis cátedras, de mis libros, de mis problemas, de mis aficiones literarias y hasta de mis conatos de dramaturgo.

Iba á ser un empleado de la Administración; alto empleado, pero empleado al fin.

Estaba resuelto á aceptar la Dirección de Agricultura, Industria y Comercio, no como el que realiza una aspiración ambiciosa, sino como el que cumple un penosísimo deber.

*
* *

A la hora que en su carta me decía D. Laureano fuí al ministerio de Fomento, vi á D. Manuel Ruiz Zorrilla y celebramos una larga conferencia.

Le encontré amable, cariñoso, un poco brusco en la forma, pero muy espontáneo y muy natural.

Lo primero que me dijo fué que ya sabía, por Figuerola, que yo era de la buena cepa, muy liberal y muy avanzado, y me instó cariñosamente para que aceptase el cargo que me ofrecía.

¿Lo creerán mis lectores? Acaso no lo crean; pero yo les aseguro que es verdad.

Acepté, pero con ciertas *condiciones*.

¡Poner yo condiciones para aceptar un cargo como aquél! ¿No es esto absurdo, casi cómico, de todas maneras inverosímil?

Pues así se lo dije á Zorrilla.

—Yo le agradezco á usted, D. Manuel, el ofrecimiento que me hace. Su bondad de usted no la olvidaré nunca (y, en efecto, nunca la he olvidado). Sin falsa modestia le digo que es mucho más de lo que yo merezco; que nada hice para merecer puesto tan alto, porque ni pertenezco á ningún partido político, ni he trabajado por la revolución exponiendo, como todos ustedes, mi vida ó mi hacienda.

Y sin embargo, mi conciencia no me permite aceptar el cargo con que usted me brinda, sino con ciertas condiciones.

¡Ponerle yo condiciones á D. Manuel Ruiz Zorrilla!

—Ya comprendo que es casi una insolencia; ¿no podía yo darme por muy contento y por muy honrado con tomar buenamente lo que usted me ofrece?

—Explíquese usted—me dijo D. Manuel un tanto sorprendido.

Yo creo que pensaba para sí:—¡Vaya un individuo vanidoso que me recomienda D. Laureano!

—Pues me explicaré—le dije con bastante calma y bastante dominio de mí mismo.

—¡Vamos á ver!—dijo él echándose un poco atrás en el sillón.

Y empecé yo á justificar mi atrevimiento.

—La Dirección que tiene usted la bondad de ofrecerme es de un trabajo enorme; pero no es el trabajo el que me asusta.

Lo que me asusta es que casi todos los asuntos que como director he de resolver ó que he de traerle á usted á la firma, sobre todo en lo que se refiere á caminos de hierro ó carreteras, y en general á obras públicas, son, no sólo complicados, sino de gran responsabilidad.

Usted sabe todo lo que se ha hablado en estos últimos tiempos y toda la atmósfera que se ha creado respecto á asuntos de ferrocarriles y á contratos de carreteras.

Sé yo que de algunas de estas cuestiones se cuentan años, muchos años, y que nadie se atreve con ellas.

Y no sólo son cuestiones graves y complicadas y de responsabilidad, sino que su número es enorme.

No hace muchos días que supe, incidentalmente, que sólo en el Negociado de Carreteras hay dos mil expedientes sin resolver.

—Todo eso es verdad—me dijo D. Manuel,—y es necesario mucho tiempo, mucha energía y mucha pureza en la administración, que para eso hemos venido: para restablecer la moralidad; y por eso contaba con usted, por lo que de usted había oído y por lo que de usted me había dicho D. Laureano.

Y la cara de Zorrilla, que cuando le hablé de condiciones se había obscurecido un tanto, empezó á iluminarse, porque dos cosas le entusiasmaban, ó, mejor dicho, tres: mucha libertad, mucha moralidad y sentar la mano de firme á todos los reaccionarios, y á los moderados, sobre todo.

—Ahora bien—seguí yo diciendo:—con esa masa enorme de expedientes, calculo yo que por mi cuenta tendré que resolver al día así como veinte ó treinta de los graves, y que tendré que traerle á usted á la firma otros diez ó doce, de los graves también.

Pero es absolutamente imposible que yo estudie á conciencia y determine una resolución con seguridad absoluta de acierto y de justicia en veinte ó treinta expedientes. Esto es materialmente imposible: ni bastan fuerzas, ni basta el trabajo, ni mi inteligencia puede vencer tales dificultades.

No preciso las cifras anteriores como exactas: las digo como pudiera decir otras, para expresar con claridad mi pensamiento, que es éste: es imposible despachar mucho y despachar bien, teniendo conciencia de lo que se hace.

—Tiene usted razón—me dijo D. Manuel:—eso que usted dice es muy exacto. La centralización, la maldita centralización—y dió un puñetazo formidable sobre la mesa, uno de aquellos puñetazos bajo los cuales vi temblar muchas veces, y estar á punto de romperse, el mármol de la chimenea del salón del Consejo de Ministros.

—¿Lo ve usted, Echegaray? ¿lo ve usted?—siguió diciendo.—Con esta centralización no se puede hacer nada, ni hay trabajo útil, ni hay moralidad, ni hay progreso: es preciso descentralizarlo todo.

Pero mientras se descentraliza, ¿qué hacemos?

—A eso voy, D. Manuel, á eso voy. Como es imposible que usted estudie por sí todos los expedientes que le traiga á la firma, es absolutamente indispensable que tenga usted confianza completa en mí, y que cuando yo le diga: Ese expediente es sencillo, se trata de tal cosa, y lo explique en breves palabras, usted lo firme, por regla general, sin dedicarse á su estudio, para lo que, como le digo, no tendría usted tiempo.

Por el contrario, cuando un expediente sea muy grave, y yo no lo vea con perfecta claridad, se lo diré á usted; le diré: D. Manuel, este expediente debe usted estudiarlo por sí mismo; y después hablaremos de él los dos.

—Muy bien, me parece muy bien; eso haremos; y ya veo que es usted un hombre práctico, además de saber muchas matemáticas.

La verdad es que yo estos días no tengo tiempo para nada. ¡Oh, la política! ¡Valencia, Valencia nos va á dar un disgusto! ¡Cómo nos ha dejado el país ese infame moderantismo!—Dijo esto haciendo un movimiento para levantarse.

Yo le contuve, rogándole que me escuchase unos momentos más, diciéndole:

—Ahora vamos á las condiciones.

—¡Ah! sí, las condiciones—dijo con cierta resignación.

—Voy á concluir. Para que yo tenga tiempo de estudiar los expedientes que le traiga á usted al despacho, es indispensable que yo cuente con un personal de absoluta confianza, inteligente y honrado, y que ellos hagan conmigo lo que yo me propongo hacer respecto á los asuntos que le traiga á resolución.

—Muy bien—dijo, entusiasmándose:—necesitamos un personal de primer orden. En el Ministerio de Fomento no entra nadie que no reúna estas cuatro condiciones: muy honrado, muy patriota, muy inteligente y muy trabajador. Justamente le he traído á usted para el Negociado de Montes un pariente mío que es una alhaja. Lo que él le ponga á usted á la firma puede usted firmarlo con los ojos cerrados; y á Instrucción pública voy á traer un personal de primera: por el pronto, Manuel Merelo, y además Picatoste, que es un chico que vale un imperio. ¿Le conoce usted?

—Personalmente no le conozco; pero sé, en efecto, que vale mucho.

Le conocía por la firma, pues había escrito varios artículos contra mi discurso de la Academia.

—Pues voy á concluir, D. Manuel: yo no puedo aceptar la Dirección de Obras públicas, Agricultura, Industria y Comercio, si usted no me nombra para los principales Negociados, por ejemplo, el de Ferrocarriles, el de Carreteras, el de Puertos y algunos otros, las personas que yo le indique, y que son de mi absoluta confianza.

D. Manuel se quedó mirándome, pensando, sin duda: ¡De-

monio con el director que me he echado, que quiere hacer él los principales nombramientos en el Ministerio!, nombramientos de 24.000 y 30.000 reales.

Yo me adelanté á lo que él pudiera decirme.

—Ya comprendo que es un atrevimiento en mí; que yo no tengo derecho de ningún género para que usted acceda á lo que deseo; que en un cambio tan absoluto, no ya de política, sino de régimen, estará usted verdaderamente abrumado de recomendaciones y de compromisos.

—Para mí no hay compromisos—dijo, dando otro puñetazo formidable en la mesa y levantándose de golpe.

Para mí no hay más compromiso que el de los buenos empleados y el buen servicio y la pureza en la administración.

¿Cree usted que no he tenido compromisos, y de fuerza, para la Dirección de Obras públicas?

Pues les he dicho lo mismo que usted me está diciendo, y le he buscado á usted, á quien no tenía el gusto de conocer; de modo que tiene usted razón, y acepto las condiciones, y nombraré los que usted me diga, claro es que bajo la responsabilidad de usted; pero, una pregunta: ¿son liberales, muy liberales? No se nos vaya á meter en Fomento, de donde acabo de echar tantos moderados, otros perros de la misma trailla.

—Son liberales, muy liberales; demócratas todos ellos, y en la corriente de las nuevas ideas. Además, honrados é inteligentes.

—Con eso me basta; mañana viene usted á tomar posesión, y me trae usted la lista.

Y nos despedimos afectuosamente.

*
* *

Yo salí encantado de la conferencia.

Encantado y agradecidísimo.

Casi cuarenta años han pasado, y todavía admiro y agra-

dezcó la gallarda actitud de D. Manuel Ruiz Zorrilla en aquella ocasión.

Ha de reconocerse que pocas veces se habrá reproducido caso semejante.

Porque ha de reconocer el lector que eran circunstancias verdaderamente excepcionales.

Una revolución como aquella, que todo lo derrumba, empezando por un trono secular; que llega vencedora por su fuerza propia; que trae consigo tres partidos, el progresista, el democrático y el de la unión liberal, con un personal inmenso, y para algunos de ellos con un hambre atrasada de doce ó catorce años.

Gentes que han estado luchando, sacrificándose, jugándose muchas veces la vida; que todos son pobres, y que se creen con derecho, no diré á participar del botín, pero sí á buscar en la victoria la natural compensación de tantos años de privaciones y fatigas.

A la naturaleza humana hay que tomarla como ella es; pretender que en las luchas sociales todos sean mártires y héroes, es pretender lo imposible, por no decir lo absurdo.

Así es que yo me figuraba qué compromisos, qué recomendaciones, qué asaltos no rodearían á Zorrilla en aquellos momentos, pidiéndole toda clase de plazas, desde las más elevadas á las más humildes.

Y, sin embargo, él se desprendió de las plazas más importantes del Ministerio de Fomento; y aceptando mis condiciones, no por mí, sino por noble espíritu de justicia y de orden, tomó por su cuenta todas las recriminaciones y todos los disgustos.

Yo creo que fué uno de los actos más nobles, aunque nunca fué conocido, de D. Manuel Ruiz Zorrilla.

Acto de rectitud, de nobleza, de buen deseo, y hasta de valor cívico; porque ¿qué iba á responder cuando uno y otro pretendiente, y los hombres políticos que los recomendaban, le preguntasen con indignación patriótica: «¿Quiénes son y qué

méritos tienen esos que ha nombrado usted para las principales plazas del Ministerio de Fomento?

»¿En qué partido de los partidos vencedores figuran?

»¿Qué sacrificios han hecho por la revolución, ni quién es ese que les recomienda?»

Pues, sin embargo, se hizo como yo pedía, y nombró Zorrilla á los que yo propuse.

Desde entonces acá muchas veces he sido ministro en varios departamentos, y en épocas, aunque agitadas muchas de ellas, no de tantas violencias revolucionarias como aquella primera época de mi noviciado político; pues jamás he podido hacer lo que hizo D. Manuel Ruiz Zorrilla.

Sólo aquella vez pude yo nombrar empleados con libertad completa.

Después, nunca. O he debido respetar los que encontraba, ó me han sido impuestos por altas razones políticas.

*
* *

Al día siguiente le llevé mi lista, que ya tenía pensada de antemano.

Eso sí, el personal que le propuse era brillante.

Propuse á Saavedra, un sabio, un gran profesor, un gran ingeniero, un hombre de rectitud extraordinaria y de respetabilidad indiscutible.

Quise proponer á D. Eduardo Gutiérrez Calleja, también de gran mérito, como lo había demostrado en la Escuela de Caminos, y como lo demostró después. Inteligencia serena y segura, rectitud incommovible.

Pero, agradeciéndome la propuesta, no quiso aceptar, porque era un espíritu independiente.

Propuse, y aceptó, á D. Manuel Pardo, que había sido discípulo mío, cuya inteligencia clara, cuya integridad y cuya energía para el trabajo conocía yo perfectamente; sabía, al proponerle, que la Administración ganaría mucho. Si de algo pecaba era de severidad administrativa.

Propuse todavía á otros dos ingenieros de grandes condiciones y de excelente reputación en sus Cuerpos respectivos: á D. Adolfo Ibarreta y al ingeniero de minas Sr. Abeleira.

Algunas propuestas más hice, pero ya para puestos más subalternos, y me presenté con mi lista á D. Manuel Ruiz Zorrilla, como presidente del Consejo de Ministros que presenta á su soberano la lista del ministerio.

La leyó con calma D. Manuel, se echó á reir, y acaso pensó: «Pues no se ha quedado corto mi director de Obras públicas».

Y me dijo:

—No conozco á ninguno, ni he oído hablar de ellos en mi vida; pero cuando usted los propone, buenos serán.

—A algunos de ellos les conoce el Sr. Figuerola.

Y él me interrumpió.

—No es necesario: yo deposito en usted mi confianza, y yo no la deposito nunca á medias.

Me puso la mano en el hombro, con la otra mano estrechó la mía, y agregó, con aquel tono de llaneza, á veces un poco brusco, pero siempre comunicativo, y que luego le ganó el entusiasmo de los elementos más avanzados:

—Hoy mismo se harán todos estos nombramientos, y cuando me pregunten los compañeros diré que los ha nombrado usted; y si no les parece bien, que yo respondo. Usted los nombra, y yo respondo de los nombramientos; conque ahora, á trabajar todos, que todos nos debemos á la patria y á la revolución.

Y, en efecto, al día siguiente salieron los nombramientos en esta forma:

Saavedra, para el negociado de Ferrocarriles.

Pardo, para el de Carreteras.

Ibarreta, para Puertos.

Abeleira, para el negociado de Minas.

Y así sucesivamente.

Pues aquel mismo día, antes de hacer los nombramientos,

tuve ya un disgusto; pero un disgusto grave, porque se trataba de una persona á quien yo respetaba mucho, desde lejos, porque jamás había tenido ocasión de intimar relaciones con ella, es decir, con dicho hombre político. A quien yo admiraba, aunque jamás se lo había dicho. A quien después me unió una amistad íntima, profunda, casi fraternal, sin la menor nube, sin la más pequeña intermitencia, constante, firme y duradera en veintitantos años.

Y, sin embargo, aquella amistad tan cariñosa y tan leal empezó casi por una riña.

¡Qué cosas tan extrañas tiene la política!

El personaje con quien casi reñí en aquella ocasión, por quien estuve casi á punto de presentar mi dimisión á Zorrilla, no podrá adivinar el lector quién era.

Pues era nada menos que mi querido, que mi inolvidable amigo D. Cristino Martos.

Y me pedía una cosa que era justa, que era conveniente, que era casi una reparación: de suerte que él pedía con justicia y con rectitud; y yo con justicia y con rectitud, y cumpliendo deberes ineludibles, tenía que negarlo.

Él, con su elocuencia maravillosa, que siempre fué para mí algo así como una sugestión, pedía como sabía pedir, y apretaba como sabía apretar; y si tenía habilidades de abogado aun para las malas causas, ¡qué no sería defendiendo una causa buena, y además una causa simpática!

Y yo, irritado contra la suerte, que á las veinticuatro horas de estar en Fomento me ponía frente á frente de un hombre á quien yo de antemano admiraba, y por quien experimentaba grandes simpatías; irritado conmigo mismo por no lograr convencer á Martos, y seguro de que nunca podría convencerle, resistía ya, más que con razones, con una terquedad que acaso él imaginase desabrimiento.

Él me pedía el negociado de Ferrocarriles para un amigo suyo, don B. L., ingeniero también, también amigo mío, y de grandes merecimientos; y sin embargo, yo no podía nom-

brarle, por las razones que expondré más adelante; porque es una historia curiosísima, es una historia dramática, mejor dicho, una historia entre melodrama y tragedia.

Martos la conocía y era su gran argumento, y era argumento de gran fuerza.

Yo la conocía también antes de que él me la relatase, y era el argumento que yo tenía para no acceder á su petición.

Y la entrevista duró más de hora y media.

Acababa de hablar con D. Manuel, y D. Manuel le había dicho la conversación que habíamos tenido: que tenía su palabra empeñada conmigo, y que no pensaba nombrar sino á los que yo le propusiera; de suerte que á mí tenía que acudir, porque para aquel caso yo era el ministro.

Y D. Manuel y Martos eran, sin embargo, muy amigos, y Martos era ya uno de los grandes personajes de la revolución; pero D. Manuel para casos semejantes era una roca inquebrantable.

Y por eso Martos acudía al director de Obras públicas y encontraba otra roca; porque, como verá el lector cuando yo le explique el asunto, todos teníamos razón; y estos son los casos más difíciles y más desesperados.

—Pero, amigo Echegaray—me decía Martos,—la persona que yo le recomiendo, ¿no es amigo y compañero de usted?

—Lo es, y muy querido.

—¿No es de honradez intachable?

—De honradez intachable—repetía yo.

—¿No tiene una gran inteligencia y no ha prestado grandes servicios?

—Me complazco en reconocerlo.

—¿No tiene categoría para jefe del negociado de Ferrocarriles?

—La tiene; no tiene más el que yo he propuesto á Zorrilla.

—¿Le falta alguna condición, en concepto de usted, para ese nombramiento?

—Ninguna.

—¿No es digno, por todos conceptos, de la confianza de sus jefes, así de Zorrilla como de usted?

—Lo es, sin ningún género de duda.

—Ya que el ministro ha puesto en manos de usted el nombramiento de todo el alto personal, resolución que comprendo y aplaudo, ¿le es á usted tan difícil disponer de una de esas plazas en mi favor, es decir, en favor de una persona de los méritos del Sr. L., méritos que usted reconoce, como acaba de decirme?

—Sí, señor; yo podría proponer á Zorrilla ese nombramiento; pero hay una razón que me lo impide, y ya le he dicho á usted cuál es.

—Precisamente en esa razón me fundo yo para solicitar de un hombre de rectitud y de nobleza de espíritu, como usted, el nombramiento de mi recomendado.

Y así seguimos discutiendo durante hora y media; pero antes de terminar este episodio referiré el triste suceso de la vida del Sr. L., á que se refería mi querido amigo.

Un drama en pequeño.

JOSÉ ECHEGARAY

LAS ÚLTIMAS NEGOCIACIONES
DE
MATRIMONIOS REGIOS ENTRE INGLATERRA Y ESPAÑA
EN 1623

X Y ÚLTIMO

Un matrimonio de Estado que nos traía una alianza ventajosa y proporcionaba á Europa la más sólida garantía de paz, fué el eje sobre que giró la política general del continente, y muy particularmente la de España, Inglaterra y Francia, por todo un cuarto de siglo, en los comienzos del xvii. Del anterior no habían quedado vivas contra España otras guerras que la de los Estados generales de Holanda. Francia, aunque siempre inquieta en nuestro daño, había amainado el rigor de sus armas. Italia pasaba por uno de los períodos más brillantes de la dominación española en la mayor parte de aquella península. Los protestantes permanecían en sosiego en Alemania, y la muerte de la reina Isabel de Inglaterra y la sucesión del rey Jacobo de Escocia habían modificado la política de aquel país en sentido de marcada benevolencia hacia nosotros.

Ninguna de las cuestiones que llenan aquel espacio de tiempo de la historia estaba resuelta verdaderamente: todas se hallaban aplazadas. Si nuestros monarcas imperantes ó sus ministros hubiesen tenido la perspicacia y penetración de la gran crisis que se experimentaba, habrían podido sacar de aquella situación harto partido en pro de los intereses de España. Después de la costosa y larga rendición de Ostende, y cuando Inglaterra tomó manos en el negocio, un fenómeno ocurrió so-

bre el cual, si los políticos y los estadistas no discurrieron con lucidez de juicio, el sentimiento público formó su concepto, siempre acertado. Ocupada Flandes por un Gobierno que, aunque sucedáneo de España, al cabo no era verdaderamente español; sostenida Milán por la arrogancia intrépida y bizarra del celebrado conde de Fuentes, su gobernador y capitán general, y en vías de estrechar amistad con Inglaterra, fácil fué no sólo asentar las treguas de Holanda y contener en Italia al véneto y al saboyano, sino conocer con toda claridad que la misma Francia, que tuvo en la mente de su rey Enrique IV un plan general de ataque con que pensaba acabar con nuestro poder en Europa, era impotente, tanto para hacer por sí sola alianzas formales en nuestro daño, como para sostener denodadamente las antiguas campañas en que puso á prueba nuestro valor y constancia. De esta situación de cosas pudo deducirse que nuestro flaco en Europa estaba en aquellas dos herencias imperiales, Flandes y Milán, carcoma de la nación, como el dictamen público las apellidaba. Sin embargo, manteniéndose entre España é Inglaterra inteligencias mutuas de cordial amistad, no sólo en lo político se dejaba sentir el beneficio, puesto que, faltándoles su ayuda á todos los enemigos de España, se veían reducidos á la impotencia, sino en lo material y económico, en que podía sernos altamente fructuosa su alianza por cesar la persecución que había tenido declarada á nuestro comercio, así en los mares del Norte, de que eran dueños bretones, bátavos y escandinavos, como en los de Levante, donde favorecía á los venecianos, y en los de las Indias, donde estimulaba á los holandeses.

Si Dios hubiera dado á Felipe III la Monarquía para algo más en lo temporal y terreno que para ponerla á los pies de la curia romana, como dice el maestro Gil González Dávila, claro es que aquel momento pacífico que disfrutaba y aquella gran crisis política que tenía delante de los ojos, le hubieran servido para algo más de lo que se propuso como cristiano y de lo que olvidó como rey. Pero ni él estuvo entonces á la al-

tura de su papel, conforme á lo que de él exigían las obligaciones ineludibles del Estado y los pensamientos vitales de la nación, ni á su lado servían ministros de ilustrada inteligencia y de enérgico carácter que le aconsejaran acertadamente para que no desperdiciase tan feliz coyuntura. Creíase en la corte al morir Felipe II que su hijo traía al gobierno de España un sistema contrario al seguido por aquel gran rey, á quien se acusaba de tener extenuado al país; pero pronto las experiencias acreditaron que en el cambio se había perdido considerablemente. Felipe II representaba un sistema definido de gobierno; Felipe III no tuvo ninguno. Felipe II era atento por sí mismo á los negocios de su oficio real; Felipe III hubiese sido el mejor de los reyes, si no hubiese sido hombre; de Felipe III decía Virgilio Malvezzi: «se recontara entre los mejores hombres, á no haber sido rey». Aquél erró por sobra de genio y de rectitud, de tesón y de talento; éste no tuvo capacidad, ni inspiración, ni valor, ni perseverancia, ni nada. El uno nació para mandar é imponerse hasta hacerse temer y venerar; el otro, para dejarse llevar de todo el mundo. ¡Gran desdicha para tan gran Monarquía tal sucesión de personajes en el interesante drama que representaba, y todavía más grande en la profunda evolución á que la llamaba con la urgencia de un cambio fundamental las dolorosas experiencias de la política desgraciada del primero! Un solo rasgo individualiza al monarca que apareció en la escena del mundo al caer en su ocaso el gran Felipe el Prudente. Hallándose éste en el lecho de la muerte, llamó al entonces príncipe, y le dijo: «*No os fiéis de que otros gobiernen el Estado*». A pesar de este consejo, Felipe III no sólo se echó de bruces en brazos de su valido, el duque de Lerma, sino que como el historiador de aquel reinado, Bernabé Vivanco, que á la vez fué ayuda de cámara del rey, escribió: «En viendo éste un hombre con hábito de sayal ó de jerga, ¡tanta era su piedad!, ya le parecía que era digno de gobernar, y no otro». Así, en otro lugar añade el mismo escritor biógrafo, como dado á la oración tan de continuo,

toda su vida estuvo asaz salteado de religiosos, y así también al satírico D. Francisco de Quevedo le pareció un milagro continuado la conservación de aquella Monarquía en manos tan insuficientes.

Y no era porque el clamor público, eco inspirado las más veces de las conveniencias nacionales, dejara de advertirle los males que el reino padecía y los remedios que necesitaba para sanarlos. Los únicos que los desconocían eran el rey, embriagado con la atmósfera de las cristianas devociones que le absorbían todo su tiempo, y el ministro, que como el vulgo de los que suelen serlo por más opinión que sus aduladores le conquisten, más lo era por la fatuidad y soberbia que le inspiraba su elevación, que por las justificaciones de sus aciertos. La opinión general, en lo político, decía: «Aunque se pierda Flandes é Italia, con las Indias y el buen gobierno España se restaurará». Otros opinaban del modo siguiente: «No está la restauración de España en que nos confederemos con el Papa y el Emperador y hagamos *Ligas católicas*; porque los males que no tienen remedio son que se va acabando esta Monarquía sin hacienda, sin comercio ni gobierno».

Ponderando el aparato portentoso de tan extensos dominios, en cuyos confines no se ponía el sol, escribía otro político y filósofo: «En ciento veinte años mucho ha crecido el imperio español con las dos Indias, Nápoles Sicilia, Milán, Flandes y las riberas africanas. ¡Mas todas estas cosas las tuvo Roma en la prosperidad que llamó de vidrio!» Otros, comparando los tiempos de Felipe III con los de Felipe II, y criticando las faltas de una y otra Monarquía, expresaban que en la época en que esta última perdió á España, una de las causas de la ruina había sido el fiarse más de las fuerzas de tierra que en las del mar, habiendo abandonado á los comercios del Septentrión á los rebeldes de Holanda y de Zelanda y á los de Flandes, dando licencia á los extranjeros sobre los de la propia casa para traficarlo todo, y llevando contra *Inglaterra* en lo de la *Invencible* una empresa más descabellada que conve-

niente. Sin embargo, todavía eran peores los tiempos de Felipe III, porque entonces ya se habían entregado las llaves de todo á los enemigos.

Uno de estos arbitristas políticos, el conde de Charley, que llamado por Felipe III vino á Madrid en 1617, le propuso tratar de hacerse con sus naves dueño del Océano, ó de confederarse con los que lo fueran, viendo que los holandeses y los ingleses se hacían tan poderosos en él: «El medio para tal caso, decía, es saber adormecer al rebelde con la tregua y al inglés con la paz». Fundándose siempre en la necesidad de convertir en potencia marítima un país cuyos flancos están envueltos en toda su extensión por los dos mares, y que tan grandes Estados marítimos poseía, aunque nunca sus naturales demostraron grandes dotes marineras, como hoy mismo sucede, Fr. Juan de Salazar, algunos años después, cerraba el cuadro de las empresas antedichas, escribiendo con sabio dictamen crítico en su *Política española*: «¿Qué hubieran importado las desazones de Cataluña ni el levantamiento de Portugal si se hubiesen conservado las setenta y siete galeras que de ordinario guardaban nuestros mares?» (1).

A necesidades más vivas en las exigencias de la vida civil correspondían estos clamores, estas críticas y estos arbitrios. Todo se iba perdiendo en España por la falta de hacienda, de hombres y de comercio, y por el exceso de los tributos. Y, sin embargo, cuando se estudia aquella edad y se compara con cualquiera de las que han sucedido después, incluso con la presente, sólo se advierte un punto de unidad de nuestro genio en el punto de unidad de nuestros males. Los políticos de aquella edad enumeraban así las dolencias que laceraban el cuerpo político de la nación: despoblación; continuas guerras; emigración para Indias; muchedumbre de frailes, monjas y clérigos; expulsión de los moriscos; número grande de españoles repartidos en tantos dominios; falta de caudal en los va-

(1) Proposición I, parte VI, folio 17.

sallos; entrada de las mercaderías fabricadas por el extranjero; menosprecio de las industrias que nosotros cultivamos; multitud de tributos; costosa administración y cobranza de las rentas reales; mala distribución de estas mismas rentas; excesivo número de leyes y pragmáticas de aplicación impracticable y confusa, y otras semejantes. Desde los Reyes Católicos hasta Felipe III, según Colmeiro, la población disminuyó de diez á siete millones de habitantes, aunque fray Angel Manrique fijó la población de España, ateniéndose al recuento que Felipe II mandó hacer, en 6.701.000 almas. Muchas poblaciones de Castilla, León, Asturias, Andalucía y Galicia representaron al rey sobre el acabamiento de la vecindad, y en el espacio de cincuenta años habían desaparecido abandonadas centenares de aldeas y lugares. De Madrid á Sevilla atravesábanse ochenta y cuatro leguas de despoblados, exceptuando á Toledo, Ciudad Real y Córdoba, que se hallaban en la postración más angustiosa. La misma Sevilla se quejaba á los Felipes de que le faltaba la tercera parte de sus habitantes, á pesar de ser á la sazón el emporio del comercio de Indias.

Achacábase, en parte, este mal á la saca de soldados para Italia, Flandes, fronteras de África y América, para donde cada año salían, según Pedro Fernández de Navarrete, cuarenta mil personas, que en su mayor parte no regresaban más ó volvían inválidas. En cambio, á la ociosidad de doce mil conventos de frailes y monjas y á la comodidad del estado eclesiástico se amparaba inmenso número de personas, que quedaban anuladas para toda la mecánica de la vida civil y política; por lo que el P. Andrés Mendo escribía en su *Príncipe perfecto y ministros ajustados*: «Quejémonos de que no hay gentes, y no nos habíamos de quejar sino de que no hay gentes para el trabajo». Pero Cevallos ya daba la razón en su *Arte Real* de la afición demostrada al oficio de la milicia: «La guerra, decía, está hecha trato y comercio. No miran hoy los soldados á ganar honra, sino atienden á lo que pueden adquirir». Y así convertido el ejército en la mejor carrera para el

fácil medro, á los cien mil hombres que permanentemente lo constituían en Flandes, Italia y Africa, ofrecían lo más granado de la juventud, dejando á salvo el insurreccionarse frecuentemente y hasta frente del enemigo, ya porque faltasen pagas, ya por ascensos, ya por botín.

Gobiernos que ignoraban todas las leyes de la economía, de la política y de la administración, á lo menos en lo que estas ciencias tienen de racionales, de prácticas y de hábiles; gobiernos que, como otros muchos de épocas posteriores y que han presumido de que eran más adelantados, no entendían que el poder era otra cosa que la dura imposición de la fuerza que compele á una ciega obediencia; Gobiernos sin conocimiento de su misión, sin artes educadas de su oficio, ni más condiciones de mando que la predilección del soberano, la soberbia de su altura y la fatuidad de la posición á que se veían encumbrados, ignoraban absolutamente la manera como á cada llaga social se la busca la más honda raíz, se la hiere en lo más profundo para que la cura sea completa, y se conllevan sus erupciones exteriores con emolientes y calmantes para evitar la exacerbación. Así, pues, á nada fundamental se dirigían. Con salir fortuita y atropelladamente y de cualquier modo del paso, daban por superadas las más arduas empresas; y con recurrir á empeñar á los fúcares el crédito ó las rentas, tomándoles dinero á 70 por 100, según en *El celador general* escribió Alvarez Osorio; con no cumplir ningún compromiso del Estado y con cargar sobre la *misera plebs contribuens*, ya con carácter transitorio, ya con carácter perpetuo, toda clase de subsidios y gabelas, quedaban satisfechos. ¡Como si fueran soluciones aceptables en buena ley contener un día la ruina accidental del Tesoro público á costa de la ruina permanente de la nación! Se desarrollaba la sed del agio entre los extranjeros, genoveses y fúcares, que lo tenían todo hipotecado. Las alzas y bajas del rédito de los juros formaban la historia y el proceso de la Hacienda real, y la agonía de la industria, exenta de capitales y agobiada de tributos; y la emigración

de los industriales sin trabajo, y el descenso de población en ciudades y villas, otras veces florecientes por la abundancia de sus producciones y de su tráfico, y el aumento de la indigencia postulante, revelaban la ineptitud de aquellos ministros y la insuficiencia de las medidas de aquellos Gobiernos, cuyo poder inhábil sólo se reducía á sacar hasta el último jugo de la riqueza y de la sangre nacional.

El doctor Anaya (*De armonis et tributis*) escribía: «Todos los daños y gabelas que se conceden son para remedio de alguna necesidad, y, si ésta cesa, también deben parar ellos; pero no sucede». El doctor Navarrete, canónigo de Santiago, citado ya, representa por su parte «el daño que hacían los crecidos tributos en las especies comunes y de consumo». Y el doctor Herrera (*Representación á Felipe III*) advirtió que desde que se decretó el tributo de la carne, en Toledo había bajado el consumo anual de carneros «desde 70.000 hasta 28.000», y añadía: «Tengo averiguado que se gastan en Madrid de diario mil carneros, que á cuarenta libras cada uno son 40.000; 50 vacas, que á 500 son 25.000, y supongo 10.000 de tocino, que hace todo junto 75.000 libras. Hay en Madrid más de 300.000 almas: conque vienen á comer unos con otros á cuarterón de carne; y ¡quitado el hueso!, ¿qué les queda?»

«Siempre—decía otro político anónimo—se ha esperado mejoría y han sucedido trabajos». Para salir de tantos atajos y empeños creía el maestro de campo D. Fernando Alvarez de Toledo, alférez mayor y regidor de Toledo, que se hacía indispensable una buena y recta administración de justicia; menos muchedumbre de ministros con excesivos salarios, y que los que quedasen tuvieran igualdad, autoridad y mano en los negocios, y por último una grande amistad y unión entre las provincias agregadas ó conquistadas. «Si hay frutos, minas, fábricas, inteligencia y gente en un reino, de ninguna manera puede estar un rey pobre». Otro arbitrista fijaba en diez millones de ducados la diferencia entre lo que los extranjeros importaban á España y lo que exportaban, siendo esto causa, en

su juicio, de que se aniquilaran y languidecieran nuestras fábricas de linos de Sevilla, de sedas de Granada y de paños de Segovia. El conde de Charley proponía á Felipe III mandase celebrar una feria anual en España con los frutos de las Indias. Pedíase por otros la prohibición de la extracción de primeras materias por parte de los extranjeros, principalmente las lanas de vellón, en las cuales Inglaterra empleaba 250.000 personas en fabricar con ellas. Y vistas las amistades con este país, cuando el rey Jacobo juntó las tres coronas, alguno aconsejó «que se hiciera compañía de comerciantes de los vasallos súbditos de V. M. de todas naciones, en que entren también ingleses y alemanes, para comerciar desde España á Septentrión, y de Septentrión á España, y de España á Levante, y viceversa, y hasta con las Indias».

Los Papas y los frailes, más súbditos de aquéllos que del rey, imbuían á Felipe III la idea de que con el sustento de la fe y la extirpación de las herejías bastaba para mantener y conservar la grandeza de su imperio. El emperador y los archiduques de Austria le exhortaban á defender á todo trance en Europa la preponderancia de su familia, no transigiendo en manera alguna con los que, en cualquier circunstancia, fueran enemigos de aquel Estado. Entretanto, la nación le advertía que solamente cuidando del incremento de su población y de su bienestar alcanzaría verdadero poder, pues emanaría su fuerza de la prosperidad y de la abundancia. Con estos medios que de ellas se derivan era con los que podría sacar incólume la nave de las tempestades en que por todas partes se hallaba envuelta, empleando, como Holanda, las treguas que disfrutaba, en fortalecerse robustamente por el incremento de estos bienes. Pero España, confiada en el peso de un poder que tenía en aquellas condiciones mucho más de ficticio que de real, dejaba transcurrir el tiempo en completa inacción ó lidiando impertinentemente con las intrigas políticas que Francia le promovía, ya con los electores del Imperio para la proclamación del rey de Romanos, ó para la sucesión del empera-

dor Matías, ya con los asuntos matrimoniales de Inglaterra y Saboya, en que siempre nos envolvió diplomáticamente.

Verdad es que para haber tenido la inteligencia clara de una situación que tan preciosa era para el cambio de sistema político reclamado en la tregua de la gran crisis por el imperio de las circunstancias y por las inspiraciones del pensamiento y de las exigencias nacionales, hubiera sido preciso poseer grandes reyes y grandes ministros, y por desgracia Felipe II había arrastrado consigo á la tumba casi todos los que eran de gran valer en su brillante generación. De Felipe III harto hemos dicho. Este monarca, que por condiciones de carácter, como á todas las almas débiles acontece, no tenía más que la terquedad en algunos rasgos, y aquel sentimiento de rencor que no perdona á los que le contradicen la voluntad ciegamente dirigida, ¿era el rey de aquellas preciosas circunstancias que le proporcionaron las actitudes de Jacobo VI de Escocia hacia él?

Pocas ventajas le hizo su hijo Felipe IV. No había tenido éste la educación cohibida que aquél al lado de Felipe II. Felipe III, á falta de otras cualidades, según da á entender el marqués Virgilio Malvezzi, tenía la de ser hombre de bien. Felipe IV presumía un poco de travieso y calavera, y con tempranas vivezas de francas aventuras había procurado más de las simpatías personales entre los camaradas de la edad que de la veneración pública, de que Felipe II, su abuelo, fué tan cuidadoso desde su primera juventud. Cuando vino al trono, gran fortuna fué para él topar con un hombre de Estado tan completo como D. Gaspar de Guzmán, que, aunque presuntuoso, estaba dotado de claros talentos, muchos estudios, fértil capacidad y nobles deseos. En él declinó el rey todas las obligaciones de su oficio, menos las exterioridades de la majestad, por lo cual el embajador véneto, Jerónimo Justiniani, decía de él á la Señoría: — «Hay en el rey más forma que substancia; y á la manera de los ídolos antiguos, él recibe la adoración y sus ministros dan por él la respuesta».

Con el auxilio de los embajadores venecianos Pedro Gritti y Francisco Corder, y aun del mismo Jerónimo Justiniani, en su *Bosquejo histórico de la Casa de Austria* perfiló Cánovas del Castillo la fisonomía moral de este príncipe, «que se bastaba para perder cualquiera Monarquía, dado un régimen político en que tanto dependía ya de las condiciones personales del gobernante».

En este reinado desapareció de palacio el influjo de los eclesiásticos, pues aunque Felipe IV era buen cristiano, no era muy devoto. Desde los primeros años mostró clara vivacidad de ingenio, un natural activo, aunque plácido, y suma cortesía. Con esto, así en sus actos personales como en sus resoluciones de monarca, lo reducía todo más bien á espontaneidad de palabras que á eficacia de obras. Para los ejercicios corporales, hacia los que sentía la más viva inclinación, era dispuesto y ágil; montaba como diestro jinete y gallardamente; cazaba con ojo certero sobre la pieza, y eran para él una especie de idolatría, así este pasatiempo como las demás diversiones, sobre todo las comedias, las corridas de toros y las mascaradas, en las cuales algunas veces tomó parte. Era más docto en Historia que en ciencias positivas, al contrario de su hermano el cardenal infante Don Fernando, que era un gran matemático. Componía versos, como su otro hermano el infante Don Carlos, y gustaba del contacto con los poetas y con los jóvenes de la grandeza bulliciosos y alegres. Presumía mucho de sí propio, y aunque de ordinario vestía con modestia, se complacía en mostrarse en los actos públicos de gran gala. Daba con facilidad audiencias, y contestaba brevemente y con generalidades, afectando gravedad y fuerza de carácter, de que carecía por completo. No se ocupaba poco ni mucho de los negocios públicos, aunque gustaba que le enterasen de lo que pasaba.

Estos eran los reyes. Veamos cómo se exhiben los ministros en el campo de la Historia. Era el duque de Lerma de entendimiento escaso; mas de ambición tan grande, que trató de ca-

sar una de sus nietas con el príncipe de Piamonte, Carlos Emmanuel, el cual después maridó en la casa real de Francia. No obstante, el pecado capital de Lerma era la avaricia. Entendía tanto de negocios y política como Felipe III, su señor, y descargaba los empeños de su oficio, ó en los Consejos, cuando los asuntos eran graves, ó en otros privados subalternos, como el marqués de Siete Iglesias, D. Rodrigo Calderón, á quienes él pensionaba, y que había sacado de la clase plebeya para tenerlos absolutamente sujetos á su voluntad. Como no alcanzaba ni á la menor noción del mérito, que es el que avalora á los hombres, ocupaba los puestos superiores é inferiores con parientes y deudos, favorecidos y paniaguados, y lo que restaba lo vendía en pública puja; siendo tal la idea que sobre el cohecho tenía, que lo consideraba cosa lícita, si no legal. Un escritor político de aquella edad escribía sobre el asunto: — «Las leyes que vedan el cohecho están escritas sobre el papel, y la costumbre de cometerlo, con letras de oro en los corazones». En su tiempo comenzaron las dádivas á los ministros, y él la recibía á manos llenas. Con estas corruptelas vinieron las costumbres de insubordinación, la inmoralidad administrativa, la impunidad de las faltas y sus juicios, la quiebra de la justicia y del desconcierto de la autoridad. Así fueron, bajo tal rey y bajo tal ministro, tan mediocres las medidas de Estado y tan ínfimas las de gobernación.

El ministro de Felipe IV era un carácter muy distinto. Favoreció, del mismo modo que en el antecedente reinado, á su familia y á sus amigos; pero nadie dudó de su personal desinterés. En un principio el Conde-Duque de Olivares rehusó el nombre de valido. Pasado algún tiempo, acabó por admitirlo sin escrúpulo. Ciertamente era hombre de muy capaz inteligencia, de buen deseo y de noble ambición de servir á su patria; pero tenía otras cualidades que obscurecían estos rasgos de su talento. Cuando entró en relaciones con Don Felipe, siendo éste príncipe, no fué á éste muy simpático; después adquirió sobre el rey su grande ascendiente. Veía poco al rey, y

como era incansable en los negocios, servíanle de disculpa las ocupaciones de su cargo; pero en esto más que un servicio llenaba una ambición insaciable. Sólo á la ambición y á la lisonja era accesible, sobre todo cuando la flexible condescendencia de los que le rodeaban ponía por las nubes sus paradojas sobre el grado de esplendor á que pensaba restituir la Monarquía. Del más ruin éxito se prendaba en extremo, y le hacía concebir esperanzas extraordinarias. Pecó de inoportuno, insoportablemente altanero y colérico hasta la ceguedad. No era posible, dice de él Cánovas del Castillo, que tal cual era dejara de imprimir una dirección errada á la política. Por esto en su tiempo acabó de aflojar la administración de justicia, de relajarse el gobierno político, y se dió pábulo á que creciesen los descontentos del poder, y á que de las inspiraciones de éstos, unos bajo la cobardía del anónimo, otros con la entereza de la propia responsabilidad, lanzasen contra el ministro y el Gobierno, y contra cosas más altas, sátiras que la habilidad disfrazó á veces, pero á través de cuyos disimulos, sin embargo, se descubría la notoria intención que encerraban.

La gran obra de la restauración interior de España, que con tan viva instancia la nación reclamaba; la mudanza de sistema político que pudo hacerse en aquella gran tregua que gozamos y en aquellas propicias coyunturas que se nos ofrecieron, eran para entendimientos más hondos que los de Felipe III y el duque de Lerma, y para cálculos más maduros é inteligencias menos arrogantes que las de Felipe IV y el Conde Duque de Olivares. Por eso, ni aquéllos ni éstos supieron aprovecharse de las facilidades que para todo nos trajo la tan insistentemente brindada amistad y parentesco de Inglaterra. Su repulsa fué la gran falta de aquella edad.

Sería necio suponer que en los propósitos del rey Jacobo no entraban en los pretendidos consorcios miras de propio interés, fuera de los que se aparentaban. Ninguna nación se rinde á las ventajas de otra sin procurar las suyas. El conde Levenoux de Tillières dice terminantemente: «Aunque el matri-

monio con España no se verifique, desconfío de que el rey de Inglaterra vuelva la vista hacia nosotros (Francia). El principal objeto por el cual se dice que desea este matrimonio, es sin duda por oponer la religión católica á la puritana y vivir seguro entre las dos. Si se descompusieran sus tratos con España, creo que buscaría una hugonota para su hijo y se declararía del lado de los puritanos, porque aun cuando, por razón de Estado, los odia, ama su religión. Él no entiende que Francia le preste en la balanza el contrapeso que espera hallar de parte de España».

Algo de esta opinión refleja el condestable de Castilla, que de su *Representación de su embajada en 1604* dió al rey Felipe III. En Inglaterra, al advenimiento de Jacobo I á la herencia de la reina Isabel, el partido católico era crecidísimo, aunque no estaba todo declarado. Militaban en él, en primer lugar, los católicos llamados *recusantes*. No consentían éstos bajo ningún concepto jurar al rey, como cabeza de la Iglesia, ni asistían á los templos ni á las ceremonias eclesiásticas de los reformados. Estaban sujetos á una multa mensual de veinte libras, y á un año de cárcel si no la pagaban, y perdían, además, dos partes de sus bienes estables y todos los muebles. No había ultraje que públicamente no se les infiriese, ni humillación ni crueldad de que no fueran objeto. Poblaban constantemente los calabozos y los patíbulos, y hasta los jueces, guardadores del derecho civil, los condenaban á la última pena sin proceso. Tanto por este temor cuanto por el cebo de obtener dignidades, bienes y sueldos del rey, que á éstos estaban prohibidos, otra clase de católicos tibios prestaban el *oath of allegiance*. Los había, por último, demasiado temerosos que guardaban su fe en el secreto, y abundaban extraordinariamente los llamados *católicos de corazón*, pero que descubiertamente profesaban una de las dos sectas heréticas por conservar la posesión de los bienes eclesiásticos que habían adquirido; «fortísimo lazo, dice el condestable de Castilla, en que la mayor parte de la nobleza y de los ministros se encontraban en-

vueltos por trazas de Enrique VIII y de su hija Isabel, que para traerlos y prenderlos en su secta les repartieron los bienes que habían secuestrado á la Iglesia».

Frente de éstos se levantaban en Inglaterra otros dos grandes grupos: uno de protestantes que, aunque reformados, seguían las doctrinas de Lutero, y otro de puritanos, adeptos á las de Calvino. Los primeros eran en número muy inferior á los segundos, pero no en calidad. Profesaba el rey Jacobo su credo religioso, aunque en su juventud fué educado en la secta de los calvinistas; y á semejanza del monarca, formaba su Iglesia gran parte de la nobleza pensionada, los ministros y lo que hoy llamaríamos la burocracia. Para dirimir las contiendas entre unos y otros, antes de cumplirse el primer año de su reinado en Inglaterra, presumiendo de teólogo, presidió el rey, en Hampton Court, una asamblea de obispos y puritanos. Halló á los primeros firmes en sostener los principios de aquella autoridad, de que él se pagaba tanto, mientras que los otros abogaban más por los derechos del pueblo, cuya soberanía era para él una irrisión; y como opinaba y defendía á menudo que «sin obispos no hay reyes», se decidió por los anglicanos, enajenándose desde este momento el afecto del partido popular y revolucionario, que tantas deferencias había merecido al reinado de Isabel.

Contaba este partido con poderosos auxiliares exteriores en Holanda, en los países escandinavos y entre los herejes de Alemania. Temía Jacobo que en momentos de trastornos se pudieran sobreponer al partido de la corte y al oprimido catolicismo, y para buscar su seguridad en aquel contrapeso de que el conde Leveur de Tillières habla, insistía en la amistad de España, que ya había buscado para obtener la herencia de Inglaterra, y cuya influencia moral, bajo el solo aspecto de su alianza con la Gran Bretaña, bastaba, en su juicio, para contener al partido que treinta años más tarde decapitó á su hijo. Este era ciertamente el pensamiento político del rey Jacobo respecto de los matrimonios con España. Pero ¿tan desacerta-

dos hubiéramos andado nosotros en favorecerlo en ellos? No llegaron á hacerse aquellos enlaces; pero sólo con estar en negociación cerca de veinte años, viéronse los efectos probables de la alianza anglo-española: en Inglaterra, porque durante ese tiempo los puritanos estuvieron contenidos, aunque haciendo sorda guerra á estos conciertos; en España, porque faltando á sus enemigos del centro de Europa el auxilio inglés, ni á moverse se atrevieron en estériles tentativas. Todos los conciertos contra nosotros durante este tiempo no pasaron de proyectos diplomáticos para entretenimiento de los Gabinetes.

¿Y quién duda tampoco de que aquella amistad nos hubiera sido fructuosísima bajo el punto de vista de los intereses materiales, cuyo atento cuidado era objeto de todas las solicitudes de la nación en sus representaciones multiplicadas á los dos Felipes? Bien puede decirse con Macchiavelo: «*Frà gli huomini ch' aspirano à la medessema grandezza, si può fare parentado, mà non amonizitia*». Bien pueden referirse, como ejemplo de este apotegma político, las citas que á este propósito algunos opositoristas recalcitrantes aducían acerca de la poca consistencia que en la Historia tuvieron los lazos de familia entre Escocia é Inglaterra, entre España y Francia, entre Francia y Saboya. Pero el caso fué que las leves experiencias que se practicaron nos dieron resultados infinitamente más favorables que nuestra unión con otras familias reales. Por esta razón el conde de Charley, también por los dos Felipes consultado sobre el asunto, decía: — «Los que hablan en la materia, ó son los ministros que la manejan, ó son aquellos que se oponen, como los potentados de Roma, Francia, Venecia, Florencia y Saboya, que desean desviarles para sus propios fines é intentos, ó los religiosos y doctos, llamados á llenar todos los puntos de dificultades y casos de conciencia. Pero en este negocio, de lo que se trata es del bien de la Monarquía de V. M. Todo el mundo es enemigo de V. M. por la dilatación de sus dominios. Luego esta alianza es provechosa. Venecia por Repú-

blica, Roma por emulación y codicia; Saboya por ambición y quejas, odian á V. M. y su poder. Tampoco es amiga Alemania por su rencor contra la casa de Austria, que impide que los demás pueblos prosperen; ni los holandeses, por su espíritu de independendencia; ni Dinamarca y los Estados del Norte, por la codicia del comercio de Indias; ni Francia, que es el mayor émulo que tiene España. Luego por todo género de congruencias nos conviene la amistad con Inglaterra, por su dominio sobre el mar, por su parentesco con Dinamarca, Suecia y Noruega, por su influencia sobre Holanda, por su alianza con los potentados protestantes de Alemania y por su odio histórico contra la casa real de Francia, á la cual conviene dejar aislada en Europa. Si el rey de Inglaterra concede la libertad de conciencia en sus reinos por virtud del casamiento con España y de la alianza con V. M., no puede haber ni habrá mayor gloria con que V. M. pueda eternizarse. V. M. echará nuevos y seguros cimientos para que otra vez la antigua religión prevalezca en Inglaterra, y el rey Jacobo asegurará su persona y sus Estados de todos los movimientos extrínsecos é intrínsecos con refrenar la insolencia de las nuevas opiniones». Esta fué, en efecto, la obra que destruyó la malévola intriga de que aparecen como responsables ante el tribunal de la Historia estos dos reyes insensatos y estos dos inhábiles ministros, ante cuyos nombres España tiene que recordar, intensamente herida, toda la decadencia que media desde aquella fecha hasta nosotros. Optamos por la política fauática de Roma, por la política cesárea de Viena y por la política de los intereses de familia; se pasaron las treguas de los veinte años sin reparar nada, ni disponernos siquiera á la titánica lucha que se echó en seguida sobre nosotros, y las consecuencias fueron tan lamentables como se debió esperar.

Comenzaron á presagiarse en Madrid los funestos resultados del desaire hecho en 1623 á Inglaterra con el heredero de aquel naciente y poderoso imperio, apenas en Santander tomó rumbo para Bretaña el príncipe Carlos. También comenzaron

desde entonces las recriminaciones recíprocas. Se pretendió por los príncipes echar la culpa de lo pasado sobre los ministros. El de Gales culpaba al Conde-Duque de Olivares y Felipe IV á Buckingham, hasta el punto de haberse dicho en Madrid para que en Londres se oyera: «Si el Príncipe hubiese venido solo, no se hubiera ido sin la Infanta».

En otro orden de consideraciones, en Londres se pronunciaban quejas sobre que nuestras tropas hubiesen ocupado á Heidelberg y acometido á Frankenthal, plazas de la dote de lady Isabel, y que se hubiese excluído al Palatino de la dignidad Electoral: y en Madrid se respondía que los ingleses no guardaban la paz; que las conquistas de los portugueses eran perturbadas por sus naves; que sus corsarios frecuentaban la Virginia y se ligaban con el persa en Ormutz; que los bajeles de Dunquerque no hallaban fiel abrigo en las costas británicas; que no se permitía á los españoles comerciar en sus puntos y que suministraban al holandés contrabando de guerra. A pesar de todo, Felipe IV hacía comunicar á Jacobo I, por medio de Hinojosa y Coloma, que tomaría las armas contra los enemigos que impidieran el cumplimiento de lo pactado, y Jacobo I culpaba á Buckingham y Cottington de poner la mira en hacerle irreconciliable con España por medio de un rompimiento, lo que no había de ser en sus días. Todo esto sucedía á la vez que en París y en Bruselas se susurraba que Buckingham andaba en tratos con los holandeses, y que Olivares recibía cada vez con mayor intimidación al Conde de Khevenhüller, embajador de Alemania en Madrid.

Pocos días antes de la ruptura, pero cuando ya Felipe IV hacía muchas instancias en lo del matrimonio, y á Bristol se le había mandado que suspendiese los esponsales, los embajadores de España en Londres recibieron una prueba de consideración, que hacía suponer la mejor amistad entre las dos cortes. Buckingham, en efecto, festejó á los representantes de Felipe IV y de la infanta Isabel en Londres con un gran banquete, al que asistieron el rey Jacobo y el príncipe Carlos.

Con mucho amor se brindó por el rey de España, por la infanta María, *princesa de Gales*, y recíprocamente por el rey de Inglaterra y su hijo. Pero luego se divulgó por todo Londres, en son de crítica contra el monarca español, que mientras los embajadores del rey de España comieron con el de Inglaterra, el hijo de éste no comió nunca en Madrid con Felipe IV. Se dijo, además, que el festín se hizo en casa de Buckingham, más bien que por reconciliarle con los españoles, porque quedase la duda acerca de los que se consideraran favorecidos con aquel banquete: el valido, por la honra de que el rey visitase su morada; y los embajadores, por el obsequio admitido. Coincidían estos hechos con los mensajes de Felipe IV dando cuenta de la llegada de las dispensas matrimoniales á Madrid; pero entonces se le respondió que de aquello no podría tratarse sin que antes se hubiera resuelto lo de la devolución del Palatino. Y como el rey Felipe diera sus disculpas, se le contestó lisa y llanamente por el embajador en Madrid lo siguiente: «que habiendo el rey, mi señor, hallado en la respuesta de V. M. algunos puntos dudosos y de tanta importancia, y habiendo V. M. ofrecido que haciendo el príncipe Palatino las sumisiones debidas se le haría una completa restitución, el rey, mi señor, ha mandado aviso de disolver los tratados, así del casamiento como del Palatinado, en conformidad con el Consejo en pleno de todo su reino». El mismo año se hicieron preparativos por el Duque de Medina Sidonia, bajo el temor de una segunda invasión marítima inglesa en Cádiz.

Más serios temores, sin embargo, debían tener nuestros gobernantes. Salieron papeles nuevos de políticos y arbitristas al presentir el resultado funesto que no podía menos de traer la temeridad con que se había obrado. Se recordó en ellos que el tener á Inglaterra como enemiga era para nosotros causa de muchas desdichas nacionales, y que desde la alianza de Enrique VIII con Francisco I de Francia, y ambos con el turco y con los herejes de Alemania, la Europa no había tenido paz, y que en aquella serie de guerras que parecían interminables,

las fuerzas de España, que tuvieron que acudir á la defensa de Holanda y Zelanda, junto con la falta de comercios, arruinaron á España. Otros políticos por el resto de Europa difundían la noticia de que España sólo era poderosa en los Países Bajos por los grandes ejércitos que allí había ido reuniendo y disciplinando desde los tiempos de Carlos V.

Los designios de Enrique IV contra la Casa de Austria volvieron á prevalecer, consiguiendo que hasta Jacobo I, próximo ya al sepulcro, entrara en aquella gran conflagración de Alemania, Inglaterra, Dinamarca, Holanda, Saboya, Venecia y los príncipes protestantes de Alemania para la libertad de Italia, la Valtelina y el Palatinado, contra el emperador Fernando y el rey de España. ¿Necesitamos recordar los resultados de aquella conflagración?

JUAN PÉREZ DE GUZMÁN

DIEGO VELÁZQUEZ Y SU SIGLO

LIBRO PRIMERO

SEVILLA

Naturae gaudentis et lascivia opus.

LUDOVICUS NONNIUS

Existe una inclinación general, más ó menos viva, según el temperamento de los individuos, que nos lleva á desear conocer las circunstancias que rodearon, sobre todo en sus comienzos, á aquellas personas que dejan tras sí una profunda impresión, ya por haber creado algo imperecedero para un pueblo ó para la humanidad entera, ya por haber sido favoritos de la fortuna, ya, en fin, simplemente porque los hayamos amado. Preguntamos dónde nacieron, cuáles fueron las montañas cuyo aire meció su cuna; visitamos su tumba, indagamos cuáles fueron sus mentores, maestros y compañeros. Tal inclinación se satisface en las biografías, especialmente de los hombres cuyo radio de influencia se extiende por el reino de la fantasía.

Pero este anhelo, fundado en una sencilla ley psicológica, es cosa harto distinta del problema científico que estudia al hombre y sus obras por el conocimiento de su época y las relaciones recíprocas de estos dos elementos. El lugar á que la

suerte nos condujo, el árbol que nos dió su sombra, el canto de los pájaros, el humo del hogar, se graban indeleblemente en la memoria, y tales pormenores triviales, testimonios de nuestro pasado, evocan antiguos estados de alma. De aquí que propendamos á exagerar el valor del influjo del ambiente. Pero el ambiente no forma al hombre; sólo influye en unión del talento, de la suerte y de la voluntad. Nada son sin ésta los otros dos factores. La voluntad puede equilibrar en parte el disfavor de aquéllos.

La aparición de Velázquez está para nosotros estrechamente unida al cuadro histórico de la Corte española y de su capital, Madrid, en los últimos tiempos de la dinastía austriaca. El rey Felipe le tuvo por espacio de cuarenta años á su lado como artista favorito, haciéndole vivir en su palacio como en su casa. La tarea de toda su vida fué pintar la casa de su señor y su corte. Pero su cuna no fué Castilla: era sevillano; un español del Mediodía de sangre portuguesa. Vivió en Andalucía hasta el momento en que empezó á conocer la vida y á sí mismo, así como el fin para que estaba destinado.

*
* *

Para reconstruir la Sevilla de sus primeros días, no basta rastrear en sus archivos: es preciso buscar intuiciones en sus ruinas; todavía se mantiene en pie el minarete del nebuloso arquitecto Gever, el Patio de Naranjeros de la mezquita, con la *Puerta del Perdón*, el alcázar de Don Pedro con su jardín, hasta hoy palacio real, como el Palatino en tiempo de los Otones, y la catedral, concluída por su cabildo durante una sede vacante, según la tradición, en una especie de transporte babilónico. «Dejadnos edificar una iglesia tan grande, que la posteridad nos tome por locos» (1). Esta leyenda retrata el carácter andaluz y el humor español. Es un edificio sin arquitecto ni constructor: obra de muchas generaciones de

(1) A. Ponz: *Viaje en España*, IX, 3.

canónigos, deanes y arzobispos, y de colonias enteras de artistas nacionales y extranjeros.

Sevilla era mucho antes de Colón la más florida y hermosa ciudad de la Monarquía; «la excepción de los tiempos, envidia de las ciudades» (1). Navagero la encuentra más parecida que ninguna otra del reino á las ciudades italianas. «Sevilla, escribe Florentino Serrano, es la capital de la mejor provincia española y la más rica ciudad de España por su comercio» (7 de Febrero de 1637).

Sevilla se enorgullecía de su riqueza, de su devoción, de la elegancia de sus viviendas, de sus grandes obras de misericordia, de la hermosura de sus mujeres y de la valentía de sus nobles. No siempre fué Sevilla una Sybaris. Por largo tiempo conservó el espíritu que con la Reconquista trajeron los pueblos del alto Norte. Contémplanse en la Universidad las tumbas de Rivera y Ponce de León; allí duerme su pétreo sueño el fundador Per Afán de Rivera, muerto en 1423, á los ciento cinco años de edad, que, según reza la inscripción, «consumió su vida al servicio de Dios y de cinco reyes», y su hijo Diego Gómez, que, como su padre, «consagró su vida entera á guerrear con los moros».

Sevilla fué una ciudad de comercio universal. «Sería tan gran milagro, dice Alarcón, encontrar en Madrid una mujer que no mendigue, como en Sevilla un caballero sin ramo de mercader» (2). Hubo tiempos en los que subían por el Guadalquivir buques de cuatrocientas y quinientas toneladas, á descargar en el muelle de la Torre del Oro. La marea se interna dos leguas en Sevilla (!). Su comercio proveía al Norte de aceite, vino, limones y naranjas; á Castilla de tejidos de oro, bro-

(1) Alarcón: *Ganar amigos*, I.

(2) Es segunda maravilla
un caballero en Sevilla
sin ramo de mercader.

Alarcón: *El semejante á sí mismo*.

cado y raso; la industria de sedas ocupa todavía á millares de obreros (1).

De este modo, en el curso del siglo XVI, la riqueza creció con desusada rapidez, siendo la ciudad la única gran puerta del tráfico con el Nuevo Mundo, y los galeones entraban y salían allí como más tarde en Sanlúcar y Cádiz. Allí fueron pintados los estandartes y banderas que pasearon el escudo español por todos los mares. La casa de contratación ejercía jurisdicción sobre el tráfico colonial, y sus mercaderes monopolizaban el comercio marítimo. Dominaba á las antiguas ciudades mercantiles del Mediterráneo, y aun las del Norte, cuyos mercaderes llevaban sus géneros á aquel depósito general de la Península, entonces señora del mundo. «Sevilla, dice Tomás Mercado, es la capital de los comerciantes del mundo entero; poco hace que Andalucía era el fin del mundo: hoy es su centro» (2). Los arbitrios y aduanas, el valor de la propiedad y la población crecieron rápidamente. Este comercio atrajo nuevas capas de población. Había ya tres distintas clases bien caracterizadas: los naturales, descendientes de colonizadores, y el resto de los antiguos habitantes, nobles y plebeyos, prudentes y arrojados, hacendados, rentistas y artesanos, los cuales no habían salido nunca del país. Los negociantes extranjeros, de los cuales todavía queda el recuerdo de sus colonias en el nombre de algunas calles, alemanes, flamencos, franceses é italianos. Por último, los desocupados, fracassas y tahures, de entre los cuales se hacían levadas de vez en cuando para guerrear con los moros. Apenas había sitio para tanta gente. «Vivían hasta en el río, como en China.»

Siguióse una rápida transformación de la vida y aspecto de la ciudad. «Los tesoros de Indias, dice Zúñiga (3), atrajeron

(1) *Descripciones de viajes*, de Diego Cuelbis, de Leipzig, 1899. Manuscrito del Museo Británico. Todavía en 1677 tenía Sevilla 405 telares de seda.

(2) Weiss: *L'Espagne*, I, 24.

(3) Zúñiga: *Anales de Sevilla*, hacia el año 1564 y 1599.

el comercio de todos los pueblos, y con exceso, todo lo que de más precioso existe en el arte y en la naturaleza.» Justamente el reinado de Felipe III (juventud de Velázquez) es señalado por los cronistas como la época de esta transformación. Era el tiempo de las grandes fundaciones y de la marea creciente del espíritu emprendedor. «Pronto, dice, empezó á surgir en todos los órdenes un mundo diferente. Eran los días de Alción.»

El reino vió en Sevilla, de donde, como dice Lope, «llegaba dos veces todos los años el único sostén de España» (1), su general *socorro*, la esperanza de sus ciudades (2). Ella proporcionaba, en el siglo xvii, las dos terceras partes del haber efectivo de la Península (3). «La llegada de los galeones, dice Zúñiga, tenía en espectación á las naciones de Europa, que ahora, por desgracia, no se preocupa ni de España ni de Sevilla, adonde llega mucho y queda poco» (4).

«Pero este oro, dice Pedro Medina, era la recompensa de la verdadera fe, á la manera como el Señor proveyó á Salomón de oro y plata para la edificación del templo, ó sea para atraer á los incrédulos al seno de la Iglesia» (5). Iglesia y bolsa eran entonces muy cercanos vecinos. Antes de que se construyera la Lonja, se reunían los comerciantes en la plaza en un sitio elevado con gradas cerca de la catedral. Allí mismo, en la calle, se celebraban las subastas: objetos de plata, esclavos, tejidos, guardajoyas, cuadros; como en otro tiempo en el templo de Libitina, dice Rodrigo Caro. El Instituto de Beneficencia era el más grande palacio de la ciudad, el Hospital de la Sangre, fundado por doña Catalina de Rivera y su hijo D. Fadrique.

(1) Lope: *El peregrino en su patria*. Obras sueltas, V, 320.

(2) Jornada que S. M. hizo á la Andalucía en 1624.

(3) Desp. de Venecia. Enviado Basadonna, 15 de Mayo de 1649. Frari-Archiv.

(4) Zúñiga: 1579-1587. Las pistolas españolas sólo se hallaban en el extranjero. Se comparaba á España con el asno de Arcadia, que lleva el oro y come cardos.

(5) D. Pedro de Medina: *Grandezas y cosas notables de España*, 1548, pág. 51 y sigs.

Esta casa había invertido 50.000 ducados en fundaciones de obras pías.

También era Sevilla muy católica ciudad. Desde la Reconquista, transformó sus palacios árabes en claustros (1). «Su más grande prerrogativa es la devoción de la Reina de los Ángeles, aquella fe innata en la Inmaculada Concepción que inició este dogma». Sevilla posee tres colosales cuadros de la Virgen de la Edad Media, atribuidos aún hoy por los técnicos, cuya fe es mayor que su ciencia arqueológica, á los primeros tiempos del Cristianismo. Ninguna otra ciudad católica puede jactarse de poseer los cuadros que ella posee.

A pesar de todo esto y de la poesía y humanismo italiano que entonces privaba, guardaba Sevilla un fondo oriental que aún hoy conserva. Sus *patios* pavimentados de mármol, animados por fuentes y pirámides de flores de fragantes aromas, parecen á los septentrionales que se aventuran en el estrecho laberinto de sus callejas y que miran por los abiertos zaguanes, un trasunto de los cuentos de hadas orientales. Todavía se oyen las melodías populares, las melancólicas canciones y danzas árabes, que no han desaparecido de las iglesias por completo. Estas fiestas, mascaradas y procesiones trasladaban al extranjero á los países de Oriente. *All' uso antico moresco del paese* (2). En las habitaciones que rodean estos patios había armarios de marquetería de cedro y palo santo, ébano y marfil, concha y metales preciosos, finos trabajos indios de Goa; vasos chinescos de esmalte y pájaros tropicales de magníficos colores. En las paredes se ostentan azulejos con reflejos metálicos; tapices flamencos y mejicanos, tapetes de cuero cordobés cuelgan de los muros, y cubren el suelo tapices de Persia. Ha tiempo comenzó su peregrinación á las subastas de París y Londres, y los Museos de los bárbaros se han llenado de ta-

(1) Por ejemplo: el palacio del Bab Ragel en San Clemente. *Museo Español*, IV, 198.

(2) Así encontraba Zane también la comitiva de la corte á la iglesia de Atocha con motivo del nacimiento del príncipe, 1657 (28 Noviembre).

les magnificencias cada vez más escasas. También los templos cristianos eran en el siglo XVI una mezcla de mezquita é iglesia. Al lado de atrios góticos y coros poligonales elévanse campanarios muzárabes; arcos cruzados alternan con techos artesonados. Luis de León evoca todo este encantador aparato del arte *mudéjar*, tan opuesto á sus ascéticos sentimientos:

El dorado techo...
del sabio Moro, en jaspes sustentado.

Pero la Casa de Pilatos, de Fadrique Enríquez de Rivera (1533), unía este estilo morisco con reminiscencias religiosas del Cristianismo. Sobre las formas arábicas y góticas aparecía el Renacimiento italiano, al cual, no obstante, no había opuesto resistencia el espíritu local; embriagábase en fantásticas figuras y ornamentaciones. En efecto: dominaba entonces el severo y sobrio estilo *cinquecentista* de Herrera, en el cual fué edificado el templo de Mercurio. Sólo se veía entonces por los ojos de un Vignola, y se desdeñaban las creaciones de quinientos años atrás.

Lope admiraba el moderno monumento de Semana Santa como lo más notable de Sevilla (1). Sin embargo, las obras difundidas de los tiempos anteriores extendían sobre la ciudad un poético claro-oscuro aun á los ojos de estos hombres modernos. «Menfis castellana» la llamó Tirso de Molina (2); y no era que se hubiese agotado la fuerza creadora; la ciudad reservaba todavía á España un valioso presente: su escuela de pintura.

Sevilla era también una ciudad alegre: *regocijadísima* y *vistosa* la llama en su diario de viaje Felipe IV (1624). Estaban entonces la campiña y las riberas del río más ricamente adornadas que hoy con los jardines. Navagero la encuentra

(1) Modelado probablemente en el año 1559: *máquina tan rara del monumento, la mayor del cielo*, llama á esta fría obra.

(2) Tirso de Molina: *No hay peor sordo...*, III (1625).

todavía poco poblada, y dice que dentro de los muros había muchos jardines. Este veneciano se entusiasma ante los parques con sus espesos bosques de cedros, naranjos y mirtos, y especialmente ante los paradisiacos de la Cartuja (1) y de San Jerónimo de Buenavista. Estos debían más á la Naturaleza que al cultivo. Prolongábanse muy adentro del campo (*el compás de Sevilla*). Desde un cerro del Oeste (*montañeta*) se ofrece, en donde empieza el Aljarafe, una perspectiva que, según Rodrigo Caro, «debía producir la desesperación de los más diestros pintores». Si se les nombra á los lectores de comedias españolas la Alameda de Hércules ó las barcas y la ribera, en la cual el hijo de Colón plantó arboledas, ó el jardín del Alcázar (el más delicioso paraje español le llama el citado italiano), se vivifican tales sitios con escenas de aventuras románticas. Pues, Sevilla—dice Calderón—«es lugar donde cada noche salen cuentos nuevos» (2). Allí vivió y de allí fué llevado por el diablo Don Juan Tenorio, el *Burlador de Sevilla*. Madre del huérfano y manto de pecadores la llama Mateo Alemán (3). Las verdes salas del Alcázar son para el poeta del *Burlador* escuela del amor; estaban muy cercanas á la Bolsa. Aquí dejan de ser fábulas los jardines de Admeto y Alkinous; son la bolsa de las mujeres (4). Para lanzarse de la devoción á la alegría de vivir, no hay más que pasar el puente de Triana, «en el cual se dan la mano las dos partes de la ciudad». A ambas orillas había grandes y pequeñas embarcaciones. Triana era la ciudad de los extranjeros, de las casas de juego y las posadas, donde se daban constantemente cita muchos y principales huéspedes, que departían tranquilamente

(1) *Buen grado hanno i Frati que vivono li a montar di li al Paradiso*. Navagero.

(2) Calderón: *El médico de su honra*, II. Lugar tan acomodado á hallar aventuras, que en cada calle y tras cada esquina se ofrecen más que en otra ninguna. *Don Quijote*, I, 14.

(3) *Guzmán de Alfarache*, I, 1, 2.

(4) Tirso: *El amor médico*, I.

sin ser molestados por la policía ni por el vecindario (1).

Era el lugar favorito para las jiras de las sevillanas, al cual iban conducidas en barcazas gobernadas por marineros de multicoloros trajes. Allí estaban las tiendas de los alfareros y vidrieros, de donde salía el brillo metálico de aquella cerámica que coronaba las iglesias y palacios de España y de Portugal.

A veces, la sombra de la muerte se cernió sobre la ciudad como al principio del siglo, y en su mitad cuando la peste desoló la población. En 1649 cuenta el enviado de Módena, que á causa del terror de la epidemia contrajeron en un día matrimonio 7.000 personas que vivían *amancebadas* (2). Cuando Felipe III salió en 1619 para Lisboa con su corte, zarpó un buque con cuarenta cortesanas «ricamente vestidas y llenas de joyas» para unirse á la corte; fueron apresados por los corsarios y llevados á Berbería (3).

Pero al lado de estos azotes del cielo, también Moloch exigió su ofrenda. La propagación de les enfermizos extravíos del sentimiento religioso desarrolló los sucesos de 1623, en que 10.000 personas fueron presas por herejes, *alumbrados*, de las cuales la Inquisición, espantada por el número, sólo quemó siete jefes de complot y una mujer, escapando los demás con vida (4).

POETAS

Desde la mitad del siglo xvi empezó á dominar en la alta sociedad de Sevilla la cultura italiana. Después que Antonio de Lebrija (1444-1532) hubo fundado los estudios de latinidad en Andalucía, se desarrolló á consecuencia del estudio de los poetas y escritores italianos un nuevo mundo de senti-

(1) Diego Cuelbis: Se pagaba por un cuarto un ducado ó 12 reales en moneda.

(2) Despachos de Módena, 15 Junio 1649.

(3) Despachos venecianos, 28 Junio 1619.

(4) Khevenhiller: *Annales Ferd.*, X, 330.

mientos y formas literarias dentro de la inquebrantable tradición católica. Como siempre, se despreciaron algunas anteriores creaciones españolas, aun las que hoy representan para nosotros el único encanto de Sevilla. Sumergiéndose en los recuerdos de la antigua Roma, se derramaron poéticas lágrimas sobre su decadencia. Rodrigo Caro (de Utrera, 1573-1647), el historiador de Sevilla y sus *varones ilustres*, latinista, epigráfico, es el autor de una oda *Á las ruinas de Itálica* (antigua Sevilla), de la cual Rioja no es más que refundidor. Pasaban melancólicamente ante el silencio sepulcral del ruinoso anfiteatro, soñando con los aplausos ruidosos del «gran pueblo» que premiaba las hazañas de los gladiadores. «Lloraron sobre las orgullosas estatuas que la brutal Némesis derribó.» Pedro Guines compuso un soneto sobre este asunto, y Juan de Arguijo cantó las ruinas de Cartago, Troya, y la muerte de Cicerón.

El celebradísimo poeta sevillano Hernando de Herrera *el Divino* (1534-1537) siguió del todo las nuevas sendas de Boscan y Garcilaso, este último, en su concepto, el más grande poeta español, fuera del cual, según Lomas de Cantoral (1578), España no había tenido un poeta digno de tal nombre. Según Pacheco, Herrera fué el primero que elevó el idioma á su apogeo. El beneficiado de San Andrés halló también su musa en D.^a Leonor de Milán, condesa de Gelvez, «la cual, en consideración á tan sublime poeta, le permitió estos homenajes con el consentimiento de su esposo». Para él era el soneto la más hermosa forma poética, tanto de la lengua española como de la italiana.

¡Qué títulos! *Gigantomaquia* (Herrera), *Hércules*, *Psiquis* doce libros en *rima suelta*. Muerte de Orfeo en octavas (ésta de Malara), el mismo asunto de Jáuregui. En aquel *Hércules* de cuarenta y ocho cantos en octavas, dedicado á D. Carlos, «reunió todas las excelencias que encontró en los poetas griegos y romanos».

Pedro de Mejía (1555), que en otro tiempo esgrimió en Salamanca su temible espada, que sirvió de cronista de Carlos V

en Augsbug (1448) y que sostuvo con Luis Vives una correspondencia en latín, escribió después, cuando durante largos años, aquejado por dolores de cabeza, no podía salir de su casa, reducido á dormir cuatro horas, uno de aquellos compendios-misceláneas tan en boga entonces, sacado en su mayor parte de los antiguos, á la manera de Macrobius: *Silva de varia lección*, que fué traducida á muchas lenguas, y que en el siglo siguiente andaba en manos de todo el mundo. Pacheco reconoce en sus versos (*agudeza y dulzura*).

El más ingenioso entendimiento era el de Baltasar de Alcázar († 1606), el admirador de Marcial, y Horacio (el Marcial español). Pacheco confiesa que era un Boswell español; anotaba todas sus observaciones en sus visitas. Una vez dijo Baltasar: «Yo quisiera que fueses mi esclavo». Nos sorprende hasta con atrevidas canciones báquicas, que también escribía. «Era ingenioso con pocas palabras, y con un solo vocablo hacía sabroso el plato más insípido, excitando el paladar con aparente negligencia. Las sencillas cadencias de sus versos cautivan los oídos.»

También estos sabios poetas escribieron para el teatro. Lope de Rueda (desde 1544), platero de Sevilla, había fundado el teatro popular. Dos grandes teatros se construyeron al principio del siglo xvii: uno de madera y otro de mármol. Aquel Juan de Malara, el Menandro bético († 1571), con Francisco de Medina († 1615), profesor de griego y latín, primero en la calle de Catalanes, después en la Alameda, llamada entonces Laguna, escribió gran número de comedias y tragedias sobre asuntos sagrados y profanos «con maravillosos ejemplos y observaciones, llenos de apotegmas, odas y elegías en lengua latina y española». Escribió en Madrid (1566) por orden de Felipe II unos versos sobre los cuatro cuadros del Ticiano (*Furias*) que había en palacio. Sus comedias no fueron conservadas, como tampoco las de Gutiérrez de Cetina en prosa y verso († 1560). Según Pacheco, su comedia *La bondad divina* fué puesta en escena con extraordinario aparato. Comba-

tió en Italia y en Flandes, estuvo en Túnez con Carlos V y con su hermano, uno de los conquistadores, en Méjico. Pero no sólo trajo de Italia heridas y oro, sino—como dice Herrera—«la hermosura y la gracia italiana; en gracia, ternura y ardor no le puede negar nadie un sitio entre los primeros». Lo confirman algunos encantadores madrigales cortos, imitaciones de Garcilaso. Más felices fueron las comedias de Juan de la Cueva, que se conservan.

Sin embargo, la pedantería en estos autores sólo se manifiesta en su aparato mitológico clásico. Se escribían canciones en las cuales llamábase *Damón* y *Vandalio*; pero en su vida y maneras no se ve nada de la característica de los humanistas. Hombres formados por sí mismos, que lanzados en medio del torrente de la vida sabían combatir, mandar, navegar, rezar, macerarse, negociar; nada groseramente sensual, nada pedante se encuentra en ellos. La descripción de Herrera hecha por Pacheco nos muestra el anverso del carácter de los literatos italianos y alemanes (1). «Odiaba la lisonja, y no aceptó los regalos de los poderosos; antes bien, evitó su compañía cuando trataban de obsequiarle; no bebió nunca vino; rehuía la murmuración y evitaba los lugares en que ésta se cultivaba; se ofendía si le llamaban poeta, si bien limaba sus obras y pedía el consejo de sus amigos, á los cuales leía sus obras.» Murió inédito, y sin la piedad de Pacheco hubiéramos perdido sus obras.

Baltasar de Alcázar sirvió en las galeras de D. Alvaro Bazán y Cetina; «era tan amante del carcaj de Marte como de la lira de Apolo». La ciencia—dice Don Quijote, según el Marqués de Santillana (2)—no embota el fierro de la lauza nin face floxa el espada en la mano del caballero.

(1) Muchos de estos rasgos están sacados de la obra biográfica de Pacheco, el cual conocía personalmente á los más principales de estos hombres, y nos traslada al ambiente intelectual de la juventud de nuestro pintor.

(2) *Obras de D. Íñigo López de Mendoza*, por José Amador de los Ríos. Madrid, 1852, pag. 24.

Un ejemplo de tales hombres fué Argote de Molina (1584-1598), vástago de una raza de *Matamoros* que procedía de los conquistadores de Córdoba. Desde la edad de trece años ganó laureles en la defensa del Peñón de Vélez, en la rebelión de Granada, en las galeras españolas y, finalmente, en la guerra de Navarra al frente de un escuadrón de caballería sevillana; en su casa se iba formando, al lado de la sala de armas y caballerizas, un museo donde había depositados tesoros literarios de la España medioeval, reunidos en sus viajes: el conde Lucanor, el libro de caza de Alfonso XI, los viajes del gran Tamerlán. Empezó una historia de la nobleza andaluza. Su testimonio es suficiente para certificar un hecho. Su cámara estaba adornada con objetos de mitología y con retratos de hombres célebres, para los cuales había conseguido la cooperación de Sánchez Coello. Felipe II le hizo en ella una visita confidencial.

También tuvieron estos humanistas tiempo para ocuparse en historia patria y de familia, y colecciones de proverbios, y hasta homenajes, glosas y coplas. Herrera encuentra acentos que penetran el alma en la oda á la batalla de Lepanto, en la pérdida de Don Sebastián de Portugal y sobre San Fernando; Medrano, en el soneto sobre la abdicación de Carlos V. Aparecen inspirados en los salmos y en la poesía de los profetas, como también el más grande lírico español, Luis de León, bebió en estas fuentes.

No hay huellas de indiferencia ú hostilidad contra el instituto eclesiástico. El arzobispo de Castro († 1600), un príncipe de la Iglesia, de severísimos principios, aparece como Mecenas de pintores y poetas: el latinista y admirador de la antigüedad maestro Francisco de Medina era su secretario; Rodrigo Caro, su familiar; y á Herrera le ofreció en vano dignidades y prebendas. El músico Guerrero, el pintor Pablo Céspedes de Córdoba y el licenciado Francisco Pacheco, su tío, el mejor latinista poeta de Sevilla, eran huéspedes bienquistos en el palacio arzobispal y en su mesa.

En la capital andaluza estaban representados en su mayor parte, entre los teólogos, los oradores sagrados. Pacheco retrata á diez celebridades, entre ellas un Demóstenes cristiano, el carmelita Juan de Espinosa, el cual durante cuarenta años fué el predicador de los sabios y de los sacerdotes.

A Fernando de Santiago llamó Felipe II *pico de oro*; cuando le predicó en su última enfermedad le dijo: «Nunca he tenido como consuelo á mis tormentos una hora de tanto placer y sosiego». También predicó ante Felipe IV. El prior de los Agustinos, Pedro de Valderrama, repartía sus catorce horas de trabajo entre estudios, sermones, gobiernos y edificaciones. Sin medios, emprendió y dirigió la construcción de grandes conventos en Málaga, Granada y Sevilla; «quiso construir una casa para Dios, para que Dios le diera otra en el cielo».

También encontramos entre tanto asceta y predicador un profundo sabio. Benito Arias Montano (nacido en 1498), *maestro de erudición sagrada* en el Escorial, que hablaba once lenguas muertas y vivas, éstas con puro acento. Felipe II le sacó á menudo de sus ocios de sabio y asceta en la Peña de Aracena, aquella encantadora é inculta comarca (*cuya aspereza es amenísima*), donde cultivaba sus flores; encargóle la traducción de la Biblia políglota (*Biblia regia*), la cual se publicó en las oficinas de Palacio. Seis años consagró á esta traducción en Amberes, trabajando diariamente once horas. El hijo de Colón, Hernán Colón, tuvo la patriótica idea de dotar de una biblioteca á la ciudad y al cabildo, compuesta de 20.000 volúmenes, como legado perpetuo, la cual, á pesar de que no era rico, había reunido en sus viajes por toda Europa con este objeto (1526). El palacio sito en las inmediaciones del río tenía ornamentado su portal por trabajos genoveses (1).

En tales Museos se hablaba también sobre arte; los graba-

(1) De Antonio Maria de Abril. C. Justi. Una reliquia de Fernando Colón. *Anales de las reales colecciones de arte de Prusia*.

dos en cobre de las escuelas alemana é italiana eran perfectamente conocidos.

Francisco de Medina († 1615), que había estado en Italia, se construyó en los alrededores de la ciudad una ermita profana, donde, además de monedas y cuadros, reunió impresos raros y cosas notables de la antigüedad y de su tiempo. El pintor Pacheco decía de él: «No era un mero inteligente, pues nadie le superaba en la explicación y juicio de las obras de arte, en la elección de las mejores y más atinadas expresiones que encierra la lengua española; en esto era muy superior á los hablistas más elegantes de su tiempo (*cultos*)».

Ot pictura poesis. Ciertamente que los pintores tuvieron pocas ocasiones de pintar gigantomaquias y novelas de amor; pero se alejaron con más apartamiento que los poetas del dialecto vulgar, aceptando el idioma extraño. Según decía Hernán de Hoces (1), desde que Boscan y Garcilaso introdujeron las medidas toscanas en la lengua española, había caído en menosprecio todo lo escrito y traducido con anterioridad en las formas antiguas del verso español, de tal manera que pocos le creían ya digno de ser leído; así, pudieron hablar ya los artistas de moda y los espíritus ingeniosos del destierro de la barbarie gótica por los primeros viajeros de Roma (2); el mismo renacimiento de un Diego de Siloe le consideraban como época de transición.

Cervantes dijo de la traducción de la *Aminta* de Jáuregui, que por rara ventura se dudaba cuál era el original y cuál la traducción.

Tasso, decían, tuvo las poesías de Herrera debajo de su almohada para admirar en ellas la grandeza de nuestra lengua. Así ayudaron pintores españoles á los fresquistas italianos en Trinitá de Monti, en la secretaría y en el vestíbulo de la capi-

(1) Ticknor: *History of Spanish Literature*, I, 496 (1554).

(2) Estos dos singulares hombres (Berruguete y Becerra) desterraron la barbaridad que en España havia. Juan de Arphe.—*Varia conmesuración*, L. II.

lla Sixtina, y no se advirtió ninguna huella de su estilo nacional en su trabajo; algunos permanecieron siempre allí, como Ruviales.

Los cuadros del maestro del nuevo estilo en Sevilla están llenos de recuerdos y reminiscencias italianas. Así como Herrera exigía que se desterrara de la alta poesía las expresiones familiares, y á la vez el castellano de estos poetas se llenaba de expresiones, giros y construcciones italianas y latinas, así también desaparece el rico color local de la pintura de la Edad Media.

En vano se busca en los tipos populares motivos y tonos originales locales: estas obras pudieran igualmente haber sido pintadas en Utrecht ó en Florencia.

Sin embargo, en la juventud de Velázquez habían empezado ya á palidecer las estrellas del Parnaso italo-español. Un nuevo gusto nacional, aunque antiguo en el fondo, se enseñoreaba. En los días de Calderón ya estaban los sonetos fuera de moda. Pudo hablar de los casi borrados recuerdos de Boscan y Garcilaso (1).

LA EDAD MEDIA

Todavía habían caído más profundamente sepultados los recuerdos de los tiempos medioevales. Cuando leemos hoy que un joven de noble familia de entonces quiso consagrarse al arte y obtuvo el consentimiento de su padre, hemos de figurárnosle subyugado por aquellas magnificencias moriscas y góticas que aún dominaban de modo muy diferente que hoy la impresión monumental de la ciudad. Pero penetremos con nuestros anteojos históricos de largo alcance el estrecho sen-

(1)

Que aunque hoy el dar un soneto
no está en uso, despertando
las ya dormidas memorias
de Boscan y Garcilaso.

(Calderón: *Antes que todo es mi dama*, I.)

tido de los tiempos anteriores, de pasajera memoria. Todo lo que hoy revivificamos con penetrante mirada en arrebatadora perspectiva, era mudo para los españoles del siglo xvii. Según Juan de Arfe (1585), los godos y vándalos rebajaron y elevaron á la vez el arte romano y sus *cresterías* y *maçonerías*; lo que entonces se llamaba *obra bárbara* se llama hoy *obra moderna*. El estilo morisco *mudéjar* ya se empezaba á nombrar. Los tiempos anteriores eran un caos enigmático sobre el que se alzaba un nuevo mundo, cuyos elementos y modelos habían sido traídos por los viajeros de Roma, del país de Paladio y Vignola, Buonarroti y Rafael. Ciertamente que los grandes edificios influyeron aun en donde había caído en olvido su gramática, con la misma fuerza de necesidad que las montañas y el mar (1).

El sabio Pablo de Céspedes trajo consigo de Roma (en 1577 volvió á ésta) sólo un interés arqueológico por el arte eclesiástico antiguo; él mismo lo dice. Ante Miguel Angel sólo había pavesas, de entre las cuales había de elevarse el fénix de nuestros tiempos (2). Aquél era el nuevo Prometeo, sólo comparable á Píndaro.

Antes habían figurado en primer término los holandeses con un ejército de artistas naturales y extranjeros, congregados para el adorno de la nueva catedral á orillas del Betis. ¿Qué cuadros son hoy comparables en luz y claridad á las vaporosas figuras de los largos bosques de columnas de las naves góticas? El fundador sevillano de una escuela de pintura, Juan Sánchez de Castro, parece influido por las agitadas ondas de

(1) Juan de Arfe reconoce firmeza en la pintura y precioso ornamento de las iglesias góticas,

los quales se nos muestran hasta hoy día firmes, y de montea muy vistosos, con ornatos sutiles y graciosos.

Varia conmesuración, L. II.

(2) Cean Bermúdez: *Diccionario*, V, 295.

los Van Eyck. Pero sus obras eran para Pacheco, el fiel conservador de viejas reminiscencias, sólo un recuerdo del arte infantil que representa al Arcángel Gabriel en manto de coro con las figuras de los Apóstoles y del Resucitado (1). Tradujo el relato sobre Juan van Eyck y su invento, y ha conservado también una rapsodia (*silva*) de Enrique Vaca de Alfaro sobre su retrato (1462).

Pero las obras de altar de sus sucesores, allí existentes, no le merecieron mención alguna, encontrando asimismo *abominable* todo lo creado hasta Miguel Angel.

«Lo que es feo, lo que carece de arte y vida (*brío*), lo llaman flamenco» (I, 51, 315). Aun Felipe II hizo reunir celosamente, durante las revueltas de Flandes, los tesoros de Roger y sus contemporáneos y adornó con ellos las principales habitaciones del Escorial; el nieto dejó quitar de los altares de la real capilla de Granada el tesoro de Menline y otros trípticos fundados por Isabel la Católica (2).

En los comienzos de aquel siglo vivió allí un pintor que los aficionados modernos han llegado á estimar como el más importante de toda la serie de restauradores del buen gusto. Alejo Fernández fué llamado en 1508 de Córdoba á Sevilla con su hermano Juan Fernández Alemán. Sus cuatro grandes tablas del retablo de la *Sacristía alta* quedaron como los más notables monumentos de la *manera alemana*, y aparece allí un Quentin Messys, andaluz. No se han visto después cabezas de tanta agudeza en el carácter y tan inexorable perfección al par que ruda honradez en el dibujo. Allí se hermanan tipos germánicos con tipos españoles y moriscos. Y en la iglesia de Santa Ana, de Triana, nos sorprende con una Madona de la Rosa, que en la soltura y suavidad de las líneas, en el tierno tono perlino del relieve de los ricos brocados, en el dulce

(1) *Arte de la Pintura*. Un Gabriel así vestido vi yo en una Anunciación, en la galería de D. Sebastián Fina y Calvo, en Sevilla.

(2) De la capilla de Granada. *Zeitschrift für christliche Kunst*, 1890, 203.

dejo de los tipos bizantinos, recuerda á los antiguos venecianos. En las ciudades andaluzas de Marchena y Écija, en olvidados retablos, se ven figuras de santas mujeres, las cuales en la gracia del movimiento y en la alta pureza y luminosidad del color se pueden colocar al lado de los más nobles *cuattrocentistas*.

Pero Pacheco, que por otra parte tanta indulgencia muestra para las nonadas piadosas, no conoce ni siquiera el nombre de Alejo, y Céspedes le cita sólo para añadir que su único mérito consiste en el dorado y pintura de cuadros religiosos.

Entonces había aún vida en el arte, porque había libertad y tendencia á la variedad. Del escultor Pedro Millán, el cual ejecutó las estatuas del cimborrio de la catedral (1), posee la capilla *del Pilar* la más notable estatua de la Virgen de aquel tiempo: una alta y seria española; su Niño Jesús es una de las más legítimas figuras infantiles entre los centenares de Niños de aquellos templos. Modeló también las figuras para la puerta ojival de Santa Paula, adornada al estilo de Robbia por un italiano.

Y en los prelados, apóstoles y santas mujeres del pórtico del Oeste de la catedral, despierta con su sinceridad y gracejo nuevas reminiscencias de las góticas del siglo XIII. Pero tal exuberancia de vida llegó á cansar. La unidad del sistema murió á manos del número y de la letra.

LOS ROMANISTAS

El renacimiento, ó como en aquel tiempo se decía en España, la *obra del romano*, aparece en Sevilla en la primera década del siglo XVI. Trabajaba entonces el florentino Miguel en el monumento del arzobispo Mendoza (1509). El pisano Niculoso Francisco modelaba florentinas Terracotas; y en el año

(1) *Pedro Millán*, por José Gestoso y Pérez. Sevilla, 1885.

1519 encargó D. Fadrique de Rivera en Génova los monumentos de sus antepasados, seguramente los más ricos modelos del estilo funeral lombardo, no sólo en España. Pero en la tercera década ya se ve aplicado el estilo *plateresco* ó grotesco por el español Diego de Riaño y sus compañeros con toda maestría y con sello característico.

Era el tiempo de la creación de aquellos edificios llenos de estatuas y de profusa ornamentación; de las casas consistoriales, de las grandes sacristías y de las reales capillas.

Sin embargo, hacia la primera mitad del siglo aparecen grupos de pintores educados en la más pura escuela italiana, hostiles á los decadentes rezagados de los tiempos góticos. Rómpe-se toda relación con la pasada época. Por entonces introdujéronse los jesuítas en Sevilla (1554).

Glorioso período al cual se volvía la mirada á fin de siglo, cuando ya la decadencia se dejaba sentir. En Castilla apuntó antes esta aurora. Alonso de Berruguete, que en el año 1520 había vuelto de Italia figurando en la corte del emperador, y Gaspar Becerra, son «los hombres extraordinarios que acabaron con la barbarie todavía reinante».

Así escribe Juan de Arfe y Villafañe en 1585, cuando en Sevilla trabajaba en la gran custodia. Su familia, procedente de Alemania, tuvo en sus manos por espacio de tres generaciones el arte de trabajar los metales preciosos en las catedrales españolas en aquellos tres estilos: neogótico alemán, plateresco y neoclásico, construyendo, según el libre vuelo de su fantasía, sus ideales templetos de plata (1).

Arfe rompió con el estilo pictórico de Diego de Siloe y Covarrubias; pues aunque, como se decía, imitaba á los Bramante y Alberti, no pudo olvidar por completo el estilo moderno (gótico). Así no faltó quien caracterizase el estilo de estas obras, que ciertamente no carecen de unidad de conjunto,

(1) *Die Goldschmied-familie der Arph, Zeitzchrift für christliche Kunst*, 1894, Nr. 10, 11.

con el desdeñoso calificativo de estilo mezclado (*mezcla*). Sus frases sobre las variaciones del gusto aun en el Escorial quedaron como *leit-motiv* de los escritores de arte hasta el siglo XVIII.

La poesía didáctica de este «Cellini español», en tres libros en prosa y octavas, *Varia conmesuración*, 1585, es el manifiesto del *Cinquecentismo* español: simetría, destierro del libre arbitrio y fantasía, sobriedad en la ornamentación. Quiere enseñar la proporción del hombre, de los edificios y hasta de los vasos sagrados, cuyas coronas en aquellas gigantescas custodias eran el título de gloria de su familia.

El estudio de las proporciones y del desnudo fué la pauta de la pintura; se hizo del número la clave de la belleza. «Alonso de Berruguete trajo consigo de Italia las exactas proporciones de los antiguos; diez dimensiones de cara (en vez de las nueve introducidas por Alberto Dürer y Pomponio Gauricus); á éste siguió Gaspar Becerra, que volvió á dar también á las figuras exuberancia de vida. En otro tiempo fué colaborador de Vasari en la Cancillería, y en Trinitá de Monti, en Roma, dirigió los dibujos de anatomía del Dr. Juan de Valverde (1554).

Estos sistemas pudieron parecer un juego de ociosos del dilettantismo sabio, cuyos mismos autores habían de olvidar en sus estudios serios; pero aquí pudiéramos recordar la desenfrenada libertad en las proporciones que más tarde reinó en el siglo xv (un verdadero barroquismo). A los ojos educados en el arte de la antigüedad debía parecer falta de sentido é insoportable arbitrariedad; los sistemáticos la dejaron á un lado.

Fueron éstos los días en que los españoles viajaban á Roma y Florencia, pasando allí gran número de ellos parte de su vida, y otros su vida entera.

«Todos los grandes hombres—dice Pacheco (*El Arte*, 1411)—que ha tenido España en la escultura y pintura, un Berruguete, Becerra, Machuca, el Mudo, maese Pedro Campaña, Luis de Vargas, gloria de nuestra patria, después de haber con

increíbles trabajos consumido lo mejor de sus vidas en Italia, aspirando con sus ingenios más que humanos á dejar de sí memoria eterna, escogieron, como nos muestran sus obras, el camino de Micael Angel y Rafael de Urbina y los de esta escuela».

Y Pablo de Céspedes asegura que no había visto nunca una gracia como la de Rafael, ni esperaba volver á verla. Correggio parece haber tomado sus figuras del cielo. Todos se resignan á quedar por bajo de él. En efecto, llama también á los dos Zuccari sus maestros, «el verdadero archivo de los tesoros de este Arte». Pero Miguel Angel ha iluminado la redondez de la tierra y ha llegado más allá que los antiguos; tiene el primado en las tres artes, y quien no le estudie tendrá poca fuerza (*nervio*), y aun menos gracia. En las primeras manifestaciones del nuevo arte en Sevilla figuran todavía con preferencia los extranjeros. A los tallistas, pintores de vidrio, canteros, etc., que en los tiempos góticos vinieron de fuera para adornar las iglesias españolas, siguieron los pintores. Ya antes que los romanistas habían sido aceptados algunos artistas de vidrio (*vidrieros*) de estilo italiano. Arnao de Flandes y Arnao de Vergara construyeron á partir de 1554, por espacio de una larga serie de años, las grandes ventanas de la catedral con magníficos marcos platerescos; riqueza, figuras, composiciones pomposas de modelos italianos, de que es un ejemplo el Lázaro de Sebastián del Piombo.

Al mismo tiempo que Vargas, tras veintiocho años de viajes, volvía completamente italianizado á Sevilla, y Vicente Joanes Masip á Valencia; cuando Simón de Chalons se presentaba en Aviñón y Heemskerk inundaba Holanda con sus caricaturas de Miguel Angel, aparecieron también varios holandeses de esta escuela en Andalucía. Juan Téllez, duque de Osuna, hizo adornar hacia el año 50 la curiosa cripta de la Colegiata de Osuna, por un grupo de holandeses. Entre un crecido número de cuadritos de diferentes autores, se encuentran determinados dos: *Gerald Wytvel de Utrecht* y *Hernandus*

Stormius Ziriczeensis Faciebat, 1555. En este último se reconoce un pariente de aquél, Heemskerk. En su gran Retablo de la Capilla de los Evangelistas de la catedral, pintado allí mismo, están tomadas las figuras suspendidas en las nubes, como las siluetas de los cuatro evangelistas del grabado de Agustino Veneciano; las santas vírgenes de Sevilla en Pradella ofrecen en cambio aún tipos completamente de Alemania del Norte, mientras el San Gregorio del Altar no desmiente su origen románico.

Un holandés sirve como intermediario entre los españoles y Julio Romano. Franz Frutet (no confundirle con Frutos Flores) pintó en otro estilo. Suministró una obra principal, el retablo con la crucifixión y el Bernardo ante la Madre de Dios, para el Hospital de San Cosme y San Damián. De lejos parece el estilo de Miguel Coexeyo; le supera en la expresión de las cabezas, en la mayor nobleza de las formas, hasta de las más vulgares, todo con claros contornos, mucha variación en los colores claros, la mayor parte quebrados. Se advierten varias figuras tomadas del Spasimo y del Incendio de Borgo.

Todos estos quedan muy por bajo, tanto por la extensión de los estudios y forma del estilo como por el resultado, de Peeter de Kempener (de Kempen (1), de Bruselas, llamado allí Pedro Campaña; según Pacheco, muerto á los noventa y ocho años, en 1588). Uno de aquellos que, después de haber cursado su escuela patria, se creó un estilo propio, variable según las necesidades de sus viajes por Italia. Por primera vez surge como pintor decorativo en el carro triunfal en que Carlos V entró en Bolonia (1530). Después estudió las antigüedades de Roma. Pacheco poseía aún varios de estos «sabios dibujos á pluma». Fué también escultor; algunas figuras del Retablo de Santa Ana, en Triana, son imitaciones del mármol. Pero en

(1) El nombre Petrus Kempener está sobre un pequeño y fino cuadro de la Crucifixión, que se encontraba en una colección particular en Praga. De este Cristo hay un dibujo en el Museo de Gijón.

su obra maestra, el Retablo del Mariscal (1553), demuestra que estudió profundamente á Rafael, cuyas líneas han alcanzado pocos entonces como él. Con más hermosa naturaleza ante sus ojos que Scorel y Orley, pudo vivificar estos estudios romanos de forma por la observación de los trabajos de un linaje de hombres más favorecidos.

Esta *Anunciación* de la capilla del Mariscal es un monumento del arte de aquella época en que reinaba el culto á la belleza; una academia de esbeltas, florecientes y bien formadas figuras (1).

En el arte de los retratos conservó con la mayor fidelidad lo que la patria le ofrecía. D. Pedro Caballero y su familia, en la Pradella, asombran hoy todavía á los españoles como tipos del noble castellano viejo de buena cepa. En seguridad de líneas y en fuerza plástica, en grandeza y finura de expresión, superó á sus contemporáneos allí residentes.

Sin embargo, cuando con más fuerza llegó á los sevillanos fué en una obra penetrada de la vieja severidad flamenca y en las formas de Miguel Angel, *El descendimiento de la Santa Cruz* (1648). Pero con ella entró también, con sentimiento germánico, en el sombrío ascetismo del nuevo ambiente.

Las siniestras figuras de esta tabla, de oscuros reflejos metálicos, tienen agudeza y dureza bronceas y forman vivo contraste con la radiante claridad del Retablo del Mariscal. En la figura del Salvador, que desciende lenta y vuelve (con feliz realismo) los ojos y los brazos á las mujeres, en la Madre que se inclina hacia atrás y que (como en el *Ecce-Homo*, del Correggio) mira paralizada por el terror los vidriosos ojos de su hijo, Campaña obedeció á una ley de emoción religiosa, cuya popularidad atestiguan los numerosos cuadros exagerados del «divino» Morales. Pacheco confiesa que tenía miedo de que-

(1) Según Pacheco, decía Vargas: «Quien quisiere ver pintura de Rafael, vea un ángel que está en el claustro de San Pablo, en una salutación de Maese Pedro».

darse solo en la obscuridad ante este cuadro, y Murillo, enfermo de muerte, se hizo conducir á la vecina iglesita; «quiso esperar á que aquellos santos varones le descendieran al Salvador». El cuadro más pequeño de la composición en San Lucas nos da la pura traducción del original holandés. Campaña pintó, además, durante veinticuatro años, retablos para otras ciudades de Andalucía; á más de Carmona, Écija y Córdoba, en ésta, en la capilla bautismal de la catedral.

Sin embargo, según la opinión de los críticos allí presentes, se encuentra siempre en Campaña y en los demás de su nación algo de la sequedad del carácter flamenco; les faltó la «buena manera», ó sea los contornos libres, amplios, movidos, de la escuela romano-florentina, que corresponde, según ellos, á la elegancia en la factura. Su fuente era Rafael, con su divina sencillez é incomparable majestad, pero también había aprendido de Buonarrotti, el «padre de la pintura», sobrehumano en el desnudo.

Esta *buena manera* la trajo Luis de Vargas de Italia. Fué la «luz de la pintura», su Jacob — por sus largos viajes al extranjero — «el amor de su hermosa Rahel». Llegó á Roma el 6 de Mayo de 1527, con las hordas del condestable de Borbón. ¡*Graecia capta!* Su más valioso regalo á Sevilla fué la pintura al fresco, presente que, en efecto, él no había legado. Desgraciadamente, sus frescos se han perdido casi todos; de las colosales figuras de la Giralda, que en aquel tiempo eran estimadas «por la grandeza del dibujo y nobleza» como el más principal adorno de la ciudad, hoy sólo quedan huellas (1). El *Juicio final* de la Casa de Misericordia demuestra que confió demasiado en sus fuerzas.

Sus *Pastores* de la catedral, en los cuales se llamó él mismo principiante (*Tunc discebam*, 1555), es, sin embargo, por sus recientes recuerdos de Roma, el cuadro más exento de amaneramiento y más rico en cabezas hermosas y nobles sin afecta-

(1) Se ven todavía en las obras de Braun y Hogenberg.

ción. Algunos tipos, y el tono profundamente pardo de las sombras, recuerdan á Sebastián del Piombo.

También su más celebrada creación, María que se aparece al justo del Antiguo Testamento en la prisión del Limbo, es una refundición de Vasari que el francés Filipo Thomassin había grabado. El nombre *La gamba* está tomado de la pierna extendida del Protoplasta. ¡Con cuán modestos recursos del nuevo arte del desnudo se pudo entonces hacer sensación! Pero los cuerpos de Adán y Eva están pintados con más fina y verdadera naturalidad que los colosos del Aretino. Eva, una voluptuosa rubia, es más honesta y de buen gusto que la de su modelo, esa hermanastra de Leda y de la Noche de Miguel Angel; los niños son rafaelescos; la Madona en las nubes tiene fuertes escorzos del Correggio; la mirada que dirige á Adán es, sin embargo, fría y altanera. En los *Dolores* de Santa María la Blanca (1564), cae ya en lo terrorífico; gestos y expresión son en él fríos y amanerados; las caras son de segunda mano; la composición, recargada.

El lector ya habrá comprendido de qué maestros hablamos. Formas vulgares, proporcionadas; rasgos indiferentes y sin carácter; alarde de conocimientos anatómicos; escorzos, problemas de perspectiva; completa subordinación de los colores. Ante muchas de estas obras, pasaríamos de largo en Italia y en Holanda; y se hace lo propio también en España, hasta que se leen los nombres. Cuesta trabajo adivinar lo que á los contemporáneos de estos regeneradores de la pintura habrá parecido tan grande; olvidamos las fatigas que les costó pintar tan fríamente.

Nótase asimismo que casi por cada cuadro importante existe un cuadro ó grabado original italiano trasplantado á España. Marco Antonio y los Ghisi eran muy buscados allí; Pacheco conoció á los Vierix, Egidius, Sadeler y Lucas Kilian; Céspedes halló los grabados al estilo de Spranger difundidos por todas partes.

Extraño es que apenas se encuentre en Sevilla entre estos

bastardos á los italianos vivos. El único es el insignificante Mateo Pérez de Alesio (*da Lecce*), que fué condenado á restaurar el gran Cristóbal (1584). Decíase que había dicho á Vargas: «Tu pierna es más valiosa que mi gran Cristóbal».

Un artista algo posterior y personalmente notable es el Racionero de Córdoba, Pablo de Céspedes (1538-1618); fué dos veces á Roma; la primera vivió siete años en estrecha relación con César Arbasia, un piamontés que después pintó en Málaga y Córdoba (Sagrario) frescos notables por su invención, temperamento y grandes efectos de luz y perspectiva.

Más tarde fué á Roma Céspedes como amigo y auxiliar del desgraciado arzobispo Carranza, acusado de herejía, y para mayor seguridad tomó á su vuelta los Sacramentos. Allí ayudó á su amigo Federico Zuccaro en los frescos de Araceli y Trinità de'monti; allí pintó también en la segunda capilla de la izquierda el cuadro de la Anunciación. A la vez consagró á los antiguos y modernos tesoros de arte cristiano de Roma un entusiasta estudio. La más pura fama merece el nombre de este sabio y cultísimo varón, cuyas estrofas melodiosas del poema sobre la pintura contienen tan ricas enseñanzas y están tan calurosamente sentidas. Los fragmentos salvados por Pacheco muestran que, desgraciadamente, hemos perdido la mejor poesía didáctica en lengua española. En la pintura se distinguió de sus afines por la tendencia hacia poderosas y heroicas figuras, la dignidad del gesto, fuerza y profundidad del color y de las sombras. Pero raras veces logró realizar lo que su espíritu tenía delante, como en la *Santa conversación* en la capilla de Santa Ana de la catedral de Córdoba. Los que sacaban sus juicios de los libros, contaban que él «había sido el gran imitador de la hermosa manera del Correggio, enseñando á los andaluces la luz en el colorido, y que fué uno de los mejores coloristas de España» (Pacheco). Los que siguieron su sistema, encuentran en sus grandes pinturas de Córdoba, Sevilla (las cuatro alegorías de la Sala Capitular) y Madrid (Academia), el romanismo más bien por su lado vacío y aburrido. Su suer-

te fué la «gran manera» con que le había fascinado Roma. Como ferviente adepto de esta escuela, después de profundos estudios, creó un arte de gestos que no dicen nada y rostros de árida generalidad, alejándose á sabiendas de la vida. «¿No sabes que un retrato no debe ser parecido? Basta con hacer una cabeza según las reglas del arte.» Tanto le molestaron las alabanzas que se hicieron de un vaso de su *Cena*, que lo borró.

Céspedes nos muestra á estos *cinquecentistas* españoles en sus virtudes y en sus debilidades. Los estudios eran profundos y científicos; el ideal artístico, elevado; su ilustración, universal y escogida. Pero lo general absorbía todas sus fuerzas. Fisonomías, mímica, composición, todo es rebuscado, pretencioso y sin un soplo de naturaleza. Con el adorno gótico de oro desaparecieron también los rostros nacionales y la ingenuidad del asunto. El sentimiento del color parece paralizado. Su patria era Roma. A la posteridad aparecieron más importantes como contemporáneos de Carlos V y su gloriosa época, que como pintores, en efecto, encajaban en la corte del Emperador, que rodeado de estadistas, políticos y generales italianos, alemanes y españoles, estaba omnipresente en su fastuoso mundo, en cuyo séquito se ve á Boscan y Garcilaso, bajo el cual construyó Machuca el palacio del Renacimiento, en la Alhambra.

No faltaron, sin embargo, indicios de que la «buena manera» halló entre los contemporáneos un aplauso algo limitado. Se habla de encargos cuya ejecución no satisfizo, y que debieron ser repetidos con más profundo respeto del sagrado asunto, como la Soledad de Becerra y la Concepción de Juan Micip. La lucha de Berruguete con los Benedictinos de Valladolid, del Greco con el Capítulo de Toledo; los ejercicios ascéticos con que se preparaban al trabajo, todo esto indica que á los que volvían de las descatalogadas escuelas italianas les costaba mucho trabajo llegar al corazón de sus paisanos.

En aquel tiempo aparecen los nombres que tan célebres se hicieron, tanto por algunas obras imperecederas como por los

extravíos sin ejemplo en la historia del arte moderno. Las contorsiones y convulsiones de aquel Berruguete en el retablo de San Benito en Valladolid, las pesadas dislocaciones de un Juan de Juni, las horrorosas figuras de vampiros de Morales, los lúgubres espectros del Greco, indican cuán rápidamente se agotaron los conocimientos y el buen gusto importados, y cómo se pudo pecar abusando de la simplicidad de su público. Pero quizá fuera que quisieron contrarrestar la indiferencia con que era acogido su estudiado estilo por medio de excitantes poderosos. Mientras en el arte del siglo xv el perfume del incienso se mezclaba con un fresco soplo de realidad y vida, aquí luchó el excitante sensual con macerante ascetismo.

Si bajo el opresor influjo de los italianos perdieron el sentido y tacto de lo nacional, debía tarde ó temprano despertarse la reacción que condujo en el siglo xvii al renacimiento del espíritu español. Ya Felipe de Guevara, un contemporáneo de Carlos V, señaló la imitación como estrago de los talentos de España.

Al cerrar el siglo xvi, descansa esta pintura sólo en las débiles espaldas de rezagados como Pacheco y Alonso Vázquez. La última hazaña del xvi fué el túmulo de Felipe II, en el cual concurren las mejores fuerzas de las tres Artes y de la Poesía. Fueron también los funerales de la época. En la intersección de la nave de la Catedral se levanta una construcción en el poderoso y serio estilo de Herrera. Sobre un piso inferior gótico, un pórtico de columnas jónicas en forma de cruz, y después la cúpula ochavada y aérea, la linterna, el obelisco y un globo terráqueo con el Fénix, todo animado con cuadros y esculturas. Las mejores estatuas eran las de un joven escultor, Martínez Montañés.

Este tuvo el mérito de llevar el espíritu de la escuela que se extinguía, en nueva forma, al siglo siguiente. Sus figuras y grupos, animados por un sentimiento de la forma purificado y clásico y por una seriedad melancólica, aunque un tanto monó-

tona, adquirieron, sin embargo, un encanto nuevo y popular, extraño al sistema italiano, por la restauración de la pintura al óleo con reflejos dorados.

JUAN DE LAS ROELAS

(hacia 1558-1625).

A las dos primeras décadas del siglo xvi pertenecen las principales obras de este pintor, artista al cual todavía no se ha hecho justicia.

Nacido en Sevilla (según Palomino), de padres flamencos. Cean Bermúdez tiene de él la impresión «que entendió mejor que los demás andaluces las reglas del dibujo y de la composición». Con más exactitud se hubiera podido decir de él que era el primer pintor verdadero que el xvi ha producido allí. Sus comienzos y vicisitudes son oscuros: hay cuadros de él que aún están pintados completamente en la manera entonces dominante, fría é impersonal. Pero sus obras principales parecieron, aun á los descontentadizos inteligentes del siglo xvii, de «colores venecianos de gran fuerza y gracia». Los dos elementos cuya fusión integraba el carácter de la pintura sevillana en la generación siguiente, naturalismo y misticismo, los ha sintetizado él antes que nadie. Parece haber encontrado su lenguaje, aunque tarde, como es natural, en Italia. Por su forma, sentimiento y manera, es una mezcla original de los estilos español y flamenco.

Trató todos los asuntos favoritos de la devoción española con propia inventiva y feliz resultado. Cada cuadro le muestra casi en un nuevo aspecto. Amaba las figuras sólidas y, á veces, rudas, amplias y florecientes, caras que parecen unas veces andaluzas y otras germánicas. Sus historias están llenas de vida y penetradas de una imperturbable serenidad en los pasajes solemnes de la historia sagrada y en las Glorias como en las íntimas escenas de la Sacra Familia y cuadros de mártires. Sus coros de ángeles, alegres, rubias y rosadas campesinas, de re-

dondas y blancas espaldas y torneados brazos, están embriagadas de luz, música y alegría.

De esta alegría casi rubensiana de nuestro clérigo se destaca extrañamente el ascetismo, á menudo horrible, de sus antecesores y la seriedad tímida y sobria de sus sucesores, como de Zurbarán, que fueron legos.

Pero lo más satisfactorio es que Roelas fué el primer pintor del claro-oscuro en Sevilla; más aún, le hizo el centro de gravedad de su pintura. Su sistema es propio: desterró el gris, el pardo y las sombras negras, y modeló las figuras principales en un tono caliente, ya amarillento, ya rojizo, en vivos y transparentes colores (1), aquí con luz inmediata, allí como siluetas, en un semitono caliente. Y después atravesaba la escena con un extenso y soleado segundo término, oponiéndole un (*rompimiento de gloria*) que penetra por las nubes. Los españoles hallaron en este sistema un *colorido aticianado*; sin embargo, teniendo cierta semejanza de tonos, tiene otro método de luz y composición. En el claro-oscuro, en la grandiosa proyección de sus figuras que, como si encontrase el marco estrecho, empuja al primer término recortándolas por los lados y por abajo, en sus sencillas y majestuosas vestiduras. En la suavidad del colorido, que llamó siempre la atención de sus paisanos (*dulzura y suavidad*, Cean Bermúdez; *blandura*, José Martínez), recuerda más bien la escuela de Parma, por ejemplo, á Schidone. Sin embargo, la afectuosa y popular ingenuidad de sus tipos tiene algo del Norte.

Sus obras de más antigua fecha, como las cuatro escenas de la vida de María que pintó para la iglesia de Olivares (1603), no revelan aún su estilo propio; mas en cambio las últimas presentan una singular manera, con la cual cerró su carrera artística: la fundación de Santa María la Mayor con la figura del Papa Pío V, pintado para el altar mayor, y los *Pastores* (1624). Parece haber obtenido al principio éxito por su in-

(1) En la Universidad: anaranjado, carmesí, violeta.

E. M.—Agosto 1906.

terpretación del misterio favorito de los sevillanos, la *Purísima*. Elévase á las nubes rodeada de ángeles sobre una bahía, con los atributos del paisaje respectivo. Especialmente fué celebrada una tierna madona, concebida con gran fragancia, pero de pintura pétrea y expresión melancólica, con los párpados cargados por la fiebre, y de pequeña boca; la encontramos repetidas veces en Sevilla (Museo), Madrid (Academia), Sanlúcar, Dresde, y hasta en Italia, en el Monasterio de Monte Cassino. Más tarde anímase el cuadro: una soñadora belleza nos atrae á la Virgen, sabe encontrar el encanto de los dulces ojos inclinados bajo los oscuros párpados (Sevilla, Academia). A veces encuentra la sencillez encalmada de los antiguos maestros flamencos (capilla bautismal de la Catedral). Allí aparece de nuevo el colorido de oro. En una ocasión tiene la Virgen á sus pies un devoto (en el desgraciado ejemplar de Berlín, en el feo Fernando de Mata). Sin embargo, hay en estas figuras siempre algo de hierático, por lo que gustaba á sus paisanos en estos cuadros más que en otros de mayor libertad y como en creciente inundación de luz y color. A esta primera época corresponde también la *Muerte de San Hermenegildo en el Hospital de la Sangre*.

El *Santiago en la batalla de Clavijo* (Catedral, 1609), aquel apóstol del cual la guerrera Castilla hizo profanamente un nuevo Cid (un segundo ángel exterminador de Sanherib, le llama Lope). En su carrera parece salirse del cuadro, con su blanca capa, y blandiendo el albo pendón como un Tornado sobre el caballo blanco y negro, arrojándose sobre el montón de moros que caen unos sobre otros destrozándose; en el fondo se ve un mar de cien mil jinetes. Este *sagrado adalid* era una figura de una fuerza de movimiento y claro-oscuro aún no vista allí hasta entonces. Ni en tiempos posteriores los que se jactaban de apasionamiento (Francisco Rizi en su *Santiago*, Madrid), se le acercaron ni de lejos.

Su *Muerte de San Isidoro de Sevilla* (en esta iglesia), una escena á la vez litúrgica, solemne y patéticamente conmove-

dora, es un ensayo rico en figuras, pintado á toda luz en una clara iglesia, y cuya perspectiva parece un reflejo; pues allí mismo debió ocurrir, según se dice, el drama. Es un cuadro religioso, en el cual el carácter y los gestos de sacerdotes y seculares españoles en funciones solemnes, están presentados de mano maestra. El asunto es realista; pero se adivina en el moribundo anciano la huella de una larga vida de acciones y de pensamientos elevados, mientras que Domenichino, por ejemplo, no pintó en su *San Jerónimo* más que la decadencia física.

El martirio del apóstol Andrés (en la capilla de los flamencos de Santo Tomás, en el Museo) pertenece al gusto de los *pasos* y tiene toda la pompa de un auto de fe: ayudantes del verdugo, niños que hacen escarnio y timoratos creyentes. La extensa fisionómica de las gentes vulgares en el primer término, los vivos colores (amarillo, anaranjado, carmín), el valle oloroso azul y claro, con las montañas en el fondo, recuerdan, más que á Ribera, á Quintín Metsys. Oí decir allí: «Este apóstol no es español. A consecuencia de un disgusto sobre los honorarios fué enviado el cuadro á Flandes; allí se le tasó tres veces más que lo que él había pedido (3.000 ducados)».

La Liberación de Pedro en la iglesia del mismo nombre es de Miguel Angel en la grandeza y anchura de las figuras, las cuales están aquí rodeadas de una alucinadora media luz. De lejos parece que Pedro, á la vista del Salvador, cae derribado por la explosión del sentimiento; pintores posteriores le pintaron (como Españolito) despertando sobresaltado de su sueño.

Sus Palmas (Hospital de la *Sangre*) son inimitables como representación de una asamblea de dignidades apostólicas; pero las fisonomías son tipos auténticos del pueblo. Nada de retórica en el gesto, nada de misticismo; sólo aquella inefable emoción que acompaña á la penetración del Espíritu Santo. El extraordinario estado de beatitud que con aquella luz que se derrama sobre ellos les invade, se manifiesta en una tranquila y bienaventurada satisfacción. En primer término cae un cáli-

do y suave rayo de sol, mientras el fondo está sumergido en el crepúsculo.

A veces pintó también escenas en que se mezclan extrañamente místicos simbolismos con asuntos domésticos de la vida casera ordinaria, cosa tan del gusto de la época, y que propagaron los holandeses por medio de los grabados en cobre. La niña María estudiando en un códice miniatura en el regazo de Ana, su madre, con vestido azul celeste sembrado de estrellas, y con una coronita dorada; rosas, claveles, margaritas, dulces, en la cómoda, en cuyos cajones se dejan ver ricos encajes; este cuadro (en el Museo) ha merecido la censura del gazmoño y celoso Pacheco. Ducho en el color, es deficiente en el decoro (II, 198).

Pero su obra maestra, quizá la mejor de la pintura sevillana antes de Murillo, es el cuadro central del grandioso retablo de los antiguos jesuitas, hoy Universidad, *El misterio de año nuevo*. Sería completo si fuera más sencillo, pero son propiamente varios cuadros fundidos en uno. Especialmente los misterios gloriosos parecen siempre en Roelas la sección vertical de dos pisos.

Pero María es una deliciosa visión de delicada y alta feminidad, que inclina la mirada como con rubor ante la bárbara ceremonia, y en su esfumado tono de oro recuerda al Tiziano, y quizá á Rembrandt en sus retratos de mujeres.

El que quiera formarse una idea de la riqueza de los medios pictóricos y de la inventiva de Roelas, debe visitar en un día claro de sol la iglesia de los Descalzos, de Sanlúcar de Barrameda. Allí se encontrará con una docena de cuadros de su mano, especialmente sobre el altar mayor, que tratan muy diferentes pasajes de los Evangelios y de las leyendas de santos (1). Hay allí un varonil y hermoso Bautista predicando;

(1) Iglesia y Retablo eran fundación del Patrón de los Descalzos, del Duque Manuel de Medina Sidonia y su esposa Juana de Sandoval, y fueron terminados en 1629, después de la muerte del pintor. La iglesia linda con el palacio de Montpensier, en el sitio donde estuvo el

un juvenil y alegremente resignado Laurencio; una poderosa muerte de Cristo sostenido por ángeles, al lado de unos mártires mercenarios. La graciosamente fina Nuestra Señora; la grandiosamente bella Santa Catalina, que hace pensar en la Zingarella, pues hasta se ve en la obscuridad al verdugo, al cual inclina su cuello; la amable y florida Santa Inés puede compararse aquí con la arcaicamente severa Purísima.

Este hombre marchó, en 1613, á Madrid para pretender la plaza, vacante por defunción, de *pintor del rey*. El desgraciado Bartolomé González le fué preferido. En efecto, éste era un retratista, ocupación preferente de los pintores reales. De Roelas no se conoce ningún retrato.

CARLOS JUSTI

Por la traducción,

EDUARDO OVEJERO

primitivo claustro. Esta importante obra fué olvidada por Cean Bermúdez en la erudita descripción de la ciudad de Sanlúcar: Sevilla y Cádiz, Barcelona, 1884, pág. 815 y sigs. En cambio figura en el Catálogo del Museo del Prado el Moisés (1121), que no es suyo.

SOBRE EL ESPÍRITU DE REBELDÍA Y EL DE CONSERVACIÓN

Óyese á menudo decir de nuestra época que es una época de transición. Pero por este lado no le corresponde nada de característico. Épocas de transición han sido y serán todas las de la Historia. Lo es todo momento de la vida, así de los individuos como de los pueblos. La cual está constituída por una sucesión ó cadena de estados, cada uno de cuyos eslabones sirve de límite y de enlace á la serie de los anteriores con la de los posteriores. Si acaso, forman excepción únicamente el primero y el último; y digo «si acaso» porque lo probable es que no haya primero ni último, que no se trate de series con número fijo de términos.

La época actual, en tanto que actual, representa la separación entre las épocas pasadas, de las que se dice heredera, y las futuras, de que es engendradora. Cien mil veces se repite la frase de que el «presente es hijo del pasado y padre del porvenir». Pero esto es aplicable á todos los períodos. Cualquiera de ellos en que uno se fije ha sido, durante un momento, época *actual*, estado de hecho producido por los precedentes y productor de los subsiguientes.

No es otra cosa la causación histórica, que tratan de explicar y poner de resalto los investigadores de todas clases, ya se llamen historiadores, ya biólogos, naturalistas, sociólogos ó como quiera que sea. Todos ellos se entregan á la busca de los enlaces entre sucesivos estados, entre lo ya acontecido y lo que puede acontecer ó se desea que acontezca. El anhelo de los hombres por conocer el mundo no lleva otro fin; lo que se

denomina la ciencia no persigue otra cosa. Su aspiración más fundamental y más elevada consiste en encontrar las conexiones causales entre los diferentes fenómenos; enlazarlos de modo que cada uno de ellos se vea como forzosamente determinado por los demás ya pasados y como elemento cooperador á la determinación de otros posteriores. Mientras no se logre esto, no queda satisfecho el hombre. Y si no le es dado conseguirlo nunca completamente, nunca podrá hallarse tranquilo por este lado, como en efecto sucede...

Pero nuestra época, lo mismo que todas las demás ya transcurridas y todas las que vengan en pos, no es un mero límite entre las épocas precursoras de ella y las sucesoras. Tiene también en sí misma alguna realidad. Ocurre igual que con el momento presente, con el átomo y con el punto matemático: por infinitamente pequeños que quiera suponérseles, jamás equivalen á cero; siempre llevan dentro de sí algún contenido susceptible de ulterior división. El presente es el generador del pasado y del futuro; el punto, que da origen á todas las dimensiones, no puede carecer de ellas; el átomo, repitiéndose, produce los cuerpos, y no puede menos, por lo tanto, de ser él mismo, á su vez, un cuerpo. El estado presente es también algo: de la suma de ceros no proviene cantidad alguna, ni siquiera negativa.

Y si el estado social presente, aun siendo transitorio, como otro cualquiera, no deja de ser una realidad preparada por los estados sociales anteriores, no puede ser, en modo alguno, despreciable. Se le debe por fuerza prestar atención. Debe ser aprovechado, en parte á lo menos, aun cuando otra parte de él se consagre á la preparación de lo futuro; á la perpetuación, bajo distinta forma, de la realidad de hoy en realidad de mañana. Es lo mismo que acontece en el individuo fisiológico: aunque se consagre, en cierta proporción, al porvenir, también necesita pensar en el momento presente. No es todo para sus hijos, sino que es también para sí mismo. Junto á la reproducción, á la virtud reproductiva, á la herencia, existe la

autoconservación, hasta primero que aquélla y como condición precisa para que aquélla pueda existir. Llegan á sostener algunos biólogos que hay células en el cuerpo humano encargadas de esa doble función: unas, para conservar la especie, y sólo para esto, transmitidas directamente de padres á hijos; otras, para sostener y conservar al individuo; las cuales, si desaparecen cuando éste muere, le mantienen en pie como tal individuo y, por lo tanto, como una verdadera realidad independiente, en tanto que subsiste y hace su vida. Pasa, sí, el individuo como tal, dejando vacío su puesto para otro, que engrana con él y continúa la cadena; es, sin duda, transitorio; pero de la serie de estas transiciones se compone la vida toda, lo propio que de gotas de agua transitorias se forma el río, que permanece. Sin lo transitorio no tiene lo permanente realidad. Lo transitorio reclama respeto porque tiene valor. Y acaso no exista esto transitorio por y para lo permanente, sino lo permanente para lo transitorio: no el hombre concreto para la humanidad, sino la humanidad para el hombre concreto; no el individuo para la sociedad ni para la especie, sino la sociedad y la especie para el individuo.

He pensado algunas veces en estas cosas, y aunque siempre me he quedado en duda, sin dar con una solución definitiva y clara, propendo á reconocer sustantividad propia en lo individual y lo transitorio, sin cuya existencia, respetabilísima, parece que la vida no tiene objeto. Vacilo, por consiguiente, no poco en dar asenso á las condenaciones del egoísmo que frecuentemente se oyen por ahí, y en encontrarlas justificadas. Me parece que el obrar egoísta tiene hondos y justificadísimos soportes, como los tienen también otras formas no poco equivalentes de conducta: la conducta rutinaria, la conservadora, la que quiere limitarse á aprovechar el *statu quo*, sin meterse á modificarlo ni sentir necesidad de ello. Quizá encuentre menos sólidos fundamentos para proceder de manera contraria á éstas: quizás el sacrificio, la rebeldía, el ansia de mejora, tengan á mis ojos explicación menos satisfactoria.

La vida debe de haber sido hecha para ser gozada. Nosotros no somos capaces de encontrarle otro sentido, otro alcance ni otra finalidad. Ella nos presenta ante el espíritu una larga serie de misterios y de problemas que no sabemos desentrañar. ¿Para qué hemos venido al mundo, y cómo nos hemos de comportar (si podemos, porque ésta es otra), á fin de cumplir nuestra misión en él, sin salirnos de los carriles por donde debemos marchar? Nadie lo sabe. Muchos se figuran haber hallado la solución del enigma, y no sólo lo tienen como tal para sí mismos, sino que se la ofrecen también á otros, perfectamente concretada en doctrinas y fórmulas, que los demás aceptan fácilmente, sobre todo porque les ahorran el trabajo de pensar por sí propios. Mas estas soluciones son por completo imaginarias, verdaderas construcciones ilusorias de sus autores. Ninguno sabe lo que es la vida, ni el papel que le corresponde desempeñar en ella. No sabe de hecho más sino que aquélla es un amasijo de bienes y males, de placeres y penas, ó que á lo menos con tal carácter de placeres y penas se nos ofrecen á nosotros. Y dada esta nuestra posición, ¿no acertarán aquellos sujetos que tratan de sacarle á la vida el mayor jugo posible, que «todo lo convierten en sustancia», que no se cuidan sino de pasar sus cortos días sobre la tierra lo mejor posible, sin importarles un ardite de los demás, sus prójimos, ni mucho menos de las generaciones posteriores, para las cuales no merece la pena trabajar? ¿Qué pecado es obrar de este modo? Quien así se comporta, ¿qué censura merece? El pecado quizá le cometan los otros, los que no piensan en sí ó no viven para sí, sino para los demás; los abnegados y altruístas, que sacrifican sus goces, sus fuerzas y medios en beneficio ajeno, renunciando á sus comodidades, y aun á su vida, como algunas veces sucede.

No se puede menos que vivir para el presente y pensar en él, siquiera en gran parte. Conveniente debe ser asimismo, por cuanto así se hace de manera indefectible y como por ley de naturaleza, pensar en el mañana y dedicarle cierta porción de

nuestros esfuerzos, preparando el ambiente de vida de las generaciones futuras. Mas antes que las futuras están las actuales, sin añadir que las actuales también fueron futuras en su día, y que para disponerlas y ofrecerles un ambiente de bienestar trabajaron las generaciones pasadas. Si los hombres presentes no han de hacer otra cosa que trabajar para los futuros, y los futuros á su vez, al convertirse en presentes, han de hacer otro tanto, ¿cuál puede ser el fin de la vida? ¿No habrá de gozarla nadie? ¿Será ello un afanarse sin objeto é inútilmente, recomendando á cada paso el camino recorrido como si se tratara de realizar labor análoga á la de Sísifo? Las cosas todas puestas al servicio de los hombres valen algo á los ojos de éstos, en cuanto las aplican á satisfacer necesidades ó causar placeres; sin eso, ¿qué fin puede tener el adquirirlas? El amontonamiento incesante de ellas para no hacer de las mismas ningún uso, parece labor realmente insensata.

Nuestra admiración y nuestros aplausos suelen ir á recaer sobre los que llamamos hombres progresivos y generosos, que trabajan por el bienestar y el adelantamiento sociales, que emplean sus energías y recursos en beneficio colectivo, que no miran nada ó miran muy poco hacia sí mismos y sus comodidades. En cambio, hacemos objeto de nuestras censuras, de nuestras iras, de nuestro menosprecio, á las hormiguitas que se meten en casa y barren para adentro, á los conservadores, partidarios y defensores del *statu quo*. Y acaso erramos en nuestros juicios. Tan importante función como el revolucionario que, aun á costa de privaciones propias, de persecuciones y hasta de la salud ó de la vida, consigue, á fuerza de trabajo, de agitación, de sacrificio y agotamiento de fuerzas, aportar un elemento de dicha antes desconocido, realiza el misoneísta que se opone á cualquier innovación, para tener tiempo, facilidad y holgura de aprovechar lo ya adquirido, y ha menester que sea consolidado. Alabanzas se les pueden tributar á los inventores y allegadores de recursos y medios que hacen más y más agradable y llevadera la existencia; pero

¿no hay que rendírselas también á los que los utilizan y les dan el destino adecuado? Mi convicción de que cada uno es lo que es sin poder ser otra cosa, y que hace lo que puede y lo que su naturaleza y su índole, por él mismo desconocida, le obliga á hacer, es de día en día más firme; creo, por tanto, que el trabajador lo es porque sí, sin mérito y aun á pesar suyo, y que igual ocurre con el no trabajador, con el bueno, con el malo, con el inteligente y con el torpe. Pero aunque así no fuese, aunque entrara en ello la determinación arbitraria de los sujetos, hay razones de gran peso, á mi parecer, para reconciliarse con los holgazanes, los rutinarios, los comodones y egoístas.

El verdadero trabajador rara vez se hace rico. Casos hay en que parece que ocurre lo contrario; pero entonces no se trata realmente de trabajadores, sino de gentes que se aprovechan lindamente (favorecidas también á menudo por felices combinaciones fortuitas) de los recursos que los trabajadores han producido y entregado en manos de sus prójimos. Estos seudotrabajadores son, generalmente, unos rutinarios y unos conservadores de tomo y lomo. El trabajador genuino es innovador, inquieto, audaz; gasta en ensayos y tentativas todos sus caudales de toda especie; vive en el porvenir y para el porvenir, más que en el presente y para el presente. Renuncia (sin mérito, aun á pesar suyo, como por imperio de naturaleza) á lo que para otras gentes constituiría la comodidad y el encanto de la vida; olvidándose de sí mismo, se rinde completamente en aras de su ideal y de sus aspiraciones, puestas en un mundo futuro, cuyo advenimiento quizá hasta aterra á los rutinarios, que se hallan muy á gusto con el orden presente.

No es lo común que el inventor reciba el producto útil de sus inventos. Ese producto lo disfrutan después otros que se adueñan de él con sus manos lavadas, lo estrujan y lo explotan. El inventor suele contentarse con el invento mismo, con la satisfacción de haber llegado á obtenerlo, con la gloria que le proporciona. Y ni siquiera ésta recae siempre sobre él, ó no

recae durante su vida; sólo después que se muere empiezan á menudo las gentes á acordarse de él y á honrar su memoria por los grandes beneficios que ha originado su paso por el mundo. Los provechos de la invención, afanes y angustias del trabajador, del revolucionario, del espíritu inquieto, pasan íntegros á las gentes que con él conviven ó á las que vienen en pos. ¿Qué cuenta le ha tenido, por tanto, lo que se llama el cumplimiento del deber, y, si se quiere, el sacrificio? ¿No han sido más avisados los otros, los gustadores de la miel fabricada por la abeja?

Declaro nuevamente que no me parece fácil desatar este nudo. Yo admiro y reverencio á los hombres de ideales; á los de poderosa y fecunda actividad mental; á los atormentados por el ansia de hacer algo útil en el mundo, dejando en él huella de su paso; á los desasosegados de espíritu, á los rebeldes, á los progresistas, á los activos, á los que huyen el papel de zánganos...; pero no acabo de persuadirme que sean ellos los que entiendan de verdad la vida, y no los otros, los que se limitan á sacar de ésta la mayor utilidad posible. Muchas veces propendo á creer que el epicúreo, el conservador, el que no levanta los ojos por encima de la realidad que tiene delante, y se contenta con tomar de ésta cuanta más sustancia mejor, es verdaderamente el que lo entiende, sin que haya por qué dirigirle reproche ni censura. Aquel *cujus Deus est venter* es acaso el único que acierta. Comamos y bebamos hoy, que mañana moriremos. ¿A qué inquietarse por nada más? ¿No ha de ser la vida otra cosa sino una continua sucesión de generaciones, cada una de las cuales no se debe preocupar de sí, sino de las siguientes, sin hacer jamás alto para recrearse y gozarse con las adquisiciones hechas, como si la humanidad fuese una gigantesca noria en incesante movimiento, cuyos cangilones no tuvieran finalidad en sí propios, trabajando cada cual para el vecino, y todos para tirar fuera y derramarla el agua trabajosamente levantada?

El pensador y cuantas personas se preocupan é inquietan por alguna cosa no tienen momento de tranquilidad ni de di-

cha; su existencia es muy azarosa. Todo lo contrario de lo que sucede con el que vive al día, sin inquietarse por el mañana, ni tampoco por la suerte de nadie. Los pajaritos del campo no trabajan ni hacen nada por sí ni por otros, y se pasan la vida muy bien. Comen, gozan y están contentos. Con los demás animales y con las plantas acontece lo mismo: á ninguno le falta alimento, vestido, goce y dicha. ¿No es lo acertado en los hombres comportarse de una manera análoga? ¿Por qué, pues, dirigir censuras, conforme se hace frecuentemente, á los holgazanes y aprovechados, y alabar, por el contrario, á los trabajadores y filántropos que no tienen una hora suya y que emplean todo su tiempo y todas sus fuerzas en buscar algún alivio á sus prójimos y en proporcionarles nuevos recursos y medios de goce y ventura?

He leído que Mélancton y Cremonini se negaron á mirar al cielo á través del telescopio, por miedo á perder su tranquilidad de espíritu al contemplar deshechas con tal vista sus queridas presentes convicciones, ó más bien ilusiones. Y acaso no hicieran mal. Hay muchos que obran del mismo modo: temen salir del horizonte en que se hallan y penetrar en otros nuevos, donde no saben si serán menos felices que en el primero. Es lo de «vale más lo malo conocido que lo bueno por conocer», que tiene mucha miga y mucha filosofía. Yo me explico muy bien, justifico, y no sé si diga que aplaudo, el proceder de cuantos tienen un santo horror á las innovaciones, á los inventos, á la ciencia y la sabiduría como causa de ellos, por el desasosiego y las perturbaciones que traen para el tranquilo disfrute de lo existente. El gran resorte de su existencia apacible es la rutina: innovación y mal son para ellos inseparables, en lo que quizás no les falte razón. Y para huir del mal, huyen de las innovaciones, origen de él. Así sucede desde luego con las personas de mentalidad y cultura inferiores, según se dice: los salvajes, los niños, las clases sociales bajas y atrasadas, las mujeres. Todas estas personas son, por lo regular, más misoneístas y rutinarias que las cultas; viven

muy á gusto en su medio presente, que estas últimas hallan imperfecto y necesitado de mejoramiento, y se oponen resueltamente á salir de su paso. Los civilizados quieren civilizarles también á ellos, aunque sea á la fuerza (guerra, conquista, intervención, coacción), pero ellos huyen de la civilización y prefieren su actual estado rutinario.

Hay que añadir ahora que algo, ó más bien bastante de esto nos sucede á todos. No hay quien no sea más ó menos misoneísta y conservador. Todo el mundo, aunque en diverso grado, pugna por que el estado presente tenga una cierta duración para poderlo disfrutar, y por eso mismo se apega á él y lo defiende contra las pretensiones de cambio. Es una gran ilusión la que algunos se hacen creyendo proceder de otra suerte. No hay en realidad «dos clases de hombres destinados á seguir en la vida caminos diversos», es á saber, unos «fríos, apacibles, en cuyos movimientos no hay brusquedad alguna, que van hacia adelante sin un grito, ni un gesto, ni una palabra desentonada, por una senda recta, cuidada, bien tenida, con paso lento, metódico, sometidos á órdenes y reglamentos», y otros «valientes, irreflexivos, incomprensibles, capaces de vivir con intensidad, dejándose arrastrar por la vida misma, yendo, viniendo, tornando, en carrera loca, desenfrenada, con andar ilógico y descompasado, por una senda no trazada y recorrida». Nada de esto; no se dan estas dos clases de hombres: todos son iguales, bien que en cantidad distinta; todos rutinarios y misoneístas, y todos también más ó menos innovadores, revolucionarios é ilógicos.

Si la separación entre las dos clases fuese efectivamente radical y terminante, como se figuran muchos, yo no sabría decir, en verdad, cuál de ellas sería la más útil y la que mejor interpretase la vida. No sé si no es más factible un vivir inmóvil de gentes todas rutinarias y conservadoras, que un vivir en modificación perpetua de gentes todas rebeldes, descontentas, insumisas, donde no se halla nunca nada bueno, ningún camino que se considere digno de ser utilizado. Lo pro-

bable es que ambas fuerzas sean por igual imprescindibles; pero de encontrarse uno en la disyuntiva forzosa de tener que elegir entre ellas, lo más probable es que hubiera de recaer la preferencia sobre la conservadora y quiescente. ¡Pobre de la calentura innovadora si no recayese sobre un cuerpo suficientemente sólido y robusto para resistir su acción y sus inherentes estragos! No puedo por eso secundar á los que, con suma ligereza á mi juicio, condenan y fustigan á los hombres «metódicos, de paso lento», pues esos hombres constituyen algo así como los tejidos sociales más resistentes, que sirven de soporte á la inquieta agitación del nervioso, imposible sin ellos. Un organismo sin otro tejido más que este último, ¿qué sería? Hacen falta también el óseo y el sanguíneo y el muscular; del conjunto y enlace de todos ellos se forma la complejidad del sér, que de otro modo quedaría reducido á una uniformidad monótona é insoportable.

Y esto que se dice vale para cualesquiera y para todos los órdenes de relaciones interhumanas. Los distintos elementos sociales se sirven mutuamente de sostén; más bien que mirarse como enemigos, según sucede á menudo, han de considerarse como cooperadores que se exigen y necesitan unos á otros para una obra única, pero complicada. Si en el mundo no hubiera más que revolucionarios y rebeldes, el mundo no podría marchar; ni siquiera sería posible la rebeldía, por falta de alguien contra quien rebelarse. Y si los rebeldes faltaran, ¿quién empujaría el carro de la vida, sobre el que van tan satisfechos los conservadores, para hacerlo marchar? En vez de combatirse unos á otros, como es uso, y de lanzarse mutuos improperios, bueno sería que ambas partes se hicieran cargo de que cada una de ellas no tendría motivo para existir como la otra no existiese. El conservador que entienda su interés debe bendecir al revolucionario, tanto como el revolucionario al conservador. He aquí una nueva base para la tolerancia, que conviene agregar á las restantes sobre que esta última se apoya. Cada hombre necesita de su enemigo.

Yo no sé por qué regla de tres los elementos sociales estadizos han de permitir y respetar la existencia de los que se denominan elementos avanzados, y los elementos avanzados han de mostrarse intolerantes con los elementos estadizos y conservadores. Es la cuestión de lo viejo y lo nuevo y la de viejos y jóvenes. Quieren éstos que los viejos comprendan su derecho á la vida, y ellos, en cambio, no se muestran propicios á comprender el derecho á la vida de los viejos. Este fenómeno puede observarse á todas horas en un sinnúmero de esferas; sin embargo, donde se muestra con singular relieve es en la literatura. Quisieran, por ejemplo, los denominados modernistas, los cuales se figuran sin razón ser innovadores radicales, que no se permitiese el derecho á vivir sino á los leales al modernismo, ó bien que á todo el mundo se obligara á convertirse en fiel de esta única iglesia; y por su parte, los partidarios del *statu quo* y amantes de la literatura presente y de la tradicional, con sus procedimientos, abominan del modernismo como de una epidemia y le quieren cerrar el paso á toda costa, condenándolo á muerte para siempre.

Ni los unos ni los otros tienen, probablemente, razón por completo, ni dejan en parte de tenerla. La literatura antigua y al modo antiguo hace la misma falta que la innovadora. Cada una de ellas tiene su público predilecto, y es, á lo que parece, insensato querer destruir esta variedad de gustos, para imponer á los demás el propio como el único aceptable y digno de respeto. No he podido persuadirme nunca de que sea necesario proscribir, v. g., los versos y las novelas que algunos califican de malos porque no les agradan á ellos, pero que son precisamente los que agradan al gran público, quien tiene también sus exigencias, sus concepciones, su criterio, sus preferencias, tan respetables como cualesquiera otras. La literatura de los periódicos ilustrados, la del antiguo *Madrid Cómico*, a de *Los Sucesos*, la de otras publicaciones semejantes, la del llamado *género chico*, y los teatros por horas, los dramones y melodramas, los cuentos insustanciales, pero sobre cosas llama-

tivas y extraordinarias (como los escritos para niños y preferidos por éstos), los novelones de folletín y espeluznantes, los relatos de crímenes y de toros... todo esto, que ciertas personas son incapaces de leer, á menos de hacerse violencia, y que á menudo califican de horrible, es justamente el manjar literario predilecto de miles y millones de lectores, á quienes se les cae de las manos toda obra de las calificadas de admirables y exquisitas por otros. Para ese gran público no hay otra literatura mejor que la dicha. No traga otra. Y ese público es tan de respetar como el otro, no ya sólo porque tiene derecho á vivir tanto por lo menos como el otro, sino porque es muchísimo más numeroso que el otro. El público de Fernández y González, novelista, ó de López Silva, autor de versos chulos, ó de Luis Taboada, es sin comparación más numeroso que el de Palacio Valdés ó cualquier otro escritor de miga. Si fuese cuestión de votos, los últimos quedarían incomparablemente por debajo de los segundos, como en otro orden Menéndez Pelayo quedaría vencido por *Machaquito* ó por *Bombita*. Pero repito que no sin razón, y que no sirve gritar contra lo que sucede. Los que se indignen porque ocurra así debieran tener en cuenta que cada cual se divierte y goza como puede y con lo que puede, y que si él, v. g., se deleita leyendo á Dante, á los demás el Dante les aburre y produce un tedio insportable, y en cambio encuentran muchísima satisfacción saboreando las escenas chulescas de López Silva. Se aplaude lo que está en consonancia con nuestro estado de espíritu, y no todo el mundo lo tiene igual al de los otros. A cada uno hay que juzgarle desde su punto de vista, no desde el nuestro, lo que es desacertado; y juzgando á cada uno desde su punto de vista, no cabe hablar de cosas malas ni buenas, superiores ni inferiores, aceptables ó inaceptables en sí y para todos, sino de cosas buenas ó malas, aceptables ó inaceptables para cada uno. Nada es de este modo revolucionario ni conservador, nuevo ni viejo, acostumbrado ni insólito, reglado ni irregular en absoluto; todo puede ser y suele

E. M.—Agosto 1906.

8

ser al mismo tiempo lo uno y lo otro, según quien lo contemple y juzgue.

No es lo general hacerse cargo de esto, sino que cada uno llama bueno exclusivamente á lo suyo, sin transacción posible con nadie. Al que no opina como él, lo tiene por adversario irreductible, frente al cual es preciso ejercitar persecución incesante (*aeterna auctoritas*). El que no está conmigo es mi enemigo. Gentes hay, en número abundantísimo, que no admiten como viable otra doctrina que la suya. Algunos se aferran á las ya existentes, tradicionales y sistematizadas, con un tesón tal, que ni quieren desprenderse de ellas en todo ni en parte, ni admiten tampoco siquiera transacción alguna con otras. Toda vacunación ó infusión de sangre nueva les espanta. Según ellos, el árbol secular debe permanecer intacto, sin podarle rama alguna, ya seca ó inservible, ni admitir á su lado la aparición de ningún injerto ni ningún brote. Y, al revés, frente á éstos están otros que no hallan cosa alguna aceptable en lo existente, todo cuyo conjunto quieren declarar en ruinas, haciendo pasar sobre él aquel «carro de la destrucción y de la reforma» de que hablaba D. Joaquín Francisco Pacheco (que por cierto era un conservador en mil otras cosas) refiriéndose al sistema penal antiguo y á la necesidad de reemplazarlo con otro totalmente distinto, totalmente nuevo.

Y he aquí los dos factores de la vida y la progresión social, que siendo ambos indispensables y necesitándose y auxiliándose mutuamente, se suelen mirar con el recelo y la hostilidad de los adversarios. Uno y otro se tienen, erróneamente, por exclusivos y únicos. Uno y otro se completan, se entrecruzan y se sostienen, sin embargo, si bien ellos se suelen figurar otra cosa. La posición de armónica tolerancia y de recíproco aprovechamiento es, quizá por eso, más segura y fundada. Los «mestizos», tan despectivamente tratados por los radicales de uno y otro bando á que se acaba de hacer referencia, son acaso los que más acertadamente entienden é interpretan la vida, los que, huyendo por igual de uno y otro extremo, saben utili-

zar adecuadamente las fuerzas progresivas y conservadoras que en ambos residen.

Entre los grandes hombres, que traen las innovaciones, los cambios, las rebeldías contra el origen existente, y la conservadora masa, la representante del sentido común, la que imita y sigue servil y rutinariamente á aquél consolidando sus inventos y en gran parte también preparándolos y sirviéndoles de soporte, como el pedestal sostiene la estatua, yo no sé á quién habría de dar la preferencia si me viese obligado á elegir. Si el grande hombre vive mucho en el futuro y para el futuro, que ha de ser sin duda una realidad, la masa vive ante todo y sobre todo en el presente y para el presente, que es, hoy por hoy, más realidad todavía. No hay presente sin futuro, pero quizás menos pueda existir el futuro sin el presente, sobre el que se apoya y en el que hunde sus raíces para sacar mediante ellas la savia que le sirve de alimento. Dignos de loa son esos grandes hombres, esos rebeldes, esos innovadores que empujan al presente hacia un mañana, que á su vez se convertirá en presente y en pasado; pero los sostenedores y utilizadores del momento actual, heredero de las adquisiciones anteriores, ¿no lo son igualmente, ya que sin ellos la tradición histórica se interrumpiría, las dos orillas quedarían desunidas y la vida se encontraría forzada á recomenzar eternamente de nuevo su proceso?

P. DORADO

EL PRETENDIENTE AMERICANO

(NOVELA)

I

La campiña inglesa ofrecía, en la mañana aquella, un aspecto radiante. Álzase sobre una altura una imponente casa: es el castillo de Colmondeley, el cual, con sus antiguas torres y sus muros revestidos de hiedra, evoca el recuerdo viviente del feudalismo de la Edad Media. El castillo es una de las numerosas propiedades del duque Rossmore, caballero de la Jarretiera, gran cruz de la Orden del Baño, caballero de San Miguel y San Jorge, etc., etc., etc. El duque posee 22.000 áreas de tierra en Inglaterra, todo un barrio en Londres, ó sea unas dos mil casas; para llevar su digno tren de vida, se contenta con una renta anual de dos mil libras. El padre, y al mismo tiempo el fundador de esta noble estirpe, fué Guillermo el Conquistador en persona; el nombre de la madre ha quedado en silencio; siendo esta última la hija de un modesto curtidor de Falaise, no figura en la genealogía sino como un personaje secundario y sin importancia.

En dicha hermosa mañana dos hombres están sentados en el comedor del castillo ante los restos de una copiosa comida. El uno es el anciano duque: alto, de arrogante presencia, tiene un gran aspecto con su severa frente coronada por blancos cabellos; cada gesto, cada detalle de su persona denota un hombre de raza y de carácter que lleva alegremente sus setenta años. El otro es su hijo único, joven de soñador aspecto, al

que se creería de veinticinco años, pero que en realidad frisa en los treinta. Los principales rasgos de su carácter parecen ser la bondad, la dulzura, la sencillez y la rectitud; la enumeración de los títulos más ó menos rimbombantes que lleva parece un peso excesivo para sus hombros; se llama el honorable Kirendbright Llauover Marjorybanks Sellers, vizconde Berkeley de Colmondeley Castle, de Warwick Shire. El joven vizconde se encuentra actualmente de codos en la ventana en una actitud de profundo respeto, mientras que su padre le habla, y presta atento oído á los argumentos paternos. El duque recorre la sala hablando, y trata de convencer á su hijo.

—A pesar de tu dulzura, hijo mío,—le dijo,—sé perfectamente que cuando estás decidido á hacer algo requerido por lo que llamas tus sentimientos de honor y de equidad es inútil tratar de disuadirte de ello, es perder el tiempo en balde. En cuanto á mí...

—Si quieres considerar la cuestión sin prevenciones, reconocerás, papá, que no se trata de una cosa que se me haya metido en la cabeza. No soy yo quien ha inventado al competidor americano del ducado de Rossmore; no he ido á desenterrarlo para imponértelo. Ha surgido por sí mismo; él es quien se ha puesto en nuestro camino.

—Y quien, desde hace diez años, me está quemando la sangre con sus cartas impertinentes, sus razonamientos ociosos, sus insidiosos argumentos...

—Cartas que, por lo demás, nunca has querido leer. Y sin embargo, tenía derecho á exigirlo. El examen de tales cartas hubiera probado dos cosas: ó bien que era el verdadero duque (en este caso nuestra situación quedaba clara), ó bien que no lo era. De todos modos, hubiéramos sabido á qué atenernos. Yo he leído esas cartas, papá; las he estudiado detenidamente. Las pruebas parecen evidentes; encadénanse perfectamente los hechos: le creo en efecto el verdadero duque.

—¿Entonces yo soy un usurpador, un miserable vagabundo sin nombre y sin hogar? Pesa tus palabras.

—Sin embargo, si es el verdadero duque, si el hecho queda realmente establecido, ¿consentirías en conservar sus títulos y sus bienes ni una hora siquiera?

—No dices más que absurdos, querido mío, estupideces. Y ahora escucha la confesión que voy á hacerte, si te place darle este nombre. No he leído nunca tales cartas, porque nunca se ha presentado la ocasión. Conocía su existencia en vida de mi padre y del padre del competidor actual; la cosa se remonta, pues, á cuarenta años. Los antepasados de ese individuo han estado en relaciones con los míos hace unos ciento cincuenta años. La verdad es que el heredero del nombre marchó á América al mismo tiempo que el hijo de los Fairfax; desapareció en las landas de Virginia, se casó allí y dió la vida á una generación de salvajes. Nunca dió noticias suyas. Se le consideró, pues, como muerto. Heredóle su hermano menor, y murió; entonces fué cuando el hijo del último comenzó sus reclamaciones en una carta que todavía existe; pero falleció antes de haber recibido una respuesta. El hijo de este individuo creció (ya ves que transcurrió buen número de años), y continuó invocando argumentos irresistibles. Los sucesivos herederos fueron transmitiéndose la consigna, hasta el último imbécil actual. Todos ellos á cual más miserables, ninguno fué capaz de pagarse la travesía á Inglaterra é intentar un proceso. Otra cosa les ha ocurrido á los Fairfax que conservaron sus títulos y han hecho valer sus derechos aun habitando en Maryland. En suma, la situación se resume así: moralmente, ese americano que no tiene dónde caerse muerto es el verdadero duque de Rossmore; legalmente, no tiene ningún derecho. ¿Estás satisfecho ahora?

Después de un momento de silencio, el joven vizconde, con los ojos fijos en el escudo de la alta chimenea, dijo con voz triste:

—El blasón heráldico de nuestra casa lleva el lema *Suum cuique*: á cada uno lo suyo. Tu franca revelación, papá, da á este lema un elocuente mentís. Si ese Simón Lathers...

—Hazme el favor de no pronunciar ese nombre odioso. Desde hace diez años está envenenando mi vida; ¡no oigo otra cosa en todas partes que Simón Lathers, Simón Lathers! Y ahora, para grabarle irrevocablemente en mi memoria, ¿qué es lo que has resuelto?

—Me marchó á América en busca de ese Simón Lathers. Le cederé mi puesto.

—¿Cómo! ¿Le vas á abandonar tus derechos á mi sucesión?

—Tal es mi propósito.

—¿Harías esa insensatez sin examinar las reivindicaciones de ese individuo?

—Sí—contestó el joven con alguna vacilación.

—En verdad que te vas volviendo loco, hijo mío. Dime, ¿has vuelto á ver á ese socialista idiota, á ese lord Tanzy de Tollenache?

Como el vizconde no respondiese nada, añadió su padre:

—Sí, reconoces que frecuentas el trato de ese renegado, vergüenza de su familia y de la sociedad, que considera los privilegios de la nobleza como bienes usurpados, las instituciones aristocráticas como robos, las desigualdades de condición como una infamia social. ¡Pretende también que el único pan honrado es el que gana un hombre con el sudor de su frente! ¡Bah!

Y diciendo esto, el anciano gentilhomme se cogió la cabeza con sus bellas manos blancas.

—¿Verdad que has adoptado sus ideas? —preguntó con tono irónico.

El rubor que cubrió la frente de su hijo probó que el padre había dado en el clavo; el joven respondió con dignidad:

—Perfectamente, y lo reconozco sin avengonzarme. Por lo menos, ya sabes ahora por qué renuncio á mi herencia. Deseo romper con una existencia y un pasado que considero inicuos; empezaré mi vida de hombre emancipado de los ringorrangos que nos parecen indispensables; triunfaré ó fracasaré, según lo que personalmente valga. Marcharé á América, en donde

todos los hombres son iguales y tienen las mismas probabilidades de éxito; moriré ó viviré, una de dos.

—¡Dios mío, Dios mío!

Los dos hombres se miraron un momento silenciosos; después el padre exclamó meneando la cabeza:

—¡Está loco, verdaderamente loco!

Hubo un nuevo silencio, y el duque dijo como si tomara su partido en aquella locura:

—Bien, sea; por lo menos tendré un consuelo: ese Simón Lathers vendrá á tomar posesión de sus bienes, y podré entonces darme el gustazo de ahogarle en el abrevadero. ¡Pobre diablo! ¡él tan humilde siempre, tan cortés, tan respetuoso en sus cartas! ¡tan lleno de deferencia hacia nuestra casa y nuestra familia! ¡tan orgulloso de sentir correr en sus venas la sangre de nuestra raza! ¡tan deseoso de vernos reconocer su parentesco! ¡y al mismo tiempo tan pobre, tan miserable, tan desgraciado y tan ridiculizado á los ojos de su círculo americano por sus absurdas reivindicaciones! ¡Dios mío, qué cartas las tuyas! ¡qué chabacanas y qué obsequiosas!... ¿Qué hay?

Esta pregunta se dirigía á su ayuda de cámara, magnífico con su librea de un rojo escarlata, pantalón corto y botones de oro, que se mantenía ante su amo en una actitud impecable, con una bandeja de plata en la mano.

—Estas cartas, señor.

Las tomó el duque, y desapareció el lacayo.

—¡Hola! ¡una carta de América! Seguramente procede de ese individuo. Pero ¡diablo, qué cambio! Ya no es el sobre amarillo, grasiento, comprado en la tienda de ultramarinos de la esquina, como los anteriores. No; es un sobre decente, con ancho filete negro (no puede llevar luto más que por su gato ó su perro, puesto que no tiene otra familia), con su hermoso sello rojo con nuestras armas; nada le falta; tiene incluso el lema. Y ha cambiado de letra este majadero. Sin duda se permite tener ahora un secretario, que por cierto tiene una magnífica letra. Se conoce que la rueda de la fortuna se ha inclina-

do esta vez en favor del primo de América. ¡Qué metamorfosis!

—Léela, te lo ruego.

—Sí, esta vez la leeré; me parece más interesante.

«14.042, calle 16.^a, Washington. 2 Mayo.

»Señor duque: Tengo el penoso deber de participarle el fallecimiento de nuestro ilustre jefe de familia, el honorable y muy poderoso Simón Lathers, conde de Rossmore, muerto en su propiedad de los alrededores de Duffet's Corner, en el Estado de Arkansas. Le participo también el fallecimiento de su hermano gemelo; ambos han sido triturados por una rueda en una fábrica. Débese tan horrible accidente á la incuria de los que manejaban la máquina. Esta irreparable desgracia ha ocurrido hace cinco días, sin que un solo representante de la familia haya podido cerrar los ojos á nuestro venerado jefe y tributarle los honores debidos á su cargo. Los cuerpos de los dos infortunados hermanos se encuentran en este momento conservados en hielo; recibirá usted próximamente los restos mortales, enviados por el primer barco, para que encuentren en ésa, en el mausoleo familiar, el puesto y los honores que les son debidos; desde este momento hago poner nuestras armas en mi puerta; supongo que usted hará lo mismo en las puertas de sus diferentes residencias.

»Debo también recordarle que esta desgracia me instituye en único heredero de los títulos, bienes y propiedades pertenecientes á nuestro difunto primo, y me veo, con gran sentimiento mío, en la obligación de reclamarle todo lo que detenta usted ilegalmente.

»Enviándole el testimonio de mi perfecta consideración y de mis mejores sentimientos de parentesco, soy suyo afectísimo primo,

MULBERRY SELLERS, LORD ROSSMORE»

—¡Es cosa de morirse de risa! La verdad es que esta carta es curiosa. No hay duda de que tiene un magnífico tupé; la carta es sublime.

—No, esa carta no tiene nada de chabacano ni de obsequioso.

—Pero no conoce el valor de las palabras. ¡Armas! las armas de ese petate y de su hermano gemelo. ¡Y por añadidura me envía sus esqueletos! No, la verdad es que el otro pretendiente era un pobre loco, pero éste es un loco. ¡Y qué nombres! ¡Mulberry Sellers! ¡Simón Lathers! ¡Qué nombres tan armoniosos! ¿Vas á irte?

—Con tu permiso, papá.

El duque permaneció solo algún tiempo reflexionando, y se dijo á sí mismo, pensando en su hijo:

—Es un muchacho excelente, adorable; que haga lo que quiera; mis amonestaciones no servirían para nada. Por el contrario, empeorarían la situación. Todas mis observaciones y las de su tía han fracasado; espero que América se encargará de volver á la razón á ese joven sin sustancia, y que las contrariedades harán un bien á su mentalidad extraviada. ¡Un joven lord inglés que renuncia á los privilegios de su nacimiento para convertirse en hombre! Es para morir de risa.

II

Días antes del envío de la carta en cuestión, el coronel Mulberry Sellers estaba sentado en su biblioteca; la habitación esta le servía al mismo tiempo de salón, de galería de cuadros y de taller, según las circunstancias. Parecía completamente absorbido por la confección de un objeto pequeño que se parecía á un objeto mecánico.

El coronel era un hombre de edad madura, de pelo blanco, pero parecía joven aún, activo y nada achacoso por la edad. Su querida esposa estaba sentada á su lado, y hacía media tranquilamente, con su gato en las rodillas. La habitación era espaciosa, clara y agradable, aunque amueblada sencillamente y adornada con algunas chucherías de poco valor. Pero las flo-

res, y un no sé qué en el ambiente, acusaban en la casa la presencia de una persona activa y llena de gusto.

Los mismos cromos que pendían de las paredes no molestaban á la vista, y decoraban armoniosamente el salón; era difícil apartar la mirada de aquellos cuadros: unos representaban el mar; otros, paisajes; algunos eran retratos. Reconocíanse en éstos americanos célebres, ya fallecidos; hasta una mano atrevida había grabado al margen de varios de estos retratos el nombre de los duques de Rossmore. Al pie de uno de ellos figuraba el nombre de Simón Lathers, duque de Rossmore actual. Colgado de una pared veíase un plano de ferrocarril, arrancado de una guía, en el que figuraba el sonoro nombre de «Dominio de Rossmore». En la pared opuesta otro mapa constituía el ornamento más importante de la habitación; era un mapa enorme. Representaba por el momento la Siberia, pero se había juzgado oportuno anteponer á tal nombre la palabra «Futura». Veíanse en este mapa anotaciones con tinta roja, indicaciones de ciudades y de su población, allí en donde no existían aún ni ciudades ni habitantes. Una de estas ciudades imaginarias, destinada á contener quinientas mil almas, llevaba el nombre bárbaro de «Libertyorloffskaisanliski»; otra, más importante todavía (la capital, sin duda), se llamaba «Freedomovnaivanovich».

La casa que ocupaba el coronel (su hotel, como él le llamaba) era bastante grande; veíase en ella todavía una ligera sospecha de color, lo suficiente para dar á suponer que estuvo estucada en otro tiempo. Situada en un barrio de Washington, debió de construirse en pleno campo, en medio de un patio bastante mal cuidado; rodeábala una empalizada en lastimoso estado, cuya puerta permanecía casi siempre cerrada.

Diversas placas ornaban la entrada de esta vivienda; la más ostensible tenía la inscripción siguiente: «Coronel Mulberrrey Sellers, procurador de tribunales y abogado». Las otras indicaban al transeunte que el coronel era al mismo tiempo

hipnotizador, médico de enfermedades mentales, magnetizador, etc., etc.; en suma, un hombre universal.

Un arrogante negro de cabellos blancos, con anteojos y guantes de algodón blancos, se presentó, hizo un profundo saludo, y anunció:

—El Sr. Washington Hawkins.

—¡Dios mío! ¡Dile que pase, Daniel, dile que pase!

En un instante el coronel y su mujer se pusieron en pie, acogiendo al visitante con transportes de alegría. Era un hombre de unos cincuenta años, al que su pelo blanco y su deprimido aspecto daban la apariencia de un viejo.

—¡Por fin ha venido usted, Washington, amigo mío! Mucho nos alegramos de volverle á ver, se lo aseguro; ya sabe usted que está usted aquí en su casa; un poco ha envejecido usted, á lo que me parece; pero, aparte de esto, siempre el mismo, ¿no es verdad?

—Sí, ciertamente. ¡Cómo se parece usted á su inolvidable padre! Pero, ¡Dios mío!, ¿de dónde viene usted? Hace cuando menos...

—Quince años que marché, señora Sellers.

—¡Cómo pasa el tiempo! ¡Ay!

Su voz tembló, un sollozo cortó su última palabra, y los dos amigos, silenciosamente conmovidos, la vieron enjugar furtivamente una lágrima con el borde del delantal.

—Le ha recordado usted, sin quererlo, á sus hijos, ¡muertos todos, salvo el último! Pero no pensemos en las penas; alegría sin nubes, tal es mi divisa; necesitase esto para soportar su falta; crea usted en mi vieja experiencia, Washington. Vamos, cuénteme algo de lo que ha sido de usted durante estos quince años, y en dónde ha estado.

—No lo adivinaría usted, coronel. He estado en Cherokee.

—¿En Cherokee? ¿en mi país?

—Exactamente.

—¡No es posible! ¡Cómo! ¿Ha vivido usted allí?

—Sí, si se puede llamar vida á la existencia que llevábamos

en aquel agujero, en donde no hay más que decepciones, desalientos y enojos de toda especie.

—¿Y vivía Luisa con usted?

—Sí, y también los niños.

—¿Y están allí todavía?

—Sí; mis medios no me permitían traerlos.

—¡Ah! comprendo: usted se ha visto obligado á venir para hacer alguna reclamación al Gobierno. No se inquiete usted, amigo mío: me encargo del asunto.

—Nada quiero reclamar del Gobierno.

—¿No? Entonces querrá usted alguna administración de Correos. La obtendremos: esté usted tranquilo.

—Nada de eso; se encuentra usted lejos de la cuestión.

—Vamos, Washington, ¿para qué tanto misterio? ¿Por qué no decirme lo que desea, y demostrar tan poca confianza en un antiguo amigo como yo? ¿Me cree usted incapaz de guardar un...?

—No hay ningún secreto; pero me está usted interrumpiendo.

—No, amigo mío; conozco la naturaleza humana, y sé que cuando un hombre llega á Washington, venga de Cherokee ó de otra parte, es porque persigue un fin bien definido. Y, por regla general, no obtiene lo que desea; entonces cambia de objetivo y solicita otra cosa, en lo que fracasa como la primera vez: la mala suerte le persigue; pero se obstina en quedarse, y concluye por caer en una miseria tal que ya no puede volver á su casa. En suma, se muere, y Washington hereda sus despojos... Déjeme hablar; sé lo que digo. Yo era feliz; mi situación era próspera en el Far West, como usted sabe. Tenía una posición única en Hawkeye; pasaba por el primer ciudadano, el autócrata del lugar; sí, el autócrata, Washington. Pues bien, quieras que no, tuve que ceder á las instancias generales y llegar á ser ministro en el Parlamento. Como todo el mundo me impulsaba á ello, empezando por el gobernador, consentí en marchar, bien á pesar mío, se lo aseguro. Llegué, pues... ¡con un día de retraso! Vea usted, Washington, de

qué dependen los mayores acontecimientos. Mi puesto estaba tomado. Y yo me encontraba sin saber qué cara poner; el presidente lamentaba mucho el contratiempo, pero el mal estaba hecho. Entonces hube de moderar mis pretensiones (nunca es esto una cosa mala para nosotros), y pedí la legación de Constantinopla; al cabo de un mes presenté mi candidatura para China, después para el Japón; pasado un año, solicitaba, con lágrimas en los ojos, un empleo ínfimo de rompedor de piedras en el departamento de la Guerra... y tampoco lo obtuve.

—¿Rompedor de piedras?

—Exactamente; ese empleo fué instituído en la época de la Revolución, cuando el Gobierno suministraba los fusiles de chispa. Y ese puesto existe todavía, aunque se hayan suprimido los fusiles de chispa, porque el decreto que lo creó no ha sido revocado. Es un olvido, una negligencia, si usted quiere, pero el titular de ese empleo continúa cobrando como en los tiempos pasados.

—¡Qué historia!— exclamó Washington, tras un momento de silencio.—De ministro, con sueldo de 25.000 francos, bajar todos los peldaños del orden social hasta el oficio de rompedor de piedras, con...

—Tres dolars por semana; esta es la vida, mi buen amigo. Aspira uno á un palacio, y después se da uno por satisfecho con albergarse en un chiribitil.

Después de un prolongado silencio, dijo Washington con voz conmovida:

—De suerte que vino usted contra su voluntad, por ceder á las instancias y satisfacer al amor propio de sus conciudadanos, y no ha recibido usted nada á cambio de su abnegación.

—¿Cómo nada?—y el coronel recorrió la habitación á largos pasos para calmar sus nervios sobreexcitados.—¿Nada? ¿Qué dice usted, Washington? ¿Cuenta usted como nada el honor de formar parte del Cuerpo diplomático del primer país del mundo?

A su vez, Washington quedó atónito: sus miradas y la ex-

presión de su rostro decían más que todas las palabras que hubiera podido pronunciar. La herida del coronel estaba cicatrizada; volvióse á sentar, alegre y contento, é, inclinándose hacia adelante, siguió diciendo:

—¿Qué podían dar á un hombre cuya carrera ilustre no tenía precedente en la historia del mundo, á un hombre que, llevado por la opinión pública, había pasado por todos los peldaños de la carrera diplomática, desde el puesto único de enviado extraordinario y ministro plenipotenciario de la Corte de Saint-James hasta el de cónsul en una roca de guano de las islas de la Sonda, con honorarios pagaderos en guano? (Por lo demás, esta isla desapareció en la convulsión de un terremoto la víspera del día en que iba á firmarse mi nombramiento.) En recuerdo de este hecho único y memorable, necesitaba una recompensa grandiosa: me la concedieron. La voz del pueblo, el sufragio universal, que es superior á las leyes y rige á los Gobiernos, me nombró miembro inamovible del Cuerpo diplomático y representante de todas las potencias de la tierra cerca de la Corte republicana de los Estados Unidos de América. Después me acompañaron á mi casa entre los resplandores de una retreta con antorchas.

—Es maravilloso, coronel, sencillamente maravilloso.

—Es la posición más bella del mundo.

—Ya lo creo, la más imponente.

—Usted lo ha dicho. Piense usted un poco en la extensión de mi poder: frunzo las cejas, y la guerra se desencadena; sonrío, y todas las naciones deponen las armas.

—¡Es horrible una responsabilidad tan abrumadora!

—¡Oh! la responsabilidad no me ha asustado nunca: siempre he estado acostumbrado á ella.

—¡Y qué marmágnum, Dios mío! ¿Se ve usted obligado á asistir á todas las sesiones?

—¡Yo! ¿Preside el emperador de Rusia los Consejos de los gobernadores de sus provincias? Sentado en su palacio, dicta sus voluntades.

Washington se calló; después, lanzando un profundo suspiro, dijo:

—Yo estaba orgulloso de mí hace un instante; pero ¡qué poca cosa me encuentro ahora! Coronel, el motivo que me trae á Washington es éste: soy el delegado congresista de Cherokee.

El coronel dió un salto, y expresó ruidosamente su alegría.

—Déme la mano, amigo mío. ¡Qué noticia! Le felicito con todo mi corazón. Bien lo había predicho: siempre dije que le esperaban los más altos destinos. Puede confirmarlo Polly.

Washington estaba asombrado ante tal explosión de admiración.

—Pero, coronel, no me felicite con tanto calor. Ese pequeño oasis, microscópico, perdido é inhabitado, no es más que un punto minúsculo en el Universo. Me hace el efecto de una mesita de billar.

—Cállese. El hecho de su elección prueba su influencia.

—Pero, coronel, ni siquiera tengo voto.

—¿Qué importa eso? Puede usted perorar á sus anchas.

—Tampoco, porque no hay más que doscientos habitantes.

—Está bien, está bien.

—Ni siquiera tenían derecho á elegirme, porque como nuestro país no está reconocido como territorio, ningún acto oficial del Gobierno relataba nuestra existencia.

—Todo eso es broma. Ya lo arreglaré yo en nada de tiempo.

—¿De veras? ¡Oh coronel! ¡qué bueno es usted! Le encuentro el mismo amigo fiel de siempre.

Y al decir esto, asomaron lágrimas de gratitud á los ojos de Washington.

—Considero la cosa como hecha, amigo mío. Déme un apretón de manos, y le prometo que nosotros dos hemos de hacer grandes cosas.

III

La señora Sallers volvió á tomar parte en la conversación, y se puso á interrogar á Washington sobre su mujer, el número de sus hijos, su salud; este cuestionario condujo á una revista de todos los hechos ocurridos en Cherokee desde hacía quince años.

En aquel instante llamaron al coronel al teléfono, y Hawkins aprovechó la ausencia de aquél para preguntar á su mujer qué genero de vida había llevado el coronel durante todo aquel tiempo.

—Siempre la misma existencia; con su naturaleza, no se podía esperar ningún cambio; no se hubiera prestado á ello.

—¡Lo creo fácilmente!

—Sí; ya ve usted, permanece inmutable, y ha encontrado usted al «Mulberry Sellers» de siempre.

—Así es.

—Siempre el mismo buen sujeto, generoso, fantástico, lleno de corazón y de ilusiones; los desengaños no le descorazonan, y se le quiere como si fuera el niño mimado de la fortuna.

—Es muy natural; ¡es tan servicial, tan amable!; nunca inspira esa cortedad que se siente cuando se trata de pedir un favor á alguien; tiene el dón especial de hacer que se cobren ánimos en seguida.

—Su carácter no ha variado nada, en efecto; y esto es tanto más sorprendente cuanto que se ha visto horriblemente maltratado por gentes que se sirvieron de él como de un trampolín. Le han despedido el día en que ya no necesitaban de sus servicios. Cuando se dió cuenta de tan malos procedimientos, se resintió su amor propio; creí que la triste experiencia le serviría y aprovecharía la lección. Pero nada: á los quince días se había olvidado de todo, y el primer aventurero que llegara

E. M.—Agosto 1906.

podía captarse su confianza enterneciéndole con sus supuestas desgracias: Mulberry estaba pronto á ayudarle.

—La paciencia de usted debe de someterse á rudas pruebas algunas veces.

—¡Oh! no; estoy acostumbrada, y hasta prefiero verle en tales disposiciones. A otra mujer que no fuera yo le parecería tal vez que está plagado de defectos; pero, por mi parte, le confieso que le quiero tal como es. Cierto es que me veo obligada á reñirle, pero sin duda tendría que hacer lo mismo si tuviera otro carácter; en suma, casi prefiero ver que le salga mal un negocio que bien.

—¿Pero le ha salido bien algo alguna vez?—preguntó Hawkins con interés creciente.

—¡Ya lo creo! Solamente que cuando la vena le sonrío me encuentro doblemente inquieta, porque el dinero corre al primero que se lo pide. Llena la casa de enfermos, de idiotas y de pobres petates de todo género, á los que no quieren en ninguna parte, y cuando vuelve á faltar el dinero me veo obligada á echarlos, so pena de morir de hambre. Naturalmente, esta medida cruel nos apena á los dos. Por ejemplo, ahí tiene usted al viejo Daniel y á Jinuy, á quienes el sherif hubo de enviar al Sur cuando nuestra quiebra de antes de la guerra; una vez pactada la paz, volvieron, gastados por el trabajo de las plantaciones, agotados, absolutamente inaptos para el trabajo durante el resto de su vida; en aquellos momentos estábamos nosotros en una miseria tal, que medíamos el pan para no comer ni una miga de más; pues bien, les abrió las puertas de par en par, como si fueran enviados del cielo esperados ansiosamente.

«Mulberry—le dije en voz baja,—no debemos recogerlos: no podemos sostenerlos, puesto que no tenemos qué comer nosotros mismos.»

«¿Despedirlos— me respondió muy contrariado—cuando vienen á nosotros llenos de esperanza? No te haces cargo, Polly. En otro tiempo pude con gran trabajo ganar su con-

fianza y obtener sus sufragios: aquel día contraje con ellos una deuda de gratitud que compromete mi honor. ¿Cómo podré negarles mi reconocimiento á esos pobres seres desheredados?» ¿Qué quiere usted? Me desarmaron sus palabras. Cobrando valor, repliqué: «Quedémonos con ellos: el Señor proveerá». Se puso tan alegre, que me costó un gran trabajo impedir que comenzase uno de sus discursos. Ahora bien: esto ocurrió hace mucho tiempo, y ya ve usted que todavía tenemos á nuestra costa á esos dos desdichados.

—¿Pero harán el trabajo de la casa?

—¡Valiente idea! Lo harían tal vez si fueran capaces de hacerlo, y sin duda alguna se imaginan que nos prestan grandes servicios. Daniel permanece en la puerta ó hace algunos encargos; de vez en cuando los verá usted quitando el polvo en esta habitación; pero siempre es cuando quieren saber lo que se dice y mezclarse en la conversación. Durante la comida, dan vueltas alrededor de la mesa, siempre con el mismo objeto. En realidad, estamos obligados á pagar á una negra para que haga los menesteres de la casa, y necesitamos otra para que cuide de los dos viejos inválidos.

—Me parece que deben de ser muy felices.

—¿Eso piensa usted? Se pasan todo el tiempo disputando sobre asuntos de religión: el uno cree en divinidades especiales; el otro se dice librepensador; tras oleadas de injurias llegan las grandes reconciliaciones, en las que charlan sin descanso y cantan alabanzas á Mulberry. Este les escucha pacientemente, y yo me he acostumbrado como él á verles en redor; me avengo á todo, y no pido nada más.

—En fin, le deseo un nuevo golpe de la fortuna.

—En este caso, habrá una nueva invasión de enfermos y de ciegos; la casa se convertirá en una «corte de los milagros». Le conozco bastante para estar segura de lo que digo; ya he visto, por desgracia, cosas semejantes. ¡No! Yo no le deseo sino un éxito muy mediano en todo lo que emprenda.

—De todos modos, que tenga grandes ó pequeños triunfos,

es de esperar que no carecerá nunca de amigos. Por lo demás, esto es imposible, porque todos los que le conocen...

—¡Faltarle amigos á él!—exclamó la señora Sellers alzando orgullosamente la cabeza.—No conozco un hombre que no le adore. Y hasta diré á usted confidencialmente que me ha costado grandes trabajos impedir que le den algún cargo. Sabían, como yo, que la vida de la oficina no le convenía; pero no sabe nunca negarse. No; figúrese usted á Mulberry en una oficina: vendrían de los cuatro rincones del mundo á ver semejante curiosidad.

Y tras una pausa, durante la cual pareció meditar, añadió:

—¡Amigos! Nadie en el mundo ha tenido más que él. Grant, Sherman, Sheridan, Langstreet, Johstan, Lee... ¡Cuántas veces han venido aquí y se han sentado en esa silla en la que usted...!

Hawkins se levantó como movido por un resorte, mirando la silla con respeto.

—¿Han estado aquí?—preguntó.

—¡Oh! Sí, y muy á menudo.

Hawkins continuaba mirando á la silla, fascinado, hipnotizado; su imaginación febril le hacía ver mil fantasmas de nebulosas formas, y no podía sustraerse á sus ensueños extravagantes.

La señora Sellers continuó su interminable charla.

—¡Oh! Es porque á todos les gusta oír su voz, sobre todo cuando están angustiados; él está siempre lleno de entusiasmo y de valor, y sabe animarles; pretenden que una visita á esta casa vale más que una cura al aire libre. ¡Cuántas veces ha alegrado al general Grant (y Dios sabe, sin embargo, que no es una cosa fácil)! En cuanto á Sheridan, sus ojos se iluminan y relampaguean cuando oye la voz de Mulberry. Lo que constituye el atractivo de mi marido es su gran bondad y su amplitud de ideas: sabe ponerse en el lugar de cada uno; esto es lo que le hace tan popular y tan influyente. Si va usted á una recepción de la Casa Blanca al mismo tiempo que Mulbe-

rry, se preguntará usted si es él ó el presidente quien recibe.

—¡Oh! Ciertamente es muy notable, y siempre lo ha sido. ¿Es realmente religioso?

—De una religión muy ilustrada; no abandona la lectura de los libros de teología sino para ocuparse de Rusia y de Siberia; le absorben las cuestiones más complejas. No hay que deducir de esto, sin embargo, que caiga en la gazmoñería.

—¿A qué religión pertenece?

—¿Él?

Calló unos instantes, y tras una breve pausa dijo sencillamente:

—Creo que en la semana última era mahometano ó algo por el estilo.

Washington se decidió á ir á la población á buscar su maleta, porque los amables Sellers le hicieron comprender que no podía albergarse sino en aquella casa. Cuando volvió, el coronel había concluído el juguetillo mecánico en que trabajaba.

—¿Qué es esto, coronel?

—¡Oh! Una futesa, un juguetillo para niños.

—Se diría que es un rompecabezas—dijo Washington examinándolo.

—Y lo es, en efecto; le he bantizado con el nombre de «los cerditos en la pradera». Trate de descubrir el *quid*.

Al cabo de un momento, Washington lo consiguió con gran alegría suya.

—Es prodigioso, coronel; muy ingeniosamente inventado, muy interesante. Me divertiría con este juego durante un día entero; ¿qué va usted á hacer con su invento?

—Sacar patente y no volver á pensar en él.

—No haga usted eso. Se puede ganar una fortuna con este juguete.

El coronel le miró con aire de compasión.

—¡Dinero! ¡Oh! una bagatela. Doscientos mil dolars tal vez, no más.

Washington arqueó las cejas.

—¡Doscientos mil dolars! ¿Llama usted á esto una bagatela? El coronel se levantó, dió unos paseos, cerró la puerta, que se había quedado abierta, y se sentó.

—¿Puede usted guardar un secreto?—preguntó.

Washington, sorprendido, prometió toda su discreción.

—¿Ha oído usted hablar de la exteriorización de los espíritus difuntos?

—Sí.

—Sin duda no cree usted en ella (en el fondo tiene usted razón). Tal como la practican charlatanes ignorantes, la exteriorización es una cosa idiota; produzca usted una semioscuridad en una habitación, reúna á unas cuantas personas impresionables, dispuestas á creerlo todo, á verlo todo; con un poco de habilidad y de charlatanismo, exterioriza usted fácilmente á la persona que guste: una abuela, un nieto, un cuñado, la hechicera de Eudor, Pedro el Grande, cualquiera; todo esto es estúpido y grotesco; pero cuando un sabio se apoya en poderosos descubrimientos científicos, el hecho resulta completamente distinto: el espectro que evoca acude á su llamamiento, no para desaparecer, sino para permanecer definitivamente. ¿Comprende usted la importancia de este detalle, su valor comercial, si así puedo expresarme?

—¡Dios mío! no... no comprendo bien. ¿Es, según usted, porque esa evocación duradera y no fugitiva puede dar mayor interés á las sesiones y atraer un número mayor de espectadores?

—¡Qué locura el llamar á eso sesiones! Escúcheme y présteme una recogida atención; es preciso de todo punto. Dentro de tres días habré acabado mi estudio, y el mundo incrédulo enmudecerá de asombro ante mis maravillosos descubrimientos. Dentro de tres días, de diez á lo más, me verá usted evocar los muertos de todos los pasados siglos; á mi voz todos se levantarán y andarán; más aún, no volverán á morir, porque habrán adquirido un vigor inmortal.

—Coronel, estoy lleno de estupor.

—Pues bien, ¿ha comprendido usted ahora cómo tengo la fortuna?

—¡Dios mío!... ¡no veo bien!

—¡Caramba! está usted obtuso. Tendré un monopolio; centralizaré todo lo que afecta á mi descubrimiento. Ahora bien: hay en Nueva York dos mil agentes de policía, á cuatro dolars diarios por individuo. Los reemplazo con mis muertos, á mitad de precio.

—¡Es prodigioso! No lo hubiera pensado nunca. ¡Cuatro mil dolars diarios! ¡Ah! comienzo á comprender. Pero ¿prestarán los muertos los mismos servicios que agentes de policía vivos?

—No le preocupe este detalle.

—¡Oh! si llama usted á esto un detalle...

—Arregle, combine la cosa como guste: mis personajes serán muy superiores á los que usted imagine. No beberán ni comerán: esto es una ventaja enorme. No serán ni jugadores, ni ligeros de cascos. No les verá usted cortejar á las criaditas del barrio; además, las bandas de *apaches* que les acechan por las noches para jugarles una mala partida se quedarán con las ganas: sus balas y sus cuchillos se perderán en los uniformes sin cuerpos. Se les engañará bien.

—Pero, coronel, si puede usted suministrar semejantes agentes de policía, entonces...

—Ciertamente, suministraré todo lo que se quiera. Por ejemplo, el ejército; es decir, veinticinco mil hombres, que cuestan veintidós millones al año. Resucitaré á los griegos y á los romanos, y por diez millones proporcionaré al país diez mil veteranos de la antigüedad, soldados que cazarán á los indios sin tregua ni reposo, montados en caballos exteriorizados también, y cuyo sostenimiento no costará nada. Renovaré todos los ejércitos de Europa de la misma suerte. Sacaré de la tierra á los hombres de Estado de todos los tiempos y de todos los países; dotaré al mío de un Congreso ilustrado, cosa inaudita

desde la proclamación de la Independencia, y que no podría hallarse entre los vivos. Sacaré de las tumbas reales á los cerebros mejor equilibrados para volverlos á poner en los tronos de Europa; después distribuiré equitativamente las listas civiles y los sueldos de los funcionarios, reservándome la mitad.

—Coronel, si la mitad de esos proyectos se realizan, se trata de ganar millones...

—Diga usted miles de millones. La cosa me parece segura y tan infalible, que si un hombre algo apurado viniese á decirme: «mi coronel, estoy mal de dinero en estos momentos; ¿podría usted prestarme un millón?...» ¡Entren!

Habían llamado á la puerta. Entró un hombre de aspecto rudo con una gran cartera bajo el brazo; sacó un papel, que presentó al coronel, diciéndole secretamente:

—Por la décimaséptima y última vez, ¿quiere usted entregarme los tres dolars y cuarenta céntimos que debe usted, coronel Mulberry Sellers?

El coronel se puso á registrarse sus bolsillos, murmurando:

—¿En dónde habré puesto el dinero? aquí no, aquí tampoco; debo de haberle dejado en la cocina; voy por él...

—No, no se irá usted; se quedará aquí hasta que haya soltado el dinero: esta vez no le dejo á usted.

Washington se ofreció, sin la menor malicia, á ir en busca del dinero; cuando se marchó, el coronel hizo esta confesión:

—La verdad que, una vez más, necesito recurrir á su bondad, Suggs; ya ve usted todos los cheques que tengo que cobrar.

—¡Váyanse al diablo sus cheques! Ya es bastante, no me engaña más. Concluyamos.

El coronel miró en torno suyo con desesperación; después su rostro se iluminó; se dirigió á una pared, quitó el polvo con su pañuelo al más horrible de los cromos, y se lo llevó al cobrador, diciéndole:

—Tome esto, pero que no vea yo llevárselo. Es el único Rembrandt que...

—¡Al diablo su Rembrandt! Me da usted un infecto cromo.

—¡Oh, qué sacrilegio! Es el único original, el único vestigio de una gran escuela que...

—¡No charle! es un horror.

El coronel le trajo un segundo cromo del mismo género, limpiándole amorosamente.

—Tome éste también; es la joya más preciosa de mi colección, el único verdadero Fra Angélico que...

—Está usted más loco que una cabra. En fin, me llevaré estos infectos cromos; creerán que he desvalijado una tienda de negros.

Y mientras que abría la puerta para irse, el coronel le gritó con angustia:

—¡Oh! envuélvalos bien, no los exponga á la humedad.

Pero el hombre había desaparecido.

Washington volvió y declaró que la señora de Sellers, los criados y él mismo habían buscado en vano el dinero; añadió que si hubiera podido echar mano á cierto individuo no tendría necesidad en aquel momento de registrar los bolsillos para buscar dinero. El coronel aguzó el oído.

—¿De qué individuo habla usted?—preguntó.

—De un tipejo que allá, en Cherokee, es conocido con el nombre de Pete el Manco. Robó en el Banco de Tablegnah...

—¿Pero hay Bancos en ese país?

—¿Por qué no había de haberlos? Le acusan del robo. El ladrón sustrajo por lo menos veinte mil dolars; ofrecen una prima de cinco mil dolars al que le señale, y creo haberle encontrado en mi viaje.

—¿De veras?

—Como usted lo oye: vi á ese hombre en el tren el día de mi marcha; su traje respondía á las señas, y le faltaba un brazo.

—¿Por qué no le hizo usted prender y reclamó la prima prometida?

—No podía hacerlo: necesitaba un mandamiento de prisión; pero contaba con hacerle prender en la primera ocasión.

—¿Y bien?

—¡Ah! dejó el tren durante la noche.

—¡Qué contrariedad!

—No tanto, os lo aseguro.

—¿Por qué?

—Porque llegó á Baltimore en el mismo tren que yo, sin que lo advirtiera. Al salir de la estación, le vi dirigirse á la verja con un saquito en la mano.

—Muy bien, le tenemos; organicemos nuestras baterías para atraparlo.

—¿Enviaremos sus señas á la policía de Baltimore?

—¡Valiente idea! ¡Jamás! ¿Quiere usted que la policía cobre la prima, en lugar de usted?

—¿Qué hacemos entonces?

El coronel reflexionó.

—Tengo una idea. Inserte usted un suelto en el *Sun* de Baltimore; un simple aviso concebido así, por ejemplo: «A. Espero una palabra de usted, Pete». ¿Qué brazo ha perdido?

—El derecho.

—Muy bien. Entonces: «A. Una palabra de usted, Pete, aunque haya que escribirla con la mano izquierda. Diríjase X. Y. Z., lista de Correos, Washington.—Ya sabe usted de quién». El mensaje le intrigará mucho.

—Convenido, pero no sabrá quién se lo escribe.

—Cierto, pero querrá saberlo.

—Es verdad: no lo había pensado; ¿cómo se le ha podido ocurrir á usted semejante idea?

—Por el profundo conocimiento que tengo de la curiosidad humana.

—Entendido: escribiré al *Sun*, é incluiré en la carta un dólar para que impriman el suelto con letra grande.

IV

Anocheía. Los dos amigos discutían, después de la comida, sobre el empleo de la prima de cinco mil dolars que cobrarían cuando hubiesen hecho prender á Pete el Manco; necesitábase antes, sin embargo, probar que verdaderamente era el ladrón, obtener su extradición y mandarle por barco á Tahleguah, á territorio indio.

Sentíanse tan seguros del resultado, que no reparaban en la posibilidad de ningún obstáculo; la señora Sellers, aburrida por aquella conversación, concluyó por decirle con tono acerbo:

—¿Para qué venden la piel del oso antes de haberle cazado?

Al día siguiente, cediendo á las instancias de Hawkins, el coronel decidió pedir una patente de invención para su juguete y negociar con él; al mismo tiempo, Hawkins se llevó el juguete, bien resuelto á sacar el mejor partido posible. No tuvo que andar mucho, y encontró en una tienducha, ocupada en un tiempo por una familia negra, á un yanqui de maliciosos ojos que componía sillas y otros muebles de ocasión.

Este individuo examinó el juguete con aire indiferente; trató de descubrir el mecanismo, tardando en ello más tiempo del que había supuesto.

—¿Ha sacado usted patente?—preguntó.

—No; pero pienso hacerlo.

—Está bien. ¿Cuánto quiere usted?

—¿Qué ofrece usted?

—Veamos: el veinticinco. ¿Le conviene?

—¿Qué daría usted por poseer el derecho exclusivo de reproducción de este juguete?

—Actualmente no podría dar al contado veinte dolars; pero le ofrezco otra combinación. He aquí lo que le propongo: venderé su juguete, y le daré el cinco por objeto vendido.

Washington suspiró. ¡Otro sueño desvanecido!

—Sea—dijo.—Tómele en estas condiciones y fírmeme un recibo.

Se llevó el papel, y no volvió á pensar en el asunto; su espíritu estaba absorbido por la promesa de la prima y el temor de verla compartida, si se le ocurría á otro denunciar al ladrón á la policía.

Acababa de volver á la casa cuando llegó Sellers, presa de una excitación anormal y de una tristeza que nada había hecho prever.

Se arrojó en brazos de Hawkins, sollozando.

—¡Oh! llore usted conmigo, amigo mío, y venga á compartir el dolor de mi familia. La muerte ha arrebatado á mi primo, el jefe de la familia; soy ahora el duque de Rossmore. ¡Felicíteme usted!

Volvióse hacia su mujer, que entraba en aquel momento; la abrazó tiernamente, y la dijo:

—Soporta esta pena por cariño mío; esta desgracia tenía que ocurrir: estaba escrito.

Ella soportó perfectamente el golpe.

—La pérdida no es grande—replicó:—el pobre Simón Lathers era una inutilidad perfecta, y su hermano no valía más.

El nuevo duque continuó:

—Estoy personalmente quebrantado por la emoción: así es que suplico á nuestro excelente amigo aquí presente que telegrafe á lady Gwendolen...

—¿Qué lady Gwendolen?

—A nuestra pobre hija, ¡ay!

—¿A Sally Sellers? Pero ¿has perdido el juicio, Mulberry Sellers?

—Señora, no te olvides de lo que eres ni de quién soy; no te despojes de tu dignidad, y respeta la mía; sería conveniente honrarme con el título á que tengo derecho.

—Pero ¿qué dices? ¿Cómo tengo que llamarte ahora?

—En la intimidad puedes, en último caso, conservar los

antiguos apelativos (en la más estricta intimidad, por supuesto); pero en público deberás hablarme como á tu señor y dueño: seré para todos el duque de Rossmore.

—¡No podré acostumbrarme nunca!

—Es preciso, querida mía. Nos debemos á nuestra nueva posición, y tenemos que someternos de buen grado á las exigencias de nuestra situación.

—Pues bien, que sea como tú quieras: nunca he resistido á tus deseos, y sería demasiado tarde para empezar ahora; sin embargo, esta etiqueta se me antoja de una estupidez poco común.

—Ahora te reconozco, querida mía. Abracémonos y hagamos las paces una vez más.

—¡Pero, Gwendolen! ¡Ese nombre! Jamás me habituaré á él. Nadie reconocerá en él á Sally Sellers: es un nombre demasiado pomposo, demasiado ceremonioso para ella, que huele á exótico á cien leguas. En suma, me desagrada soberanamente.

—No se quejará ella, créeme.

—Es posible: le gusta todo lo que es novelesco, como si hubiera vivido en esa atmósfera. Ciertamente no ha heredado de mí semejante disposición de espíritu. ¿Para qué la habremos puesto en ese estúpido colegio, que no ha hecho más que desarrollar en ella tan deplorables tendencias?

—No crea usted una palabra de lo que oye, Hawkins. El colegio de Rawena-Ivanohe es el más elegante, el más distinguido del país; no puede entrar en él una muchacha á no ser rica ó á no poder justificar cuatro cuarteles de nobleza. Ese colegio tiene más bien el aspecto de un castillo con sus grandes muros y sus grandes torres; su mismo nombre, tomado de las novelas de Walter Scott, le da un estilo y un sello regio; las jóvenes pueden tener allí sus carruajes, sus caballos de silla, sus criados de librea...

—Y no aprenden nada, absolutamente nada más que chucherías llenas de pretensiones, indignas de nuestra educación

práctica americana. Sea. Avise usted á lady Gwendolen; supongo que la etiqueta exigirá que venga á llorar á los parientes de Arkansas, á los que ha tenido el dolor de perder.

—Un poco más de dignidad, querida. No olvides que nobleza obliga.

—Muy bien, amigo mío; háblame sencillamente, Ross... No emplees esas grandes perífrasis. No te incomodes; no puedo perder en un instante los hábitos de toda mi vida, Rossmore. Cálmate, querido mío. En lo que concierne á Gwendolen, ¿qué vá usted á hacer, Washington? ¿escribir ó telegrafiar?

—Va á telegrafiar, querida.

—Estaba segura—murmuró su mujer al marcharse;—quiere poner el nombre en las oficinas del telégrafo, y poner á esa criatura en ridículo.

Se decidieron, pues, por el telégrafo. Había un teléfono en un rincón de la habitación, pero Washington hizo vanos esfuerzos para obtener comunicación. El coronel declaró gruñendo que aquel aparato estaba siempre descompuesto cuando se le necesitaba; pero olvidó añadir que estaba allí para la vista, y sin el menor hilo.

Sin embargo, servíase á menudo de él, cuando había visitas, y fingía recibir comunicaciones importantes.

Encargaron papel de luto y un sello con las armas de la familia, y después los amigos se fueron á acostar.

Cuando al día siguiente, á petición de Sellers, puso Hawkins unos crespones al retrato de Andrés Jackson, el nuevo duque escribió al usurpador inglés la carta que conocemos.

Además escribió á las autoridades de Duffy's Corners, en Arkansas, que cuidasen de que los cuerpos de los dos gemelos fuesen embalsamados por un artífice de San Luis, y enviados inmediatamente al usurpador, porte sin pagar.

Hecho esto, dibujó las armas y el lema de los Rossmore en un gran cartón, que trajo de la tienda del sillero yanqui, el amigo de Hawkins; al cabo de una hora traía dos escudos extraordinarios, que clavó encima de la puerta de entrada para

llamar la atención de los transeuntes; el barrio estaba habitado por negros, niños desarrapados y perros vagabundos, y los escudos debían excitar la admiración de todos aquellos habitantes.

Por la noche, el nuevo duque leyó — sin sorpresa alguna — el siguiente artículo en un periódico:

«Sabemos que nuestro digno conciudadano el coronel Mulberry Sellers, miembro inamovible del Cuerpo diplomático, acaba de heredar el magnífico ducado de Rossmore, con la categoría de tercer par del reino de la Gran Bretaña. Tomará todas las medidas necesarias en la Cámara de los Lores para despojar al usurpador de sus derechos, títulos y propiedades. Las recepciones semanales de Rossmore Towers se interrumpirán hasta la terminación del duelo.»

Recortó el suelto y lo pegó en su álbum de familia.

—¡Recepciones semanales! — pensó lady Rossmore. — Las gentes que no están enteradas no encontrarán en esto nada de extraordinario; en cuanto á mí, que conozco á mi marido, le declaro un sér extraordinario. Su imaginación fantástica no tiene ciertamente igual; ¿quién sino él se atrevería á dar el pomposo nombre de «Rossmore Towers» á esta miserable casucha? Hay que creer que posee en el grado más elevado el dón de las mixtificaciones, y que goza con este género de broma. ¡Y siempre tan contento!

Mientras tanto, el nuevo duque pensaba:

—Es un hermoso nombre, sí, es un hermoso nombre. ¡Qué lástima no haber pensado en él al escribir al usurpador! Ahora espero á pie firme su respuesta.

V

El telegrama no recibió respuesta, ni por parte ni por carta; la joven no dió signos de vida, y, sin embargo, aparte Washington, nadie pareció asombrado. A los tres días, Haw-

kins preguntó tímidamente á lady Rossmore lo que auguraba de aquel silencio.

—¡Oh!—dijo ella sencillamente;—no lo sé y no me preocupa. Todo puede esperarse de ella; es una verdadera Sellers; una Sellers de pura raza. Esté usted tranquilo, no ha ocurrido nada á mi hija; cuando se le antoje, escribirá ó vendrá, ni más ni menos.

En aquel mismo momento, llegó, en efecto, una carta; se la entregaron á la señora Sellers, que la recibió con calma, sin la apariencia de la menor emoción. Se limpió los anteojos lentamente, sin dejar de hablar, y abrió tranquilamente la carta, que leyó en alta voz:

*Kenilworth Keep, Redgauntlet Hall,
Rowena-Ivanohe College. Jueves.*

Mi queridísima mamá Rossmore: ¡Qué alegría! Todas me miraban desde su altura, y yo les devolvía de la manera más cumplida sus desdenes. Decían siempre irónicamente que, en rigor, se puede una contentar con la sombra de un ducado, pero con la sombra de una sombra, ¡bah! Y yo replicaba que era bien lastimoso no poder justificar más que una antigüedad de cuatro generaciones, ¡y qué generaciones!: desarrapados holandeses ó pescadores de bacalao; ¡bonito origen, á fe mía!

Pues bien, el telegrama ha desencadenado una verdadera tempestad. El ordenanza me entregó el parte precisamente en la gran sala de audiencias, en donde estábamos todas reunidas, gritando: «¡Un telegrama para lady Gwendolen Sellers!» ¡Si hubieras visto, querida mamá, á todos aquellos retoños de elevada alcurnia convertirse en estatuas de sal! Como de costumbre, yo estaba, cual nueva Cenicienta, en un rincón. Tomé el despacho, lo abrí, y estuve á punto de desmayarme (¡oh! si no me hubiera cogido así de improviso lo hubiera conseguido). No pudiendo hacerlo, se me ocurrió otra idea sublime: saqué el pañuelo, me puse á sollozar y corrí á mi cuarto, teniendo cuidado de dejar caer el telegrama. Miré de soslayo (lo que me

permitió ver que todas se arrojaban sobre el precioso papel) y salí sin dejar de llorar, pero contentísima en el fondo de mi alma.

Las visitas de pésame llovieron en mi cuarto; hube de sufrirlas y defenderme de los inverosímiles parentescos que todas querían descubrir en mí, empezando por esa peste de Mac Allister, que siempre me estaba humillando y que reclamaba siempre la primacía sobre sus compañeras, á causa de no sé qué noble antepasado que citaba á todo propósito.

Pero mi mayor triunfo fué... no lo adivinarías nunca. Dicha tontuela y otras dos del mismo calibre nos han disputado siempre la primacía; era una idea fija en ellas; querían que las sirviesen las primeras en la mesa, salir las primeras del comedor, y ¡qué sé yo qué más! Pues bien, después de mi primer día de duelo y de reclusión (me arreglé un vestido de luto), reaparecí en la mesa. ¿Qué veo al entrar? A mis tres pimpollos, pacientemente, medio muertas de hambre, esperando á que lady Gwendolen quisiera sentarse á la mesa. ¡Oh! te aseguro que me he desquitado bien de lo pasado. Y figúrate que ni una de mis compañeras se ha atrevido á preguntarme cómo he heredado mi nuevo título.

Las unas se han abstenido por un sentimiento de delicadeza; las otras, por intimidación. Ya ves qué bien las he corregido.

En cuanto haya arreglado todo aquí, y haya aspirado todavía un poco más de incienso, haré el equipaje y marcharé. Di á papá que estoy tan orgullosa como él de mi nuevo nombre. ¡Qué buena inspiración ha tenido! Cierto es que siempre tiene ideas geniales.

Tu hija, que te abraza,

GWENDOLEN

Hawkins tomó la carta y echó una ojeada.

—¡Bonita letra!—dijo;—caracteres iguales y firmes; va derecha por su camino; se ve que tiene una gran naturaleza.

E. M.—Agosto 1906.

—¡Oh! Todos los Sellers son lo mismo, ó por lo menos se parecerían todos á ese retrato si fueran más numerosos; hasta esos pobres Latherses hubiesen tenido el mismo carácter de haber sido Sellers, es decir, Sellers de pura raza. Evidentemente tenían mucha sangre de los Sellers en sus venas, pero la mezcla les echó forzosamente algo á perder.

A los ocho días, cuando Washington bajaba á almorzar melancólicamente, se presentó á sus ojos una imagen deliciosa. Encontróse en presencia de la joven más bonita que nunca hubiese visto. Era Sally Sellers, la nueva lady Gwendolen, que había llegado la noche anterior. Le pareció muy bien vestida; su traje, de un corte irreprochable y de armonioso tono, estaba adornado con perfecto gusto. Aunque vestida con traje de mañana, le pareció deliciosa la muchacha, y comprendió al verla por qué el interior pobre y modesto de los Sellers tenía un sello de elegancia que agradaba á la vista. Sally Sellers era la maga, el hada bienhechora que deja un poco de ella por donde pasa, y que transforma todo lo que toca con su varita.

—Mayor Hawkins, le presento á mi hija, que viene al lado de sus padres á mezclar su dolor con el de ellos y ayudarles á soportar tan ruda prueba. Adoraba al difunto duque: hasta puedo decir que le idolatraba.

—Pero, papá, ¡si no le he visto nunca!

—¡Ah! es verdad, me he equivocado; te confundía con tu madre...

—¿Qué había yo de idolatrar á ese pobre idiota?

—No, soy yo quien le adoraba. ¡Pobre amigo! Éramos inseparables compa...

—¡Dios mío! Mulberry..., es decir, Rossmore... ¡Váyase al diablo ese nombre que me destroza la garganta!... Te he oído decir, no una vez, sino ciento, mil, que si ese individuo...

—Pensaba, en efecto... (la verdad es que no sé en qué pensaba); pero, en fin, esto tiene poca importancia; recuerdo solamente que alguien le adoraba: de esto estoy seguro...

—Papá, voy á dar un buen apretón de manos al mayor Hawkins para sellar nuestra amistad, que no data de ayer. Recuerdo muy bien haberte visto otra vez, mayor Hawkins, cuando era una niña, y me alegro de volverte á ver en casa como amigo de la familia.

Al hablarle, le miraba con sus bonitos ojos claros, que iluminaban su rostro.

Entusiasmado por la franqueza y amabilidad de la joven, Washington declaró que, lejos de haberla olvidado, se acordaba de ella tanto como de sus hijos; y para probarlo, trató de recordarla algunos detalles de aquel tiempo pasado; para realzar sus cumplidos algo enfáticos y cortados, añadió que su prodigiosa belleza le había dejado estupefacto, y que se preguntaba sin volver de su asombro si era aquella niña que conoció. Esta declaración agradó á la joven, que demostró al mayor una sincera amistad.

A decir verdad, la belleza de la deliciosa joven era de un tipo poco corriente, y merece que consagremos algunas líneas á su descripción. La verdadera belleza no consiste únicamente en tener ojos, boca y nariz regulares; reside en un conjunto de factores de colorido que pocas veces se encuentra. Tal era lady Gwendolen Sellers; el que la mirase un instante no podía cansarse de admirarla.

Completa ya la familia desde la llegada de la muchacha, se decidió el comienzo del duelo oficial: empezaría todos los días á eso de las seis (hora de la comida) y terminaría al final.

Es una digna estirpe, una respetable familia, mayor, que merece ser regiamen^{to} llorada... ¡Gwendolen!... ¡Ah! se ha marchado. Lo siento, quería el Gotha; lo buscaré yo, para mostrarle algunos detalles que le interesarán sobre nuestra casa. Acabo de hacer estudios heráldicos, y he descubierto que entre los sesenta y cuatro hijos naturales de Guillermo el Conquistador... (querida, ¿quieres pasarme ese libro?... en la mesa de mi despacho... ése...); decía, pues, que los Saint-Alban, Bucelang y Grafton nos preceden; todos los otros represen-

tantes de la nobleza anglosajona vienen detrás. Gracias, querida mía. ¡Ah! una carta dirigida á X. Y. Z... ¡admirable! ¿Cuándo ha llegado?

—Ayer por la noche; pero estaba durmiendo cuando volvieron ustedes; después me ocupé del desayuno de Gwendolen, y se me olvidó todo.

—¡Qué muchacha tan adorable! Su origen se ve en su gallardía, en su manera de andar, en sus facciones... Pero ¿qué dice? ¿Es interesante?

—No la he leído... Rossm... Rossm...

—¡Milord! dame ese diminutivo; es muy inglés y muy *chic*. Veamos, leamos la carta.

«De quién sabe. Creo conocerte. Espera diez días. Iré á Washington.»

Los dos hombres quedaron muy desconcertados al leer estas líneas.

Siguió un largo silencio; después el más joven dijo suspirando:

—Pero no podemos esperar diez días ese dinero.

—No: ese hombre es verdaderamente increíble. Estamos sin un céntimo.

—Si pudiéramos explicarle de alguna manera que tenemos prisa, que nuestro tiempo es precioso...

—¡Sí, sí! Le diremos que preferíamos verle llegar en seguida, y que...

—¿Qué?

—Y que... sabremos apreciar el servicio que nos presta...

—Eso es... y que le demostraremos nuestro reconocimiento de una manera...

—¡Perfectamente!... eso le hará venir. Al recibir una carta tan bien escrita, si verdaderamente es un hombre, si tiene los sentimientos, la delicadeza de un hombre de corazón, estará aquí dentro de veinticuatro horas. Pronto, papel, una pluma: hemos dado en el hilo.

A pesar de su seguridad, redactaron veintidós cartas, pero

ninguna de ellas les satisfizo; hallaban en cada una un vicio capital, capaz de despertar sospechas en el espíritu de Pete; sin embargo, preciso era imprimir á la misiva cierta nota de altivez, so pena de caer en términos demasiado rastreros. Por fin, el coronel emitió su parecer.

--He observado frecuentemente—dijo—en mi carrera literaria, que cuando se tiene algo que ocultar, lo mejor es disimularlo por completo y sin rodeos; es el mejor medio de exponer las ideas é imponer las teorías propias sin que el lector lo sospeche.

Hawkins asintió y dejó la pluma; ambos decidieron que esperarían, costara lo que costase, los diez días. Razonaron de la siguiente manera: puesto que podían contar con los cinco mil dolars, encontrarían seguramente el medio de tomar á préstamo, por lo menos con qué ir tirando aquellos diez días; para entonces habrían dado sus frutos las experiencias de exteriorización, y se habrían acabado las sombras, los apuros y todo lo demás.

Al día siguiente hubo algunos incidentes dignos de nota. Los restos mortales de los nobles gemelos del Arkansas fueron embarcados para Inglaterra y dirigidos á lord Rossmore, cargando el porte al destinatario, como se había convenido. El hijo de lord Rossmore, Kirkeadhighf Llanover Marjoribanks Sellers, vizconde Berkeley, se embarcó en Liverpool para América á fin de entregar los títulos y bienes ocupados por su familia al verdadero duque, Mulberry Sellers de Rossmore Tower (distrito de Colombia, E. U. de América).

Los dos barcos debían cruzarse cinco días después en medio del Atlántico, sin sospechar aquella rara coincidencia de circunstancias.

MARK TWAIN

(Continuará.)

CRÓNICA LITERARIA

El libro de la crueldad—Del cuartel y de la guerra, por M. Ciges Aparicio.—*Versos de varia edad*, por D. Juan Pérez de Guzmán.—Necrología: El poeta D. Antonio Grilo.

El Sr. Ciges Aparicio es un escritor que se ha dado á conocer hace pocos años. Viene historiando, ó mejor dicho, novelando, diversos episodios de su vida en una serie de volúmenes en que hasta ahora figuran tres obras: *El libro de la vida trágica—Del cautiverio*, *El libro de la vida doliente—Del hospital*, y *El libro de la crueldad—Del cuartel y de la guerra*, á las cuales parece que se agregará en breve otra: *El libro de la decadencia—Del periódico y de la política*.

Digo que el Sr. Ciges novela más que historia, no porque yo sospeche que lo ficticio predomina sobre lo real en sus narraciones, sino porque ha sabido comunicarles con notable acierto literario el colorido dramático y la animación propios de la novela. Al fin y al cabo, la novela que mejor comprende y que mejor puede trazar un escritor es la novela de su propia vida, aunque á muchos nos retraiga de escribirla la consideración de que no nos ha ocurrido cosa que merezca ser relatada. En lo cual es posible que erremos y que, por el contrario, acierte el Sr. Ciges, pues el interés de la novela más que en el intrínseco de los hechos radica en el que acierte á prestarles el nove-

lista. Es cuestión de profundizar, de extraer la poesía que encierran hasta los sucesos más vulgares, como en tierras áridas pueden alumbrarse las ocultas aguas de los manantiales que haya en las honduras del subsuelo.

En general, la vida de los contemporáneos es poco novelesca. La del Sr. Ciges lo ha sido algo más de lo general, porque fué soldado contra su gusto, y la vida del soldado es dada á aventuras que brindan materia novelesca. La principal de esas aventuras fué tal vez su prisión en la fortaleza de la Cabaña, de la Habana, por escribir una crónica para *L'Intransigeant*, de Rochefort, cuando el Sr. Ciges se hallaba sirviendo en el ejército de Cuba, hecho que por sí solo delata un carácter muy independiente. El libro *Del cautiverio* cuenta este episodio, que para el autor personalmente debió de constituir una experiencia molesta y poco apetecible, aunque fuera muy interesante desde el punto de vista del arte y de la observación de un medio social anómalo, extraño y monstruoso. El hecho es que el libro fruto de esa experiencia y esa observación, al cual le cae bien el antetítulo de *libro de la vida trágica*, es á mi parecer el mejor de la serie.

El de ahora, es decir, *El libro de la crueldad—Del cuartel y de la guerra*, cuenta, como indica su título, las impresiones del autor mientras prestó el servicio militar. Son las impresiones de un descontento. El Sr. Ciges no sentía vocación por la milicia, y si la hubiera sentido probablemente no hubiera querido ingresar en ella de soldado raso, sino siguiendo la carrera de oficial. En los ejércitos modernos, cualquiera que sea el sistema de reclutamiento, hay una separación mucho mayor que en los antiguos entre el cuerpo de oficiales y la muchedumbre de soldados. El primero es un cuerpo profesional, más ó menos científico, y permanente. El segundo carece de carácter profesional, sale de todas las profesiones y todas las clases de la sociedad allí donde rige el sistema del servicio obligatorio, y es un elemento transitorio que pasa por las filas para cumplir una carga impuesta por el interés colectivo. De ahí resulta

que el oficial ama su profesión é ingresa en ella con vocación generalmente, mientras que para el soldado el servicio no es una profesión abrazada con libertad (salvo el caso del voluntario), sino una obligación que el Estado le impone. Por otra parte, el soldado no tiene ya el estímulo de llevar el bastón de mariscal en la mochila, ni se da el caso de los antiguos hidalgos, amigos de aventuras, que iban á servir con una pica á Flandes. El paso de la masa amorfa de soldados al cuerpo de oficiales es cada día más difícil. Además de esto, el régimen de obediencia impuesto por la disciplina militar contrasta vivamente con el régimen de libertad de los Estados modernos. El ciudadano, durante el período transitorio en que es soldado, sufre una *capitis diminutio* de sus derechos, que á los espíritus inclinados á la rebeldía ó muy amantes de la independencia, no puede serles grata.

Todo eso explica el espíritu de descontento que á cada paso revela el libro del Sr. Ciges. En esta obra los hechos tienen mucha menos importancia que las impresiones. Cuenta el autor su vida en el cuartel, primero como soldado, luego como cabo y sargento; el viaje á Cuba y su participación en la campaña. En realidad, no asistió á ninguna función importante de guerra, ni refiere ningún acontecimiento extraordinario. El interés del libro, aparte de su buen estilo, está en el estado de alma que descubre el colorido realista de las escenas en él narradas y descritas. Es un documento psicológico digno de atención. Denota un manifiesto desamor al estado militar, y es por lo mismo parcial, tan parcial como sincero. De su experiencia de la vida de soldado no ha recogido el Sr. Ciges más que lo que ella encierra de antipático, molesto y censurable. Malos tratos de oficiales imperiosos y de clases poco educadas, rapiñas y brutalidades de soldados, fatigas, incomodidades, mala comida, suciedad, promiscuidades desagradables. Todo esto será verdad, pero no es más que un aspecto de la verdad. Si el libro hubiera sido escrito por un entusiasta de la milicia, las impresiones serían muy diferentes, y lo que el se-

ñor Ciges ha notado quedaría reducido á un accidente, á una imperfección secundaria.

En el mismo libro del Sr. Ciges puede observarse que el espíritu de protesta y de rebeldía, contenido por la coacción exterior, va disminuyendo cuando el autor pasa de soldado á clase, y puede á su vez mandar, y que esa repulsión á la vida de la milicia es menor en la guerra que en la paz. Demuestra esto lo accidental que es comúnmente el antimilitarismo, y me confirma en la creencia que tengo de que los grandes ejércitos modernos, especialmente si hay en ellos servicio obligatorio, es decir, si van á sus filas como soldados hombres cultos, en los cuales está mucho más desarrollado el espíritu de independencia que en un campesino ignorante, son semilleros de antimilitarismo. Las guerras van haciéndose cada día menos frecuentes. Y en tiempo de paz el servicio militar está muy lejos de la épica, y ofrece pocos motivos para el entusiasmo.

Tal vez llegará día en que las naciones que padecen aún las consecuencias del funesto legado napoleónico se vean obligadas, como medida de seguridad social, á volver á los ejércitos profesionales de antaño. El crecimiento del socialismo y de las tendencias anárquicas hace ya peligroso, y lo hará probablemente más cada día, ese trasiego de soldados que van á servir contra su voluntad, y que cuanto más intelectuales sean más vivamente suelen sentir lo que tiene de servidumbre el régimen necesario de la obediencia militar. El sistema de Inglaterra y los Estados Unidos, donde el ciudadano goza de la ventaja de no estar sujeto al servicio de las armas, sin que estas naciones cedan á las del continente europeo en patriotismo, ni siquiera en valor y aptitud para la guerra, podrá ser acaso el régimen militar de mañana. En todo caso, el servicio general obligatorio, que por ahora domina, es lo probable que en lo porvenir ofrezca tantos inconvenientes y peligros, que tengan que renunciar á él todas las naciones.

Cuando Alfredo de Vigny escribió su *Servitude et grandeur*

militaires, conservaban todavía los ideales colectivos y el espíritu de sacrificio una fuerza que al presente está quebrantadísima. Hoy, por lo general, el individuo no quiere sacrificarse, ó sólo consiente en sacrificarse lo menos posible por la colectividad; y como éstas se componen de individuos, tal estado de ánimo no puede menos de influir en ellas. Un intelectual soldado, y no por vocación, sino á la fuerza, difícilmente se sentirá contento con su estado. Hallará mil motivos de crítica que no existen para un hombre sencillo é ignorante; se juzgará superior ó, por lo menos, igual al oficial que le manda; será probablemente un mal soldado; y aunque cumpla exteriormente, porque no le queda otro remedio, estará deseando que llegue el día de verse libre de aquella sujeción. Es peligroso y nocivo para cualquier función que el que la desempeña lo haga contra su voluntad.

El Sr. Ciges es un intelectual, y un intelectual de ideas avanzadas. El espíritu de su libro es la consecuencia de esta premisa. Aunque *Del cuartel y de la guerra* parezca una obra muy antimilitarista, creo, sin embargo, que su antimilitarismo es circunstancial, y depende sencillamente de que el señor Ciges fué soldado, en vez de haber sido oficial, como correspondía á su clase y cultura. Las indicaciones favorables al sistema general obligatorio que hace algunas veces, la confesión de que si hubiera sido ascendido á oficial tal vez hubiera permanecido de por vida en el Ejército, amén de algunos otros pormenores del libro, me inclinan á la creencia de que, aunque el autor haya escrito gran parte de su obra en antimilitarista, no lo es en el fondo de su espíritu.

Literariamente, *Del cuartel y de la guerra* es un libro bien escrito, en que la narración es animada y sugestiva: un buen ejemplar de autobiografía novelada. Pero además de esto, es un documento interesante acerca de un estado de espíritu que seguramente no es peculiar y exclusivo del Sr. Ciges, y desde este punto de vista es una obra que deberían leer nuestros políticos, nuestros pastores de hombres... si los más de ellos no

estuvieran convencidos de que los libros no sirven para maldita la cosa.

*
*
*

Un ilustre colaborador de esta revista, el Sr. D. Juan Pérez de Guzmán y Gallo, que no ha mucho hizo su ingreso en la Real Academia de la Historia, acaba de reunir y dar á la estampa, bajo el título de *Versos de varia edad*, una colección de poesías escritas en diferentes épocas de su vida. Se ha hecho de esta obra una corta edición de 250 ejemplares, que no se venden, impresa con lujo y elegancia á expensas de un magnate amigo de las letras, el señor marqués de Jerez de los Caballeros. Se trata, pues, de un libro que, aparte de su mérito intrínseco, será buscado con interés por los bibliófilos.

En la copiosa labor literaria de un hombre como Pérez de Guzmán, que ha consagrado á los trabajos de la erudición histórica y de la discusión política una vida en extremo laboriosa, los versos pueden parecer, al menos á los ojos del vulgo, una bagatela, un recreo de las horas de ocio del espíritu. Pero estas composiciones merecen más alta calificación. Han sido un desahogo y un consuelo en las horas amargas que á menudo ofrece la vida, una manifestación clamorosa y entusiasta de sentimientos acendrados, y revelan una verdadera vocación de poeta, adiestrada en el estudio de los buenos modelos.

Precede á las composiciones poéticas una noticia biográfica del autor, suscrita por D. Alejandro Larrubiera, que por sí sola es un libro, y un libro muy interesante. Como el periodista político que llega á la altura que merecidamente alcanzó el Sr. Pérez de Guzmán no es sólo un espectador, sino un actor en la vida pública, este detalladísimo estudio biográfico es una excursión por la historia política y literaria contemporánea, desde los últimos años del reinado de Doña Isabel II al presente, en la cual desfilan ante los ojos del lector muchos sucesos y personajes de nota con los cuales tuvo alguna relación el autor de los *Versos de varia edad*. La corta fortuna que éste ha tenido en las luchas de la política confirma la lección de

experiencia que nos muestra cuánto más fácil es que medren las medianías osadas é insinuantes que los hombres

De un alma altiva, espléndida y serena,

como dice uno de los versos del soneto *A mi numen*, primero de los numerosos y excelentes que en esta colección figuran.

Pero mejor que ese estudio biográfico, con ser tan extenso y minucioso, retratan al autor sus *Versos de varia edad*. Se ve en ellos á un español amantísimo de su patria, hasta el punto de ser, con frecuencia, demasiadamente optimista en sus juicios, religioso sin fanatismo ni gazmoñería, amigo de la tradición y partidario de que la renueve y mejore el progreso, monárquico convencido y liberal templado; escritor aficionado á lo clásico, á *nuestro clásico*, pero abierto á las ideas modernas; espíritu culto, de tendencias aristocráticas y conservadoras, hombre rendido y galante con las damas, aficionado á las delicadezas del trato social de las clases elevadas; cortés y respetuoso con los prestigios sociales, y, sobre todo esto, de corazón sano, no agriado por las desventuras de una vida en que abundó la amarga flor del desengaño.

En estas poesías no hay sentimientos anormales, no suenan en ellas voces de rebeldía, no las nubla la duda, no las agitan convulsiones demoniacas á lo Baudelaire, ni las caldea un erotismo pagano. La inspiración corre por ellas serena y sosegada como límpido y claro río. Parecen resucitar en sus estrofas la melodía, el pensamiento y el decir de nuestros antiguos poetas, de los Garcilasos, los Herreras y los Argensolas.

El metro que predomina en estas composiciones es el endecasílabo, y las escritas en esta clase de versos son las mejores, aunque también hay algunas notables en octosílabos y otros metros menores. Las combinaciones métricas son, como los metros mismos, las tradicionales, las que hasta ahora han prevalecido en la poesía castellana. No hay modernismos de rima. El soneto es una de las formas preferidas por el Sr. Pérez de Guzmán, y entre los noventa y dos que en la colección figu-

ran muchos son de primer orden. El que se titula *En la Concha de San Sebastián* es un delicado y elegante madrigal. El antes citado *A mi numem*, *El Palacio del Banco de España*, *El cetro de la reina Isabel*, *A la patria española*, *La estatua de Salamanca*, *Atributos de un reinado*, *Málaga agrícola, industrial y mercantil*, son también sonetos excelentes, inspirados en asuntos políticos ó sociales, de los que sabe sacar el autor una grave y serena nota de belleza y poesía.

Hay en este libro poca lírica pura. El tema más lírico, el amor, está poco tratado en él, y cuando lo está es con moderado fuego, tal vez con más galantería que pasión. La lírica de los *Versos de varia edad* es una lírica mixta, en que se mezclan en no corta proporción elementos épicos y aun didácticos. Cosa que no es de extrañar, puesto que los géneros son clasificaciones que han hecho los retóricos y que, aunque no sean caprichosas, pues responden á ciertos caracteres reales que distinguen á unas obras de otras, son al cabo demarcaciones muy generales de confusas fronteras, que nada tienen de infranqueables. La noción de los géneros es una abstracción; pero los individuos, es decir, las composiciones comprendidas dentro de cada uno de esos tipos abstractos, son generalmente complejos y encierran muchos más elementos que los caracteres genéricos.

A medida que una literatura se perfecciona y se emancipa de los centones estrechos de reglas, volviéndose más espontánea é independiente, abundan más en ella las obras ó composiciones mixtas que participan de varios géneros, por donde parece que el progreso vuelve por vía de síntesis á la indiferenciación primitiva. Un poeta, por erudito que sea, al cantar aquello que le inspira no tiene el propósito de hacer, v. g., lírica que sea estrictamente lírica, ni con este cuidado se podría escribir una poesía que mereciera la pena de leerse. Lo que quiere hacer es una composición inspirada que exprese con elocuencia sus sentimientos.

El tono de las poesías del Sr. Pérez de Guzmán es majes-

tuoso y grave. Entre todas ellas no recuerdo más que una composición cómico-satírica. Los asuntos de los *Versos de varia edad* son también muy varios: hay composiciones religiosas, amatorias, descriptivas; pero las que predominan son las inspiradas en la vida pública, en las luchas políticas y sociales, y en las conquistas del progreso de las ciencias, artes é industrias. Puede decirse que el Sr. Pérez de Guzmán es el cantor de la España de Isabel II y de la Restauración, en sus personajes y en sus hechos salientes; cantor entusiasta y generoso que no ha regateado las glorias ni los aplausos.

Rimas excelentes, pensamientos altos, sentimientos nobles y bien expresados, con una gran riqueza de imágenes, decoran y ennoblecen estos *Versos de varia edad*, que son reflejo de una parte de la historia de la época, y que, sin estar escritos en romance, tienen algo de romancero contemporáneo.

*
* *

Viene siendo final obligado de estas crónicas, desde hace algunos meses, una necrología. Recientemente ha fallecido en Madrid D. Antonio Grilo, académico electo de la Española, y uno de los poetas más conocidos de su tiempo, aunque la sabida y piadosa máxima *de mortuis nisi bonum* no nos obligue á decir que fué de los mejores.

Su mérito principal fué la fácil y espontánea armonía de las rimas. Era un buen versificador y hombre de gran imaginación, aunque flotante y vaga. Fué poeta cortesano y de salones, para lo cual le ayudó, á más de su agradable trato y de sus talentos de sociedad, el ser un excelente recitador de versos. Composiciones suyas que leídas no producían gran impresión, recitadas por él parecían transfigurarse y adquirir bellezas ocultas.

Era un poeta sentimental, tierno, extremoso é hiperbólico, que sabía hacer lindos versos. Un crítico, al elogiárselos, porque hay muchas maneras de elogiar en el mundo, los compa-

ró, al parecer sin sombra de ironía, á brillantes pompas de jabón. Fué el cantor de lo bonito, un poeta ideal para abanicos y albums de damas sensibles y elegantes. Pero la brillantez musical de sus rimas vestía á veces espléndidamente el cuerpo algo raquítico de sus poesías. Y no puede negarse que el arte de versificar es una de las cualidades del poeta.

E. GÓMEZ DE BAQUERO

REVISTA DE REVISTAS

SUMARIO: COSTUMBRES: El arte del reclamo.—El mercantilismo y la estética en América.—LITERATURA: Los libretos de operetas y de danzas.—CUESTIONES POLÍTICO-SOCIALES: ¿Qué es el socialismo?—ESTÉTICA: Lo feo y sus caracteres contemporáneos.—PEDAGOGÍA: Las cantinas escolares.—ENSEÑANZA Y EDUCACIÓN: Conclusiones de una Asamblea.—IMPRESIONES Y NOTAS: De aquí y de allá.—La era de la brutalidad.—Las que trabajan para fuera.

COSTUMBRES

EL ARTE DEL RECLAMO.—El reclamo—dice Nino de Sanctis en la *Rivista d'Italia*—es como la mujer galante que con sus afeites y promesas os hace esperar el paraíso de las más mahometanas delicias y que luego en la intimidad, con la dudosa blancura de sus bajos y la triste pobreza de sus carnes, hace caer todas vuestras ilusiones; sin su aparato de guerra, aquella mujer no encontraría ni un perro que corriese tras ella, como el pedazo de jabón con que os laváis las manos no encontraría un comprador sin el reclamo correspondiente. Un hombre que se deja vencer por el reclamo y dominar por las grandes palabras es siempre un débil ó un avaro. No quiere esto decir que todos los hombres sean débiles; pues si hay millones de ingenuos que se dejan engañar, hay millones de sor-dos que ni al ruido de un cañonazo se emocionan. Pero el reclamo persiste siempre y se sirve de todo: palabras, colores, sonidos, pintura, escultura y música, siguiéndonos dondequiera como nuestra propia sombra.

Todo está hoy sometido al reclamo: la política, el arte, la

misma religión no pueden existir sin su apoyo. Hay varias especies de reclamo: la que sirve al desarrollo de la vida y á la prosperidad del comercio; la que hace reir, por su base de humorismo, y la que... no hace reir, con base de fraudes y de engaños, dignos á veces de ser castigados por el Código. Examinemos los dos últimos tipos de reclamo, pues del primero nada de particular hay que decir.

El autorreclamo es una de las formas más corrientes; así cierto Joe Chapple, editor de una revista yanqui, se presenta al público de este modo: «¿Conocéis á Joe Chapple, el muchacho que, saliendo sin un cuarto del Oeste, ha logrado ahora, después de haber pasado por todos los estados de la vida social, fundar una *Revista nacional*? Presidentes, ministros, magistrados del Tribunal Supremo, diplomáticos, senadores, representantes y gobernadores de los Estados de la Unión conocen á Joe Chapple, hablan de sus obras, escriben para su revista y solamente para ella; ninguna publicación puede compararse con la *Revista nacional*, porque no hay en el mundo más que un solo Joe Chapple». Y aquí el retrato del «hombre único» en magnífica fototipia.

Los que no tienen valor ó habilidad para alabarse á sí mismos se proporcionan alabanzas orales ó escritas de personajes dignos de crédito; así en Inglaterra un sacamuelas logró escogida clientela escriturando secretamente á un vizconde para que cantara sus loores entre sus amigos y conocidos. Reclamo de efecto seguro fué el siguiente billete enviado por una *cantaora* de café-concierto á los casados y solteros de una ciudad americana: «Querido señor: Hasta hoy nunca os he pedido ningún favor; hoy, por única vez, me atrevo á pedirlos uno: tened la cortesía de venirme á ver á la entrada del escenario del teatro-jardín Shea á las ocho de una noche cualquiera de la presente semana; llevad un girasol rojo en el ojal para que os pueda reconocer; no digáis nada á nadie de esta indicación. *Vuestra muchacha de la cabellera rubia*». A la entrada del escenario se vieron pocos girasoles; pero la sala estuvo llena

toda la semana para ver á la joven de la rubia cabellera.

También tuvo un éxito sensacional el discurso pronunciado en una Universidad americana por un aspirante al premio anual otorgado al autor del discurso más interesante pronunciado en la apertura del curso académico. El paraninfo estaba lleno de público escogido, y tras los discursos pronunciados por varios jóvenes inscritos como oradores apareció el aspirante mejor cotizado, el que suscitaba mayor expectación. «Señoras y señores—empezó diciendo, recorriendo con la vista aquel público selecto, pendiente de sus labios:—¿habéis usado alguna vez el jabón Pear?—Y tras esto hizo una pausa de varios segundos, que parecieron siglos á los estupefactos oyentes; y luego prosiguió:—¿No?... Pues si no lo habéis usado, debéis usarlo.» Y en seguida largó un magnífico discurso sobre la importancia de la publicidad, tan vigoroso y concluyente, que por voto unánime le fué adjudicado el premio. Era el sobrino del inventor del jabón.

Gastado ya el recurso de los grandes anuncios en la cuarta plana, los anunciantes agotan todos los recursos para hacerse leer. A lo mejor en tercera plana despierta nuestra curiosidad un título sugestivo: «La travesía del Niágara á nado», «Amaruras de una madre», «Dolores de un sacerdote», etc., y nos encontramos con un reclamo de un licor ó de una zapatería.

Entre los reclamos entretenidos están los anuncios de matrimonios, que no es cosa tan moderna como se cree. En el número del 9 de Mayo de 1812 del *Intelligenzblatt*, de Leipzig, se lee: «Cuatro muchachas, honradas y muy bellas, de diez y ocho á veinticuatro años, pertenecientes á una buena familia del campo, con dote de 3.000 *gulden* cada una, desean casarse para vivir en la ciudad; creen poderse afirmar buenas amas de casa porque están avezadas á todas las labores domésticas, y les importa más la honradez y la buena crianza de sus futuros maridos que su riqueza; para más informes, quien tenga menos de cuarenta años y esté libre de defectos físicos puede

acercarse á la redacción del periódico». Como se ve, aquellas doncellas se diferenciaban poco de las actuales.

Un periódico de Mónaco ofrece otro anuncio, que debe haber costado un pico por su longitud. «Según el calendario—reza el anuncio,—tengo ya sesenta años; pero apenas siento veinticinco. La mujer que quiera casarse conmigo debe tener de diez y seis á veinte años, hermosos cabellos, hermosos dientes y menudos pies; debe gozar óptima reputación y ser de familia estimada. Debe vestir con sencillez. Quiero que no lleve pendientes, ni cadenitas, ni sortijas, ni pantuflas, ni gorritos, ni rizos, ni cabellos postizos. Jamás debe hacerse los vestidos á la moda, porque nada es más detestable que ser mona de imitación; debe hacerse los vestidos según su gusto personal, sin hacer caso de las observaciones de quienes sigan la moda. Debe conocer la equitación, ó aprenderla si no la conoce. Nunca debe divertirse en bordar, porque este género de ejercicio manual sólo sirve para disfrazar la nulidad de la inteligencia. Debe, sin embargo, saber la música á la perfección. En mi casa será dueña absoluta. Yo me haré un deber de satisfacer todos sus caprichos razonables, porque me parece odioso que la mujer sea esclava del marido. Me debe seguir en mis viajes dondequiera que vaya, porque es vergonzoso que los hombres pasen los días y las noches en el café, mientras dejan á la mujer en casa aburriéndose sola. Al usar más arriba la palabra *debe* no he querido referirme á la idea de sumisión, sino sólo indicar un acuerdo, una convención en entera ventaja de la señora. El día del matrimonio recibirá 3.000 *gulden*; pero se obligará á gastar todos los años la renta, porque nada es más odioso que la avaricia. Nunca deberá bailar, porque me desagradaría ver á mi mujer saltar como una cabra. Si es rica, será dueña de todos sus bienes, pero deberá gastar todas las rentas, porque no conozco nada más estúpido que hacer economías... para los demás. ¡Gozar de la vida! Ese es el principio de mi filosofía.»

En otro periódico de Lody (Polonia rusa) se lee: «Soy una

honrada obrera; mi padre tiene cincuenta puercos, que valen, unos con otros, treinta rublos cada uno; el que quiera casarse conmigo, que se dé á conocer». Recientemente miss Clarmann, una americana, decía en un diario de Filadelfia: «¡Ciudadanos! ¿Permaneceremos indiferentes á la vista de una compatriota bien educada, que conoce la música, que posee todo cuanto un hombre puede desear, aunque esté reducida á buscarse un marido por medio de los periódicos? Adelantaos sin miedo; desde que el mundo existe, ningún corazón tímido ha sabido conquistar á una mujer hermosa». En otro diario de París dice otra soltera: «Yo soy una mujer hermosa; mi abundante y ondulada cabellera me envuelve toda como una nube; mi rostro es delicado y brillante como el terciopelo de las flores; sutil y flexible como un sauce es mi persona; soy bastante rica para poder pasar desahogadamente la vida al lado de mi esposo adorado; si encontrase un caballero afectuoso, inteligente, bien educado y de buen gusto, me uniré á él por toda la vida y con él tendré más tarde el placer de dormir el sueño eterno en una tumba de mármol de color de rosa».

Estos son los reclamos para las uniones «con buen fin»; no hablemos de los anuncios en que se ofrecen ó se solicitan protecciones más ó menos discretas y duraderas, porque sería el cuento de nunca acabar; y en cuanto á los reclamos... que no hacen reír, más vale no mencionarlos siquiera, pues sobre estar hartos de verlos en los periódicos (anuncios de panaceas, ofrecimientos de charlatanes y cosas semejantes) hay que convenir en que cada vez son menos los incautos que caen en las redes de tan burdos tramoyistas.

El reclamo curioso es el que nace de una semejanza, situación de la que á veces no deja de sacarse gran partido. Así; por ejemplo, un obrero tapicero de París que tenía gran parecido con Garibaldi recibió lo menos una docena de proposiciones de matrimonio de parte de señoras de gran posición, á las que no pudo acceder por estar casado. Cuando el famoso general Boulanger estaba en el apogeo de su gloria, un pobre con-

fitero de Montrouge pasaba malamente la vida en su tienda; por fortuna suya se parecía extraordinariamente al *brav'general*, y observada esta semejanza, su clientela aumentó en enormes proporciones, haciendo su negocio; y como si esto no bastara, una señora rica, prendada del general, se decidió á manifestar su pasión al confitero, y á falta del original se casó con la imitación, haciendo del pobre diablo el hombre más feliz del mundo. El tenor Mario recibió también un día una carta fogosa en que una linda dama le ofrecía su mano y su fortuna: Mario era casado; pero entre los comparsas de su compañía había un corista que se le parecía como un huevo á otro huevo; lo envió á la dama, y la señora tuvo que conformarse con la copia; y tres semanas después el mísero comparsa se convirtió en rico propietario.

* * *

EL MERCANTILISMO Y LA ESTÉTICA EN AMÉRICA. — El arte, según afirma en la *La Revue* Alberto Schinz, es incompatible con el mercantilismo; lo que hay es que las manifestaciones artísticas revisten otras formas, y pedir en América arte á la europea es lo mismo que pedir á un lapón que se vista como un ecuatorial. No hay vista más fantástica que la ofrecida, en una clara noche de Enero, á la hora del crepúsculo, por esas gigantescas construcciones yanquis que elevan á las nubes sus miles de ventanas brillantemente iluminadas; claro es que este espectáculo nada tiene de común con el de la catedral de Colonia, pero no por eso deja de tener su belleza.

América se distingue por su industria y su comercio. Wisby asegura (*Independent*, de Nueva York, de 4 de Febrero de 1904) que en los Estados Unidos se gastan 500 millones de duros anuales en reclamos; y Calkins y Holden estiman, en 1905, que lo gastado en anuncios y reclamos no baja de 600 millones de duros. Antes de la guerra civil se consideraba fabuloso un anuncio de 3.000 duros de la fábrica de balanzas Faírbank y Compañía; hoy es esa una cifra ordinaria; la misma casa gasta

hoy 750.000 duros (tres millones y medio de francos) en reclamos; la fábrica de jabón *Sapolio* gastaba en sus comienzos, hace treinta años, unos 30.000 duros anuales; hoy gasta en anuncios mil duros diarios; los grandes almacenes, del tipo del Bon Marché ó del Louvre, sacrifican en Nueva York más de cuatro millones de duros anuales con el mismo objeto. En Chicago, uno de estos almacenes, Sears Rœbuk y C.^a, distribuye por el correo catálogos que pesan cuatro libras, y que tienen 1.200 páginas á tres columnas; los gastos de correo de cada edición importan la suma fantástica de 640.000 duros.

Los precios más altos que se pagan por los anuncios son los de revistas: el *Ladies Home Journal*, de Filadelfia, tira un millón de ejemplares y lleva seis duros por línea de reclamo; como tiene cuatro columnas por página y es del tamaño de *La Ilustración*, cada página produce seis mil duros, y tomada en junto cuatro mil; el *Confort*, de Augusta, cobra á cinco duros línea, y la famosa combinación del *Butterik trio* (tres revistas de modas, *Delineator*, *Designer* y *New Idea*), exigen siete duros por línea con una circulación de 1.250.000 ejemplares. Las revistas ordinarias del tamaño de LA ESPAÑA MODERNA suelen llevar de 250 (*Century*, *Harper's*, *Scribner*) á 500 duros (*Munsey*) por cada página, siendo su circulación de 250.000 á 604.000 ejemplares. El *Munsey*, por ejemplo, tiene 75.000 duros mensuales de anuncios, y el *Ladies Home Journal*, 135.000. Las diez revistas más importantes perciben en junto al año más de veinte millones de francos por sus anuncios.

Los anuncios murales son también muy buscados, y se pagan según el sitio y el espacio, vendiéndose á razón de tanto el *sheet* (espacio de 60 por 70 centímetros). La compañía de *Force* (una preparación de cereales que sirven en el almuerzo sin necesidad de cocerla) ha arrendado 30.000 sitios para anuncios de 8 *sheets* de extensión, y 20.000 de 24 *sheets* por la suma de 25.000 duros mensuales; el precio más alto que se ha pagado por esta clase de reclamos es el de diez duros mensuales por

pie cuadrado, en una plaza de Nueva York. Las personas inteligentes en la redacción de reclamos cobran hasta 12.500 duros anuales, y lo mismo perciben los que saben arreglar un escaparate seductor.

Se calcula que el comercio americano invierte en anuncios el 5 por 100 de sus ganancias, y los más profanos comprenderán fácilmente la influencia de este hecho general en el desarrollo del buen gusto. Así, por ejemplo, puede citarse lo ocurrido con los bizcochos y galletas: hace unos años se vendían al detalle, estando las cajas abiertas; el cliente tanteaba y elegía, el vendedor cogía los bizcochos con la mano, los pesaba donde acababa de pesar otras cosas y los echaba en una bolsa de papel; el reclamo ha cambiado todo esto, y hoy la venta se hace en paquetes de determinado peso encerrados en papel higiénico é impermeable, metido en una cajita de cartón que á su vez se envuelve en otro papel de vistoso y elegante color con la etiqueta del comerciante. Hoy todo se vende así: azúcar, café, té, sal, arroz, etc., y en las casas más pobres penetra el gusto por la limpieza, el orden y la higiene, que es la estética de la vida práctica. Otro ejemplo lo encontramos en el arte del vestir. Hace unos años los clientes de los sastres americanos eran como los europeos, y solían vestirse á la medida; un hombre emprendedor observó que el 10 por 100 por lo menos de las personas que compraban trajes hechos no tenían las proporciones normales, y se puso á fabricar trajes para personas irregulares; metió ruido con sus reclamos, y logró colocar sus géneros en los almacenes de ropas hechas, y pronto se vió que el 50 por 100 de los clientes utilizaban aquellas confecciones; el hombre ensanchó sus operaciones, abarató sus géneros, extendió su clientela, y hoy la inmensa mayoría de los americanos compra trajes hechos; el resultado es que se compra más y se viste mejor, hasta el punto de que, comparada en conjunto una ciudad europea con una americana, se saca la impresión de que en Europa «parece que no hay más que pobres». Lo mismo que con los trajes ocurre con el calzado, la

ropa blanca y los muebles; y puede decirse que gracias al reclamo con sus exquisiteces y su ingenio, el gusto por lo bello se propaga y se difunde, mejorando las condiciones de la vida.

LITERATURA

LOS LIBRETOS DE OPERETAS Y DE DANZAS. — Al principio la opereta era una comedia musical cantada por comediantes afónicos. Una hermosa voz lo hubiera echado todo á perder; lo que se requería, ante todo, era que aquella voz fuese cómica, extraña, inverosímil; el inolvidable tenor Dupuis, del repertorio Offenbach, sólo cantaba con la nariz, y era exquisito; Berthelier poseía una voz que resonaba como un tam-tam, y Bra-seur padre tenía las cuerdas vocales como algodoadas... y aquello era sublime, pareciendo que se oía una trompeta taponada.

La primer opereta, según dice en *La Revue* Mauricio Vaucaire, fué *Picaros y Diego*, de Dupaty y Daleirac, representada el año 1809; pero la verdadera opereta apareció con *Don Quijote*, de Hervé, en 1847, llegando poco después á su apogeo con Offenbach. Duros fueron los comienzos de Offenbach, pero al fin obtuvo el privilegio para los Bufos Parisienses, y entonces pudo entregarse de lleno á sus composiciones, siendo su primer gran éxito *Los dos ciegos*, que se representó más de 400 veces. Las operetas, sin embargo, según el privilegio obtenido por Offenbach, no habían de tener más de tres personajes, y ésta era una restricción que limitaba sobremanera el campo de acción de los Bufos. Dos libretistas ingeniosos, Jaime y Trefeu, escamotearon la dificultad creando un personaje mudo que, tirando de una cuerda, sacaba de un cuévano que llevaba á la espalda el escrito que contenía sus réplicas; el efecto era realmente bufo, y tuvo gran éxito.

¡Qué lindos actos los de aquel tiempo! *Le moulin joli*, de Varney; *Les Pantins de Violette*, de Adolfo Adam; *Les six de-*

moiselles à marier, de Jonas; *L'Impresario*, de Rossini. Los más ilustres compositores no se desdeñaban de hacer sus piecitas juguetonas, y Flotow escribía *Pianella*, y Leo Delibes *L'Écossais de Chatou*, *Le serpent à plumes*, *Le rajah de Mysore*, etcétera. En 1858, Halevy y Cremieux dan la primera gran opereta, *Orfeo en los infiernos*, y poco después comienza Meilhac á producir las suyas, cuyo recuerdo vive todavía: *La bella Elena*, *La vida parisiense*, *La Perichola*, *Los bandidos* y *La panadera tiene cuartos*, esta última algo injustamente olvidada, pues tiene escenas cómicas de primer orden.

Se asegura que Offenbach ordinariamente componía su música antes de que le entregaran el libreto; marcaba el ritmo definitivo, y el libretista tenía que ajustarse á él; á veces se le antojaba intercalar un aire hebraico, de los que hay muchos en sus operetas, y había que seguirle. Meilhac y Halevy fueron tildados de iconoclastas por haber parodiado el Olimpo; Julio Janin lanzó el anatema, y maldijo á los traidores que así profanaban las obras maestras y los recuerdos clásicos de la Mitología y la leyenda épica.

Las grandes operetas pueden dividirse en dos series: las de antes y las de después de la guerra franco-prusiana, añadiendo á las citadas ya *L'œil crevé* (1867), *Chilperic* (1868); *Le petit Faust* (1869), de Hervé; *Le canard à trois becs*, de Jonas; *Les turcs*, y las piezas de Cœdès, Clairville, Grangé, Jaime, Siraudin y Lambert-Thibous; tenemos el repertorio de la primera serie, del que es tipo, con *Orfeo y Telémaco*, *La gran duquesa de Gerolstein*, á cuyas representaciones asistieron Bismarck y Moltke acompañados por Mac-Mahon; Bismarck se divirtió grandemente con aquella sátira de las pequeñas cortes alemanas, y á cada momento exclamaba, volviéndose á Moltke: «¡Eso es! ¡Así es! Está bien cogido».

Pasada la guerra, había que consolarse, y una legión de libretistas se encargó de ello; y *La fille de madame Angot*, de Lecoq, en 1873; *Eloïsa y Abelardo*, de Litolff, y *La petite Mariée* abren la nueva era, á la que pertenecen *La Mascota*, *Miss*

Helyett y *La muñeca*, de Audrán; *Verónica*, de Gavarni; *Los saltimbanquis*, de Ganne, y tantas y tantas otras, algunas de las cuales, como *Los mosqueteros*, han producido 300.000 francos de derechos, aunque, generalmente, el trato que hacen los editores es el de dar 2.000 francos al libretista y 20.000 al compositor, salvo los derechos de autor percibidos por la Sociedad, que los distribuye por mitad entre ambos.

Las pantomimas y las danzas, con raras excepciones, son de más difícil colocación; hay casos como los de *Coppelia* y *Excelsior*, pero son excepcionales, como lo es la pantomima terrorífica *La mano*, de la encantadora rubia dinamarquesa Carlota Wiehe. Conviene, sin embargo, de cuando en cuando tener un baile de gran espectáculo y asistir á una pantomima.

CUESTIONES POLÍTICO-SOCIALES

¿QUÉ ES EL SOCIALISMO?—El socialismo, según Alfredo Fouillé (*Revue Bleue*), es proteiforme y difícil de encerrar en una definición. Hay socialismo, según León Bourgeois, cuando «á la lucha entre actividades que se suponen absolutamente independientes, se sustituye la asociación entre seres que conciertan voluntariamente sus actividades para desarrollar la actividad de cada una en la armonía del conjunto y para el mayor bien de todo». Esto es confundir el socialismo con la moral y el orden legal.

Millerand dice que «el objeto del socialismo es la abolición de las clases, para que el *asalariado* se eleve á la dignidad de *asociado*». Ese objeto lo persiguen también los reformistas liberales sin ser socialistas, y puede llegarse á ese resultado, en efecto, sin establecer el colectivismo, ni menos el comunismo. El socialismo, añade Millerand, quiere que «en la nueva humanidad la propiedad individual sea, no suprimida, sino transformada, y tan ensanchada, que sea para cada hombre como su prolongación natural y necesaria sobre las cosas, el

instrumento necesario de su vida y de su desarrollo»; eso es hablar como todos los economistas y todos los juristas que quieren democratizar la sociedad.

Según las definiciones algo más precisas de Durkheim y Belot, el socialismo «es una tendencia á transformar (brusca ó progresivamente) las funciones económicas del estado *difuso* en que se hallan en estado *organizado*», para lo cual sustituye la anarquía económica actual, sostenida por la competencia sin freno, por un sistema público de cooperación en el que la sociedad interviene para limitar ó desplazar esa competencia, llevándola á los méritos de las personas, en lugar de hacerla pesar exclusivamente sobre la ley del mercado. Tampoco esto es el socialismo; esa intervención de la sociedad existe hoy y ha existido siempre por leyes y sanciones, y el paso del estado difuso al organizado es efecto que se produce por la libertad individual y la libre asociación de las libertades individuales. El socialismo implica un autoritarismo en el terreno de los intereses, y puede definirse, según Fouillet, «el ensayo (¿y por qué no el sistema?) para realizar por medio de leyes y sanciones un ideal social, ya de orden económico (socialismo materialista), ya de orden intelectual y moral (socialismo idealista)».

Sabido es que las tres funciones económicas son: *el consumo*, objeto final; *la producción*, primer medio, y *la distribución*, término medio. De ahí tres especies de socialismo: el sistema que quiere que el consumo sea común y esté arreglado por la comunidad es el *comunismo*, que implica también comunidad de producción y de distribución; es, por decirlo así, el socialismo íntegro, en que la sociedad interviene en las tres funciones económicas. ¿Retrocedéis ante el comunismo? Pues á mitad del camino os encontráis con el *colectivismo*, que es la socialización de la producción, ó por lo menos de los instrumentos de producción. La mayor parte de los socialistas sostienen con Marx y Jaurès que el colectivismo desemboca necesariamente en el comunismo; pero no hay tal cosa: se concibe

perfectamente que la producción pueda ser colectiva y el consumo individual. Y hasta puede haber un socialismo sencillo, reducido á la intervención del Estado en la distribución para limitar ó suprimir sus desigualdades.

Hay en sociología confusiones de ideas difíciles de evitar, porque los derechos envuelven intereses, como los intereses implican á su vez derechos: la propiedad es una idea económica y jurídica; la reglamentación jurídica de la propiedad no es socialismo, pero sí lo es su reglamentación económica y aun moral. El socialismo quiere que intervenga la colectividad en nombre de intereses colectivos de orden económico ó moral; el sociólogo quiere que intervenga la colectividad en nombre de la justicia científicamente comprendida y de la protección del derecho. Si se consulta la historia, se ve que las ideas *morales, jurídicas y sociales*, pero no las *socialistas*, son las que han traído los modernos progresos de la conciencia humana, de las costumbres y de las leyes.

La antigua escuela económica consideraba equivocadamente el contrato de trabajo como una simple relación entre personas que se suponían dotadas de igual libertad; hoy estimamos que hay además una relación de cosas de que no se puede prescindir: quien no tiene instrumentos de trabajo no puede trabajar; y reconocer esto no es ser socialista. Los colectivistas cantan victoria por la legislación del trabajo, representándosela como una serie de conquistas del socialismo. No hay tal cosa: cada una de esas leyes es una conquista arrebatada al socialismo precisamente, pues de los principios ordinarios del derecho común, el legislador ha sabido deducir medidas que nada tienen de colectivistas. No hay que dejarse engañar por las apariencias. El hombre de estudio debe ser sociólogo y partidario resuelto de todas las medidas reparadoras que tiendan á mejorar el estado actual; pero no debe alistarse en ningún bando político ni social, sea individualista ó socialista.

ESTETICA

LO FEO Y SUS CARACTERES CONTEMPORÁNEOS.—Así se titula un artículo de la *Revue Bleue*, firmado por Peladan, en el que afirmando ante todo que la forma viva tiene tres caracteres, la especie, el individuo y la expresión, y reconociendo que respecto á las cualidades de la especie todos están de acuerdo en que son la salud, la juventud y la proporción, declara que en cuanto al individuo las opiniones son muchas, y en cuanto á la expresión, que suscita las más vivas contradicciones, siendo la menos evidente de las categorías.

Dejemos á un lado este pisto de especies, individuos y expresiones, que ni aun guisado por Peladan es digestible, y vengamos á la más concreta de sus conclusiones: la de que la vida contemporánea es fea, y hay que volverla la espalda para llegar á la belleza.

El hombre actual no tiene cabellera; con la cabeza calva ó con los pelos en brocha como los esclavos romanos, ha renunciado á ese marco natural del rostro que convertía en un Apolo al príncipe de la Rovere ó al banquero Altoviti. Todo el mundo conviene en que el «tubo de chimenea» ó sombrero de copa alta es una invención desatinada; pero de un extremo á otro de Occidente ese tapatesta ridículo, apagaluces simbólico de toda plasticidad, reina sobre los cráneos civilizados, como el frac del jefe del Estado se iguala con el del último camarero.

El arte no puede sacar nada de una época en que la uniformidad se impone como la primera conveniencia social. La consagración de Napoleón por David no vale seguramente lo que el Matrimonio del Dux con el Adriático; pero es noble, comparado con nuestros cuadros oficiales, que parecen instantáneas de comicios agrícolas.

En la calle encontramos dos tipos característicos, el ocioso y el obrero: la distinción de los primeros, los dandys, ha sido celebrada en las novelas, pero no deja huellas en el lienzo ni

en la estampa; en cuanto al obrero, nada tiene de típico; su blusa y su gorra no dan ninguna línea interesante; el torso del deshollinador y del pinche y los brazos del mozo de mudanza no se diferencian de los de un buen modelo profesional; en cuanto á la gesticulación de los oficios, hay que unirla á los gestos del sembrador y del orador y á las demás invenciones de hombres de gabinete que no han visto nunca un taller ni un campo. En todo esfuerzo habitual, el hombre despliega el gesto más económico de fuerza y de tiempo, el más corto, por decirlo así, y se atiene á él; mientras que el arte busca el gesto más largo y más lento.

Si buscamos un resto de intensidad en las formas profesionales, la fealdad aparecerá más dominante todavía: hasta en las últimas castas de traje, el clero y la milicia, seguiremos la evolución que viene á parar en lo informe. ¿Cómo se ha elegido y mantenido la casulla latina mientras se ha dejado la griega con sus airosos pliegues? La sotana del cura pegada al busto y de manga estrecha sustituye al manto romano, contradiciendo á la misma conveniencia sacerdotal, que impone la amplitud del vestido y la anchura de las mangas. ¿Y qué decir de los *suizos*? Hay que recordar á Offenbach al contemplar esos ridículos muñecos de opereta con alabarda y bastón de tambor mayor que vienen golpeando las losas de la Magdalena y luciendo sus blancas pantorrillas.

La misma decadencia ha sufrido el traje militar; los que han visto el ejército de Napoleón III y ven el actual, dudarán que se trate de la misma raza. No se trata de las razones prácticas en que se hayan inspirado esas reformas: lo positivo es que el carácter profesional se va borrando, y que la belleza plástica de los antiguos uniformes se ve reemplazada por la fealdad de los modernos.

El gesto depende del traje, y las formas no son ya expresivas: de levita, de chaqueta ó de blusa, el lirismo parece fuera de tono, las grandes frases suenan falso y los grandes gestos resultan ridículos; la escena del balcón de Romeo y Julieta

sería risible con trajes del Bon Marché. No se comprende un Hamlet entonando en terno gris la gran meditación del «ser ó no ser».

La vulgaridad no se interpreta: no habrá nunca quien illustre *L'Assommoir* de un modo valedero. En estos tiempos de instantáneas, el artista y el esteta pueden convencerse por innumerables documentos que la contemporaneidad no suministra ningún elemento de arte, y que los que hablan de pintar el tiempo presente manejan todos una pluma y no un lápiz.

PEDAGOGÍA

LAS CANTINAS ESCOLARES.—Cuando por primera vez los amigos del niño y de la escuela, conmovidos por la frecuencia de los casos en que los escolares que no regresaban á sus casas hasta la caída de la tarde y llevaban su cestita para comer, la encontraban vacía y disimulaban su hambre para no descubrir la miseria de sus familias, acudieron al Ayuntamiento de París en 1877 pidiendo se sirviera á esos niños algo caliente en las escuelas, la petición fué rechazada; el mal persistió y creció á medida que la población de París aumentaba, y el 5 de Febrero de 1881 el Ayuntamiento concedió una subvención de 6.000 francos para las primeras cantinas escolares; de aquellos modestísimos comienzos se ha llegado al presupuesto actual, en el que las subvenciones para tan humanitario servicio pasan de un millón de francos.

En muchas otras ciudades de Francia se ha implantado con éxito la misma innovación, y en la población diseminada del campo, gracias á la iniciativa del inspector Moreau, se ha establecido la «sopa caliente de mediodía» de un modo tan práctico como económico: los alumnos llevan por las mañanas en su cestita un puñado de legumbres limpias, todas las cuales se echan en un gran barreño colocado á la puerta de la clase; un chico de los mayores de la escuela lava las legumbres y las

echa en una marmita con agua, sal y grasa, y á las once y media está lista una excelente sopa juliana; cada alumno coge su pan, echa la sopa en su bol y la come; luego friega su cacerolita para el día siguiente, y así el maestro nada tiene que hacer. Para los gastos de grasa y lumbre cada chico entrega de 15 á 25 céntimos mensuales, y ese es todo el mecanismo. En algunos pueblos, en lugar de la sopa juliana se hace arroz con leche; los niños llevan su botellita de medio litro, y los Municipios ó los patrocinadores de la escuela facilitan el arroz y el azúcar; y no hay que decir lo contentos que con esta reforma están los escolares á quienes afecta.

Los precios de coste de las comidas—según el artículo de Augusta Moll-Weiss, directora de la Escuela de las Madres, de donde tomamos los datos—varían según las poblaciones: en Lyon se vende la ración á 15 céntimos, en Tarbes á 10, en Burdeos de 5 á 10, según se desee un plato ó dos, etc. En París el precio de coste es de 14,80 céntimos, y se vende de 10 á 20 céntimos, según los barrios, á los padres que lo pueden pagar; y luego los Municipios, las cajas escolares, la beneficencia y los particulares compran bonos y los entregan para su distribución al maestro. El desarrollo adquirido por las cantinas es enorme: en 1903, sólo el distrito 17 de París ha servido 325.417 raciones gratuitas y 112.350 de pago, y en 1904 el distrito 20 ha servido 667.667 de las primeras y 331.903 de las segundas, lo que da un total de más de un millón de almuerzos sólo en un distrito de París.

Augusta Moll-Weis quisiera introducir algunas reformas en los refectorios: mayor limpieza en las mesas, que hubiera manteles ó servilletas, que los niños estuvieran más separados, que tuviera cada uno su vaso, su cuchillo y su tenedor; que cada cantina tuviera su máquina de pelar patatas y su prensa-puré; detalles interesantes sin duda, y á los que con el tiempo se llegará, pero que en nada afectan á los fines esenciales perseguidos con esta humanitaria innovación.

La lista de platos varía según los días; he aquí las canti-

dades que se requieren por cada 100 niños en las escuelas primarias:

Lunes: 10 litros de lentejas, 3 kilos de chipolatas (salchichas) y 250 gramos de sangre de cerdo (saindoux).

Martes: 7 kilos y medio de carnero, 35 litros de patatas y 250 gramos de sangre.

Miércoles: 6 kilos de macarrones, 1,250 de Gruyère y 750 gramos de manteca.

Jueves y sábado: 8 kilos de carne, 60 gramos de legumbres frescas y 2 kilos de arroz.

Viernes: 7 kilos y medio de carnero, 10 litros de judías y 250 gramos de sangre.

En las escuelas maternas del mismo grupo escolar la lista y las cantidades por cada 100 alumnas son las siguientes:

Lunes y jueves: 6 kilos y medio de carne, 50 gramos de legumbres frescas y 1,200 kilos de arroz.

Martes: 5 kilos de macarrones, 1 kilo de Gruyère y 600 gramos de manteca.

Miércoles: 8 litros de lentejas, 2 kilos y medio de chipolatas y 200 gramos de sangre.

Viernes: 8 litros de judías, 250 gramos de chipolatas y 200 gramos de sangre.

Sábado: 6 kilos y medio de carnero (deshuesado por el carnicero), 30 litros de patatas y 250 gramos de sangre.

Del estudio de estas listas se deduce, según Augusta Moll-Weis, que esta alimentación es inadecuada por no adaptarse a las necesidades ni a las fuerzas de los niños, y que es insuficiente. No es asimilable, porque los estómagos de los niños son todavía incapaces de digerir las lentejas y las judías; porque las chipolatas, hechas de sangre de cerdo y grasientas, son muy pesadas, y porque la carne no la pueden todavía masticar bien. Son insuficientes, porque cada niño necesita recibir en su comida 1.200 calorías y sólo recibe de 620 a 780.

Para disputar a la tuberculosis el dominio de estos niños importa mejorar su alimentación. Se dirá que eso es cosa de

los padres, pues harto hacen ya el Estado y los Municipios con darles lo que les dan; pero si los padres no pueden completar esa alimentación y se desinteresan cada vez más de sus hijos, ¿qué hacer si se quiere salvar esas vidas? Cueste lo que cueste, hay que alimentarlos suficientemente, acabando la obra empezada. Los pueblos que todavía no han establecido cantinas escolares, ó donde esta institución no se ha generalizado, podrán discutir si conviene ó no la adopción de esta reforma social; lo que no puede discutirse—y menos con el ejemplo de Francia á la vista—es que, una vez lanzada la sociedad por ese camino, hay que ir hasta el fin, pues en otro caso los padres descansan en la tutela del Estado, y el Estado descansa en la obligación natural de los padres; y no cumpliendo ni unos ni otro sus deberes para con los niños, éstos son los que en definitiva resultan sacrificados.

ENSEÑANZA Y EDUCACIÓN

CONCLUSIONES DE UNA ASAMBLEA.—En la Asamblea celebrada este año por la Asociación de Catedráticos de Instituto de España, se han votado, entre otras, las conclusiones siguientes, según vemos en *La segunda enseñanza*, órgano de la Asociación que tiene el honor de dirigir el que escribe esta sección de LA ESPAÑA MODERNA.

Proyecto de ley de bases de la enseñanza.—1.^a La Asamblea estima que el proyecto de ley de 29 de Mayo de 1903, por lo que á la segunda enseñanza se refiere, constituye un lamentable retroceso que nos llevaría en derechura al período anárquico que siguió á la revolución de 1868; el interés de empresa, sobreponiéndose á todo otro interés, haría de la enseñanza un campo de explotación, que rebajando el nivel intelectual de la juventud, mataría toda fecunda iniciativa. Los Establecimientos oficiales quedarían reducidos á la categoría de Establecimientos docentes de Beneficencia, sin medios ni

recursos para la lucha, en igualdad de condiciones, con los Colegios privados, especialmente los de las Ordenes religiosas, y éstos absorberían toda la matrícula, con grave daño de la cultura nacional, y con notoria perturbación de las buenas relaciones hasta el presente existentes, en general, entre la enseñanza pública y la privada. El Estado no puede ni debe desprenderse de sus facultades directivas, ejercidas en materia de enseñanza por el Profesorado oficial, reclutado por el Estado mismo, con arreglo á las leyes y disposiciones que ha tenido á bien dictar, y depositario de la confianza del Estado.

2.^a No es necesario dictar ninguna nueva ley sobre libertad de enseñanza, puesto que, con arreglo á la Constitución, todo español puede dedicarse á enseñar, sometiéndose á las disposiciones vigentes.

Proyecto de ley de Autonomía universitaria. — 1.^a La Asamblea aplaude el espíritu en que se inspira el proyecto de ley de 21 de Diciembre de 1905, lo acepta en todas sus partes y sólo desea se introduzca en el mismo una modificación, en conformidad con la legislación vigente, establecida precisamente á instancias de la Asociación de Catedráticos, y en consonancia con los principios mismos del proyecto llamado de «Autonomía universitaria». La modificación se refiere al primer párrafo del art. 40 del Proyecto, que debe ponerse en armonía con el art. 17 del mismo, pues lo que en esta materia se dice del Rector de la Universidad, que debe ser elegido por el Claustro, es perfectamente aplicable al Director del Instituto, no habiendo razón para que el Rector sea nombrado á propuesta del Claustro y el Director sea de nombramiento directo del Gobierno.

2.^a El cargo de Director de Instituto debe ser de nombramiento Real, pero debiendo recaer en un Catedrático numerario, mediante propuesta *unipersonal* del Claustro; el Director cesará en su cargo cuando la mayoría del Claustro así lo acuerde, pidiéndolo á la Superioridad.

3.^a El cargo de Secretario debe ser desempeñado por un

Catedrático numerario, ó á falta de éste, si ninguno lo aceptara, de un Auxiliar elegido por el Claustro á propuesta en terna del Director del Instituto, debiendo también cesar en su desempeño cuando la mayoría del Claustro así lo acuerde.

4.^a Ambos cargos serán desempeñados durante un número de años que no pasará de cinco, siendo reelegibles sus titulares.

Carácter de la enseñanza.—Se procurará dar á la enseñanza de las asignaturas en los Institutos el carácter más sencillo y práctico posible, evitando también los excesos del memorismo y la tendencia á convertir la cátedra en tribuna. Para esto, además de dotar del material necesario á todas las clases, aumentando al efecto la exigua consignación del presupuesto, adoptarán las medidas siguientes:

1.^a La Asamblea, agradeciendo profundamente que sus aspiraciones hayan sido atendidas en el Real decreto de 6 de Noviembre de 1903, que estableció las *Salas de estudio*, lamenta que por deficiencias materiales, por falta de local y por no haberse arbitrado al efecto los recursos que [propuso en previsión de lo que luego ha ocurrido, no haya podido implantarse esta reforma en todos los Institutos con los excelentes resultados que ha dado en Barcelona, Canarias y otros puntos donde se ha establecido. Insistiendo en sus acuerdos, afirma que para que la enseñanza sea una verdad y para que el trabajo del alumno y el del Profesor sean tan provechosos como debe desearse y alcancen su mayor eficacia, conviene crear en los Institutos *clases prácticas y de repaso* á cargo de Auxiliares y Ayudantes, y bajo la dirección de los Profesores titulares.

2.^a Al efecto, cada Profesor destinará media hora por lo menos á *ejercicios prácticos y de preguntas*, y si los alumnos de la clase exceden de 50, serán divididos en secciones para este trabajo, á cargo de los Auxiliares numerarios y de los Ayudantes y Repetidores que sean precisos á juicio del Claustro, siempre bajo la dirección del Catedrático de la asignatu-

ra, á quien incumbe la responsabilidad de los resultados que se obtengan.

3.^a Para atender al gasto que originen los experimentos y prácticas, y para ofrecer al personal auxiliar alguna recompensa de su trabajo, todos los alumnos oficiales y los libres que deseen asistir como oyentes abonarán como *derechos de prácticas cinco pesetas*, por una sola vez y para todas las asignaturas del curso, destinadas íntegramente á la adquisición y reposición de material en los Institutos en que por no exceder de 50 alumnos la matrícula no hay necesidad de aumentar el personal, y *diez pesetas*, abonadas en Noviembre y Febrero, y destinadas, la tercera parte á la adquisición y reposición del material, y las otras dos terceras partes á la retribución de los Ayudantes y Pasantes que hayan prestado el servicio de prácticas y repasos. Estos derechos serán *obligatorios* y se percibirán al hacer la matrícula.

4.^a El Claustro de cada Instituto entenderá en todos los pormenores de ejecución de este servicio, dando cuenta anual del mismo á la Subsecretaría, y formulando cada Catedrático las propuestas correspondientes para el nombramiento de los Ayudantes y Pasantes de su asignatura.

5.^a En los Institutos donde no los haya, debe el Gobierno preocuparse con urgencia de habilitar locales adecuados para los ejercicios prácticos y salas de estudio, con el fin de que la enseñanza dé los mejores resultados.

Enseñanza de lenguas vivas.—1.^a Para la enseñanza de las lenguas en general, vivas y muertas, convendría establecer, ya como Sección de la Facultad de Filosofía y Letras, ya como Facultad aparte, un Centro educativo especial de Filología y Lingüística, que fuera el plantel del Profesorado de Lenguas.

2.^a Mientras se llega á este desiderátum, debe exigirse el título de Licenciado para ser admitido á las oposiciones á Cátedras de Lenguas vivas, como ya se ha establecido en las Escuelas de Comercio, pues no hay razón para mantener la legis-

lación de 1857 cuando las circunstancias han variado, y cuando las oposiciones á Cátedras demuestran la existencia de gran número de Licenciados en excelentes condiciones para desempeñar Cátedras de idiomas, estando asimismo comprobado que los extranjeros indocumentados que suelen dedicarse á la enseñanza de su lengua nativa carecen de condiciones de cultura general, son generalmente desecho de su nación ó aventureros sin escrúpulos, y suelen dar malos resultados, no pudiendo esperarse que vengan á España profesores extranjeros acreditados y cultos por falta de aliciente, dada la exigüidad de nuestros sueldos, ni siendo, por otra parte, precisa esa importación, cuando lo que en España sobra son Licenciados y Doctores preparados para la enseñanza de idiomas.

3.^a Convendría crear pensiones para el extranjero, á fin de que todos los años pasaran en aquellos países una temporada cierto número de Profesores, refrescando sus conocimientos y perfeccionándose en el cultivo del idioma correspondiente, para que estas enseñanzas tengan siempre el carácter predominantemente práctico y de aplicación que debe caracterizarlas.

Intervención del Estado en la enseñanza privada.—El Estado debe intervenir en la enseñanza privada en lo relativo á la seguridad é higiene de los edificios y para garantizar la aptitud de los alumnos: lo primero puede hacerlo tal como está dispuesto en la actualidad por el Real decreto de 1.^o de Julio de 1902, sin más que facilitar todo lo posible los reconocimientos para ocasionar los menores gastos á los Colegios; lo segundo no puede hacerse sino mediante el examen del alumno por los Profesores oficiales, que son los que representan al Estado, y ante los cuales no cabe distinguir entre alumno privado ó de Colegio y alumno libre ó suelto, pues todos ellos son exactamente iguales, no teniendo por qué preocuparse el Tribunal examinador de la procedencia de los examinandos, sino de si merecen ó no la aprobación con una calificación ó con otra.

Material científico.—La consignación para material científico y fomento de Gabinetes, Laboratorios y Bibliotecas es tan

exigua, que en la mayoría de los Institutos puede considerarse como ilusoria, siendo absolutamente imposible dar á la enseñanza el carácter práctico que debe tener, por falta de recursos para reponer el material antiguo y para adquirir el material nuevo. La Asamblea llama respetuosamente la atención del Ministro sobre este lamentable estado de cosas, rogándole aumente la partida destinada al material, ó bien, si no hubiera otros recursos, establezca un módico derecho, que podía ser el de una peseta por asignatura y alumno, con destino á la reposición y adquisición de material científico.

Ingreso en el Profesorado.—1.^a El ingreso en el Profesorado, ya como Auxiliar, ya como Catedrático, debe ser siempre por oposición, mientras no se establezca el Seminario central de Profesores ó Escuela central de Pedagogía.

2.^a Las oposiciones para plazas de Auxiliar deben hacerse entre Ayudantes. Las Cátedras se proveerán, dos vacantes por oposición libre y una por oposición entre Auxiliares y Sustitutos de Catedráticos jubilados en cada Sección, á menos de que la experiencia demuestre que el establecimiento de este turno da malos resultados, pues en este caso es preferible la oposición libre, sin privilegios de ninguna clase y que permite la más acertada selección.

Escuela de Pedagogía ó Seminario de Profesores.—Sin perjuicio de mantener el principio legal de la oposición como medio *único* de ingreso en el Profesorado, sería conveniente *ensayar* una reorganización de las Facultades de Filosofía y Letras y de Ciencias, ó bien crear un organismo especial si se estimara preferible, aunque esto sería más costoso, á fin de dotar á España de un Centro de cultura pedagógica que, con uno ú otro nombre, fuera el verdadero plantel del Profesorado de Institutos, Escuelas Normales y Facultades profesóricas.

Este Seminario ó Escuela no debería admitir más alumnos que los calculados para atender á las necesidades ordinarias de la enseñanza; estos alumnos ingresarían por oposición,

practicarían rigurosos ejercicios de examen, teóricos y prácticos, orales y escritos, llevarían á cabo trabajos originales de investigación, pasarían un año en el extranjero, pensionados decorosamente, y saldrían con el título de Agregados á una Cátedra para desempeñar, con sueldo, funciones de Auxiliares hasta que ascendieran por concurso á la categoría de Catedráticos.

De este modo aseguraría el Estado la existencia de un personal selecto de Profesores á la altura de la elevada misión social que les corresponde desempeñar, y podría atender holgadamente á este servicio, dotando con esplendidez al nuevo organismo de todo el material necesario para tenerlo siempre al corriente de todos los adelantos, con las economías que podría obtener en los gastos de oposiciones y reducción de Facultades. Con este nuevo organismo no tardaría en elevarse el nivel intelectual de la juventud, y el impulso que recibiría la cultura nacional llegaría hasta las últimas capas sociales.

Oposiciones á Cátedras.—1.^a Deben simplificarse los ejercicios de oposición, reduciendo su número á los estrictamente necesarios para apreciar el caudal de doctrina del opositor y sus condiciones pedagógicas, dejando siempre un ejercicio discrecional para que cada Tribunal pueda completar su juicio y un ejercicio complementario, sólo aplicable en los casos dudosos, para decidir con acierto sobre la preferencia de determinados opositores cuya colocación resulte dudosa.

2.^a Las oposiciones deben hacerse en lo posible durante el período de vacaciones del verano.

3.^a Todas las oposiciones deben hacerse en Madrid.

4.^a La Asociación de Catedráticos de Instituto entiende que no puede haber verdadera competencia para el juicio acertado en las oposiciones más que en los Profesores de la misma asignatura y del mismo orden y grado de enseñanza que la vacante, y por ello cree que los Tribunales para oposiciones á Cátedras de Instituto deben formarse con sólo *Catedráticos de la misma asignatura* de estos establecimientos, con

inclusión de los jubilados y excedentes que no se hallen inutilizados para estos trabajos, *turnando todos por orden riguroso del escalafón* en este servicio, que debe ser robustecido en cuanto á las garantías de mayor acierto, excluyendo al final de cada ejercicio á los que se hubieren inutilizado en el mismo y votando públicamente, *al final de cada sesión*, la declaración de aptitud de los que hubieren actuado, con publicidad inmediata del resultado de la votación; fresca la impresión en el Tribunal y en el público, sería imposible rendirse á las sensiblerías y menos á los compadrazgos, y la justicia de los fallos sería evidente, teniendo en todo caso su sanción inmediata.

5.^a En el caso en que los Tribunales de oposición se compongan, contra lo que se pide en la conclusión anterior, de Catedráticos de Universidad y Catedráticos de Instituto, se dará la preferencia para la presidencia y para la colocación á los que tengan mayor categoría administrativa y académica, y en igualdad de circunstancias al que acredite mayor antigüedad en una y otra.

6.^a En ningún caso puede admitirse que un Académico, por el solo hecho de serlo (y mientras subsista la legislación actual, que les otorga indebidamente un puesto en los Tribunales), ocupe lugar preferente al de ningún Catedrático, debiendo únicamente figurar antes de los llamados *competentes*.

Cambios de asignaturas.—1.^a Está reñido con todo principio de justicia y con toda buena doctrina pedagógica, que al Catedrático que tiene una titular compleja se le prive del todo ó parte de su asignatura para encomendarla á otro Catedrático, infiriendo así una doble lesión: al titular de la asignatura por despojarle de lo que es suyo, y al no titular por recargarle con un trabajo que no le corresponde y para el que con frecuencia es incompetente. La enseñanza se resiente con tales informalidades, y al Profesorado se lleva la alarma con semejante conducta. La Asamblea desea que se respete á cada Catedrático en su cargo mientras subsista en los planes de en-

señanza la materia de que es titular, aun cuando varíe su denominación oficial, y que no se repita jamás lo ocurrido con los Catedráticos de Latín y Castellano y de Matemáticas.

2.^a También es aspiración de la Asamblea que, al crearse una asignatura nueva, como ha sucedido con el Derecho ó con las Nociones de Teoría é Historia de las Bellas Artes, no se imponga su explicación á un Catedrático de determinada asignatura en todos los Institutos, sino al que, por sus títulos, sus publicaciones y sus notorias aptitudes, sea el llamado á desempeñar mejor el nuevo cargo, sea cualquiera la Cátedra que viniera desempeñando.

Pase á Facultad de los Catedráticos de Instituto. — 1.^a La Asociación de Catedráticos reclama el restablecimiento de lo dispuesto en la ley de Instrucción pública (art. 227), sobre el derecho de los Catedráticos de Instituto á pasar por concurso á Cátedras de Facultad. Este derecho, consignado en la ley, y gracias al cual figuran en el escalafón actual de Universidades veintidós Catedráticos procedentes de Instituto, que no son de los que menos honran al Profesorado universitario, no ha sido derogado por ninguna disposición; pero el ejercicio de ese derecho se ha hecho imposible, burlándose así capciosamente el principio establecido en la ley, por el Real decreto de provisión de Cátedras, en el que se ha suprimido el turno de concurso.

La supresión de ese turno constituye un atropello evidente del derecho de los Catedráticos de Instituto y una manifiesta infracción de la ley. No tiene, por otra parte, justificación ninguna, pues á las Cátedras de Facultad sólo podrían pasar Catedráticos de Instituto de asignatura análoga que fueran Doctores, y con tales requisitos es evidente que, no sólo no se perjudicaría la enseñanza, sino que en muchos casos saldría beneficiada, por ser, en términos generales, mucho mayor la *competencia demostrada* de un Catedrático de Instituto que la de un Catedrático de Facultad de asignatura análoga: iguales ambos en ciencia *presunta*, por sus títulos idénticos de Docto-

res, el Catedrático de Facultad ha obtenido, en general, su Cátedra en una lucha fácil, á veces sin lucha alguna, mientras que el Catedrático de Instituto ha tenido que obtenerla en lucha reñidísima, que le ha obligado á profundizar en la materia (aunque luego sólo enseñe la parte elemental), tanto por lo menos como el Catedrático de Facultad; en nada, por tanto, le es inferior, y no hay razón alguna para mantener esa infracción de la ley, contra la que protesta enérgicamente la Asociación de Catedráticos.

2.^a Mientras se obtiene del primer Ministro que seria é imparcialmente quiera ocuparse en este asunto, el restablecimiento del imperio de la ley, la Asociación acuerda que los Catedráticos de Instituto que sean Doctores y se hallen en condiciones de presentarse á concurso de Cátedras de Universidad presenten sus instancias, á fin de recabar, ó una Real orden de admisión, ó una denegación que, agotando la vía administrativa, les permita acudir á la vía contenciosa, siendo costeadado por la Asociación de Catedráticos el pleito que al efecto se entable.

Exámenes.—1.^a Los exámenes, contra lo que opinan pedagogos de la extrema izquierda y de la extrema derecha, que en este punto coinciden por diversas causas, desconociendo la realidad los unos, y sabiendo demasiado los otros el partido que pueden sacar de la supresión de los exámenes, entiende la Asamblea que son absolutamente necesarios: en el *ingreso* del alumno, para juzgar de su suficiencia y determinar su aptitud con relación al segundo grado de la enseñanza que desea emprender; al fin del estudio de cada *asignatura*, aunque ésta esté dividida en varios cursos, para declararle suficientemente instruído en ella; y al terminar el *bachillerato*, para apreciar si está ó no suficientemente preparado para recibir un título que le habilite para seguir una carrera ó dar por terminada su instrucción en las materias propias de la cultura general, indispensable á toda persona que aspire á pasar por regularmente culta.

La supresión de cualquiera de estos exámenes producirá hondísima perturbación en la enseñanza, por lo cual la Asociación de Catedráticos cumple el deber moral de llamar acerca de ello la atención de los Poderes públicos, dado que su silencio respecto á punto tan esencial no sería explicable, ni revelaría otra cosa que temor de exponer sus convicciones más arraigadas y mejor comprobadas por la experiencia.

2.^a El grado de Bachiller debe subsistir como término racional del período discente que se encierra en la enseñanza secundaria, del mismo modo y por las mismas razones que existen los grados de Doctor y de Licenciado al final de los períodos de la enseñanza superior; la supresión de los grados implicaría el inmediato abandono por los alumnos del estudio de cada asignatura una vez aprobada, dejando así faltos de trabazón y de unidad el conjunto de los conocimientos necesarios para cada título, y la privación al Profesorado de conferir el grado académico correspondiente al término de los estudios de su cargo, menguaría grandemente el prestigio necesario para la conservación de su dignidad profesional.

3.^a Los exámenes de *ingreso* deben versar sobre las materias de la primera enseñanza, y constar de un ejercicio escrito y otro oral; el escrito debe ser eliminatorio, y al pie del mismo debe cada Juez estampar su calificación con su firma, estando los trabajos escritos á disposición del público en la Secretaría del establecimiento respectivo para mayor garantía de imparcialidad.

4.^a En los exámenes de *asignaturas*, debe distinguirse entre los alumnos oficiales y los no oficiales: respecto á los alumnos *oficiales*, vistos los buenos resultados obtenidos por la reforma del Conde de Romanones, debe continuar el régimen vigente, sin otra alteración que la de que cada Catedrático consigne diariamente en un libro de notas, que se custodiará en la Secretaría, las calificaciones que hayan merecido los alumnos á quienes haya preguntado, con las faltas de asistencia y de comportamiento que cometan los que figuren en su lista,

para de este modo poder asegurar la regularidad del trabajo de Profesores y de alumnos, y dar una base formal y fehaciente á la calificación definitiva del curso, estimulando el celo de todos desde el primer día lectivo.

En cuanto á los alumnos *no oficiales*, debe mantenerse el ejercicio escrito, pero con carácter *eliminatorio* y con la condición de que cada Juez estampe al pie la calificación que le merezca, con su firma, quedando los ejercicios expuestos al público para satisfacción de todos; esta medida aseguraría la lectura y examen de esos ejercicios, que hoy no se hace porque, englobados con el oral y el práctico para la calificación, no tienen verdadero valor probatorio. La Asamblea se anticipa á reconocer que esta medida sería sumamente impopular en sus comienzos, y es seguro que originaría protestas y reclamaciones sin número, provocando su adopción violentos artículos en contra, de la prensa periódica, y numerosas peticiones de las Cámaras y de los padres de familia, pues su primer resultado será aumentar considerablemente el número de los alumnos suspensos; pero habiendo valor para mantenerla, la Asociación de Catedráticos tiene el convencimiento de que sería la medida más eficaz para sanear la enseñanza en todos sentidos, pues facilitaría la inspección, la imposición de castigos y la depuración del personal, fortalecería á los débiles de voluntad dándoles armas para defenderse de toda clase de recomendaciones é imposiciones, y serviría de poderoso estímulo á todos los buenos educadores, oficiales y privados: el primer año la tempestad de protestas que suscitaría sería terrible; pero arrostrada la primera impopularidad, al segundo año comenzarían á tocarse los efectos, y al tercero se entraría en la normalidad y nadie se presentaría á los exámenes sin la preparación suficiente.

Como es evidente que la adopción de esta medida, con la consiguiente impopularidad para el Ministro que la adoptara, se hace punto menos que imposible con la inestabilidad de los Ministerios y de los Gobiernos, que casi nunca permite recoger

el fruto de una reforma á su autor, que sólo recoge los sinsabores y espinas que proporciona en sus comienzos, la Asamblea desearía que esta medida se adoptara poniéndose de acuerdo los Jefes de los partidos gobernantes, para que no fueran de temer retrocesos lamentables, obteniendo de momento una popularidad tan fácil como perniciosa, derogando uno lo que otro estableciera.

5.^a En los exámenes de *grado* deben mantenerse los dos ejercicios actuales: uno de Letras y otro de Ciencias, cada uno de los cuales debe constar de una parte escrita y otra oral y práctica, sin que pueda pasarse de una parte del examen á la otra ni de un ejercicio á otro sin haber obtenido la aprobación de los anteriores.

6.^a El alumno libre puede estudiar el Bachillerato en los años que su inteligencia y su laboriosidad le consientan, sin otras limitaciones, para evitar posibles abusos de padres egoístas, y posibles exageraciones de jóvenes precoces, que las de la edad para el grado, la prelación de asignaturas indiscutiblemente enlazadas por orden de prioridad y la ampliación discrecional de pruebas para las enseñanzas prácticas; con estas garantías estima la Asamblea que quedan á salvo todas las conveniencias legítimas y todas las verdaderas necesidades.

Programas de examen.—1.^a Los exámenes deben hacerse por el programa del Profesor respectivo en cada Instituto, lo cual no coarta la libertad de los alumnos no oficiales, puesto que debe á éstos permitírseles que se presenten á examen en el Instituto que quieran, sea cual fuere el punto en que residan. Esta libertad debe ser limitada únicamente por las disposiciones necesarias para evitar que el alumno oficial traslade su matrícula, dentro del mismo curso, sin causa muy justificada, y para que el no oficial se inscriba por asignaturas sueltas en el mismo curso en distintos Institutos.

2.^a Todo Catedrático podrá redactar el programa correspondiente á su asignatura, desenvolviendo con plena libertad de exposición y método las materias de estudio contenidas en

el cuestionario-índice del Gobierno, ó adoptar el programa de cualquier otro Catedrático.

Tribunales de examen.—1.^a Los Tribunales de examen estarán constituidos por tres Catedráticos numerarios: el de la asignatura ó quien hiciere sus veces, según la ley, y dos de la misma Sección, cuando de exámenes de asignaturas se trate. Si en algún Instituto hubiere, además de los estudios generales del Bachillerato, algunos otros, como los del Magisterio, Comercio, Artes é Industrias, etc., el Profesorado de estos estudios NO PODRÁ intervenir en los exámenes sino cuando, teniendo el título académico correspondiente (Letras ó Ciencias), sea necesario su concurso, por acuerdo del Claustro, motivado exclusivamente por la falta de personal facultativo en el establecimiento.

2.^a Los Auxiliares del Instituto podrán formar parte de los Tribunales de examen de asignaturas cuando por escasez del personal numerario así lo acuerde el Claustro.

3.^a En los exámenes del grado de bachiller sólo podrán intervenir los Catedráticos numerarios de estudios generales.

4.^a Los Tribunales serán los mismos para los alumnos oficiales y para los no oficiales, como acontece en Universidades, Escuelas superiores y especiales, sin que los Profesores privados, muy respetables ciertamente, pero representantes al cabo de un interés particular, ligado casi siempre á otro industrial, deban tener en este caso más intervención que la alegación, cuando posean título, de viva voz ó por escrito, del juicio que de sus alumnos tengan formado, funcionando como asesores del Tribunal para el mayor acierto de sus decisiones.

Cuerpo de examinadores.—1.^a La creación del Cuerpo de examinadores, á que aspiran con fines distintos ciertos elementos, debe rechazarse con energía, por ser perturbadora, porque implica en el Estado una desconfianza hacia el Profesorado oficial, representante del Estado mismo, de todo punto injusta, constituyendo un atentado á sus derechos y á su pres-

tigio, y porque daría los malos resultados que dieron las personas extrañas introducidas en los Tribunales en la época revolucionaria, y sería, por lo tanto, contraproducente para el fin que con ella se persigue.

2.^a Sólo los Catedráticos numerarios, como representantes del Estado en la enseñanza, son los capacitados legalmente para desempeñar la delicada misión de examinar.

3.^a Los Catedráticos, nombrados por el Gobierno con arreglo á las leyes, mediante las pruebas de aptitud que, según los tiempos, ha tenido á bien exigirles el Estado, no reconocen en nadie aptitudes ni competencia superior á la suya para el examen de sus asignaturas respectivas.

4.^a Si esos examinadores no habían de probar previamente su competencia, su aptitud sería recusable; y si habían de probarla, seguramente no se les exigirían más requisitos que á los Catedráticos, en cuyo caso serían sencillamente unos Catedráticos más, pero sin Cátedra y sin la experiencia que con el ejercicio de la Cátedra se adquiere para juzgar á los alumnos.

5.^a En todo caso, los examinadores tenían que ser hombres, pues el Estado no dispone de ángeles; y como tales hombres, estarían sujetos á todas las debilidades y pasiones inherentes á la condición humana, no habiendo razón ninguna valedera para presumir que los vicios de que pudiera adolecer la función de examinar, ejercida por cada Catedrático en su asignatura, no fueran los mismos, por lo menos, cuando la ejercieran otros.

6.^a La pretensión de formar los Tribunales sólo por Catedráticos, pero con exclusión del titular de la asignatura objeto del examen, combinación echada á volar por quienes á todo trance pretenden desprestigiar al Profesorado, creyendo halagarle, y patrocinada por no pocos profanos é inexpertos neólatras, es una pretensión descabellada que revela bien á las claras el fin que se persigue, y que dejaría subsistentes todos los males que se quieren remediar, con más el que na-

cería de privar á cada Tribunal de su elemento más competente.

7.^a La creación del Cuerpo de examinadores, de cualquier modo que se organizara, con elementos tomados del Profesorado oficial ó de fuera de él, nos llevaría en derechura á entregar la enseñanza á las Corporaciones religiosas, soliviantando así los ánimos, encendiendo las pasiones políticas y dando lugar á gravísimas perturbaciones. La Asamblea de Catedráticos cumple el deber de señalar de antemano á los Gobiernos este peligro, salvando así su responsabilidad moral.

Premios á los alumnos.—Debe volverse al sistema de la oposición ó examen especial comparativo para la adjudicación de los premios á los alumnos. Este sistema ofrece mayor suma de garantías y de seriedad, y evita abusos posibles, siempre lamentables. Por el sistema vigente es muy difícil acertar, especialmente en clases numerosas, y los premios se dan sin elementos suficientes de juicio y con gran exposición de incurrir en errores irreparables.

Libros de texto.—Los abusos en materia de libros de texto, abusos que afortunadamente no son tantos como se cree, pero sí lo son en número bastante para haber producido cierta justificada alarma en la opinión, produjeron la ley, todavía en vigor, que suprime los textos; esta supresión, sin embargo, es una pura ficción, y los males que con ella se intentaron remediar, lejos de desaparecer, han tomado mayor incremento, pues con el pretexto de no haber libros de texto, los explotadores de la enseñanza creen tener carta franca para hacer cuanto les acomode, ya que ahora no tienen siquiera la traba de la aceptación de los Claustros, que antes existía.

Demostrada la ineficacia del actual sistema y la necesidad de no volver la espalda á la realidad, que se impone siempre á todo decreto y á toda ley, la Asociación de Catedráticos declara:

E. M.—Agosto 1906.

1.º Que el libro de texto es absolutamente necesario en la segunda enseñanza (1).

2.º Que el libro de texto no es ni debe ser otra cosa que la condensación por escrito de la explicación oral del Profesor.

3.º Que el texto único, si fuera posible llegar á la violencia de su imposición, sería un atentado flagrante á la libertad de la Cátedra y á la libertad de conciencia, mataría las pocas iniciativas plausibles que hoy existen, ahogaría en germen todo estímulo para el trabajo y la investigación, constituiría el más odioso de los monopolios, lesionaría intereses dignos de todo respeto por muchos conceptos, tanto de Catedráticos como de editores y libreros, y, en último resultado, sería una ficción más, por ser imposible la imposición de doctrinas, de métodos y de procedimientos, que supondría el texto obligatorio único.

4.º Que con el texto único, además de los daños indicados, y del consiguiente rebajamiento del nivel intelectual de Profesores y alumnos, se facilitaría el pernicioso trasiego de estudiantes en busca del aprobado, allí donde encontrarán mayor benevolencia.

5.º Que siendo libre cada Catedrático para exponer sus ideas en la Cátedra de que es titular, tiene que dejársele plena libertad para consignarlas por escrito.

6.º Que esta libertad debe estar condicionada por las leyes, de modo que no se consientan en el libro de texto ni *errores notorios* é indubitables que falseen la doctrina, ni *faltas evidentes* de redacción que corrompan el gusto, ni *precios noto-*

(1) El Sr. Jiménez de Bentrosa, en la Asamblea de 1905, declaró francamente haber ido al Instituto, cuando obtuvo la Cátedra dos años antes, con propósito firme de ser enemigo de todo texto; pero á los ocho días sus convicciones empezaron á vacilar, y á los quince se convenció de la necesidad absoluta de la existencia del libro de texto para los alumnos de segunda enseñanza, pues en otro caso ó se cae en las garras de los confeccionadores de apuntes, explotación mucho peor que la peor del peor libro de texto, ó se hace punto menos que imposible la enseñanza.

riamente excesivos que truequen lo que debe ser ganancia legítima en indigna explotación, ni *extensión evidentemente desmesurada é impropia* que desnaturalice la enseñanza.

7.º Que para garantizar el cumplimiento de estas condiciones que deben tener los libros de texto, y aunque lo mejor sería dejar á cargo de los Claustros la formación de Tribunal de honor para el Catedrático que lo mereciera, se puede aceptar el señalamiento en cada libro de un máximo de precio, oyendo al interesado y teniendo en cuenta todos los datos que suministre, sin perjuicio de comprobarlos por una Junta competente, compuesta de Catedráticos de Instituto, de Universidad y Académicos, en la que hubiera siempre mayoría de especialistas en la materia del libro sometido á su examen, y á quienes se retribuiría con una cuota por pliego de impresión de cada obra examinada, cuyo importe acompañaría cada autor, editor ó propietario á la solicitud en que pidiera su admisión como obra de texto; esta Junta se limitaría, en cuanto á la *redacción*, á consignar en su informe si había ó no incorrecciones notorias, señalándolas; en cuanto á la *doctrina*, á señalar también si existían ó no errores indiscutibles y evidentes en materia NO OPINABLE; y en cuanto al *precio*, á señalar su máximum, teniendo en cuenta las condiciones materiales de la edición; el informe de la Junta, con las firmas de sus individuos, se publicaría al frente de cada obra para mayor garantía de todos.

8.º Debe prohibirse la venta de libros y programas á los dependientes de los Institutos, considerándose incompatible la profesión de librero y la de dependiente de cualquier establecimiento de enseñanza oficial.

Vacaciones.—1.º El curso escolar debe durar desde el 1.º de Octubre hasta el 31 de Mayo, destinándose el mes de Junio y los días que se necesiten de Julio á los exámenes ordinarios, y la segunda quincena de Septiembre á los extraordinarios.

La prolongación del curso más allá del 31 de Mayo ó su comienzo antes del 1.º de Octubre, sobre ser impopular, no daría

resultado ninguno, por estar suficientemente demostrado que, en un país tan cálido como España, el trabajo en los meses de verano es en general infructuoso y enervante, y por lo tanto antipedagógico.

2.^a Deben aumentarse los días útiles del curso, acortando las vacaciones de Navidad y reduciéndolas del 18 de Diciembre al 6 de Enero, que es el período clásico y el que mejor responde á las exigencias de la realidad y de las costumbres escolares tradicionales.

Instituto modelo.—Para responder á la altísima misión educadora asignada por la opinión y por la ciencia á la llamada *segunda enseñanza*; para refutar cumplidamente la harto extendida creencia de que la enseñanza oficial es inferior á la privada; para demostrar de un modo fehaciente que ni el Profesorado español ni los alumnos españoles son inferiores á los extranjeros, si se les pone en condiciones iguales de desenvolvimiento y aplicación de sus facultades nativas; para que España cuente con un establecimiento siquiera donde puedan hacerse ensayos de planes y reformas con plenitud de medios y recursos, la Asamblea de Catedráticos acuerda excitar al Gobierno á que cree en Madrid un nuevo Instituto, que no sea un Instituto más, con todas sus deficiencias y rutinas, sino un *Instituto modelo*, con todas las condiciones exigidas por la moderna pedagogía en establecimientos de esta clase; con locales espaciosos para todas las necesidades de la enseñanza en aulas, laboratorios, gabinetes, biblioteca, salones de estudio y de recreo, patios cubiertos, jardines, campos de experimentación y de ejercicios y estudios al aire libre; con organización especial para el internado y con todo el material exigido por la pedagogía novísima para toda clase de enseñanzas, ensayos, experimentos y ejercicios.

El Profesorado de este Instituto, reclutado del modo que ofreciera mayores garantías de acierto, estaría sometido á un Reglamento especial, lo mismo que los alumnos, y una vez demostradas las ventajas de la nueva organización y corri-

dos los defectos ó errores que hubieran podido cometerse, podrían crearse Institutos análogos en otras capitales hasta llegar á la transformación definitiva y completa de nuestros arcaicos establecimientos en sus condiciones materiales y en su organización interna.

Institutos españoles en el extranjero.—Considerando la grave contrariedad que constituye para las familias españolas residentes en países extranjeros la imposibilidad en que hoy se hallan de que sus hijos sigan en ellos los estudios de la Segunda Enseñanza con validez académica;

Teniendo en cuenta los daños que resultan de este estado de cosas para el sostenimiento entre nuestros expatriados del espíritu de españolismo y la mengua para el nombre español de que no haya establecimientos en que se sigan estudios con carácter oficial en las poblaciones donde la colonia española es numerosa, cuando en ellas se puede casi siempre aprobar académicamente los estudios secundarios y aun otros, de otras naciones, como ocurre en España mismo, donde la «Alianza francesa» sostiene Liceos en varias capitales cuyos estudios alcanzan validez oficial en su país;

Considerando el alto interés pedagógico, científico y patriótico que tendría para los progresos de nuestra cultura docente la convivencia de parte del Profesorado español con Profesores extranjeros fuera de nuestros dominios;

La Asociación de Catedráticos numerarios de Instituto propone al Gobierno:

1.º Que se creen en París, Buenos Aires y la Habana, por lo menos, Institutos generales y técnicos oficiales, con el mismo plan vigente en España, simultaneado con el propio para la segunda enseñanza de cada uno de los países en que dichas capitales radican. Se sostendrán con el producto de su matrícula, reforzado con el del internado y media pensión, que en ellos debe establecerse; y el pequeño déficit que al principio pudiera tener cada uno sería sufragado por las respectivas colonias españolas, sin perjuicio de que además el Estado

subvencionara debidamente su instauración y sostenimiento.

2.º Que pueden también ser creados Institutos en análogas condiciones en todas las poblaciones extranjeras donde la colonia española lo solicite y asegure su sostenimiento por manera análoga á como la legislación vigente en España permite á Diputaciones y Ayuntamientos la creación y subsistencia de Institutos y de Facultades.

3.º Que en Argel, Orán, Tánger y demás poblaciones de Argelia y de Marruecos donde se juzgue oportuno, se permita la matrícula de la enseñanza no oficial colegiada, hecha en el Instituto que determine para cada población el Ministro de Instrucción pública, dando á los exámenes de los Colegios existentes en cada población validez académica con las garantías necesarias en la forma que el Gobierno estime más conveniente, sin obligar á los alumnos á abandonar para ello su residencia.

4.º Que se favorezca en la forma que se juzgue más conveniente (por subvenciones á escuelas determinadas ó envío de maestros y Profesores) la conservación y difusión de la lengua española y del amor á España en los países donde hablándose otra lengua, se mantiene viva la tradición castellana entre importantes núcleos de población, como ocurre entre los judíos del Oriente de Europa.

Compilación legislativa de Instrucción pública.—Lo intrincado y confuso de nuestra legislación y la imposibilidad material de consultarla por estar agotados casi todos los *Anuarios* publicados, impone la necesidad de proceder á su compilación. La Asociación de Catedráticos vería con gusto la publicación en un solo volumen de todo lo que realmente está vigente en materia de Instrucción pública, declarándose derogado todo lo no contenido en dicho volumen para que sirviera de punto de partida conocido para la actual y futura legislación.

IMPRESIONES Y NOTAS

DE AQUÍ Y DE ALLÁ.—¿Qué es el *pragmatismo*?—Willian James lo define en la *Revue de Philosophie* como el sistema que se funda en la relación que existe entre la significación de un pensamiento y la conducta que es capaz de inspirar al adoptarlo.

—Carlyle y Schopenhauer detestaban el *ruido*, considerándolo como el peor de los males de la civilización moderna. Rice, por su parte, en el *Forum*, de Nueva York, protesta enérgicamente contra los perturbadores del silencio y de la tranquilidad, y reclama la supresión de los gritos, silbidos, campanillazos, toques de bocinas y de sirenas, pregones y voces que perturban la vida en las grandes ciudades, comprometiendo la salud general de sus habitantes. Para demostrar los daños del ruido, ha abierto una información, y todos los consultados, médicos, directores de hospitales, higienistas y sociólogos, están conformes con sus conclusiones.

—Los resultados obtenidos por las *cantinas escolares* de París inspiran á Elliott, en la *Nineteenth Century*, de Londres, graves reflexiones, pues si bien es cierto que esta reforma facilita la asistencia escolar, es á costa de un gasto enorme que grava sobre los contribuyentes, harto recargados ya, y que da medios á los padres para eludir su responsabilidad, desentendiéndose de sus hijos y relajando los lazos de la familia. En Londres, las cantinas escolares, á razón de 25 céntimos por comida—y teniendo que atender por lo menos á 150.000 niños,—implicarían un aumento de gastos de 75.000 francos diarios, gravamen insoportable que produciría un verdadero desastre.

—El desarrollo de la *raza negra* sigue siendo objeto de graves preocupaciones en los Estados Unidos. Bookes Washington entiende en la *North American Review* que debe perseverarse en el camino seguido de la educación del negro de

modo que su existencia no sólo sea tolerada, sino apetecida, por su utilidad, por los blancos. Los negros se propagan con mayor rapidez que los blancos, y no hay que pensar en su exterminio ni en su absorción. Hoy son diez millones los negros existentes en los Estados Unidos, y dentro de veinticinco años serán quince ó diez y seis millones. Hay que aceptar los hechos como son, y procurar sacar de ellos el mejor partido.

* * *

LA ERA DE LA BRUTALIDAD.—Estamos, por lo que asegura Jaime Lux en la *Revue Bleue*, en plena era de brutalidad. En Francia, el país clásico de la cortesía, jamás se ha visto la nación tan dividida y tan animada contra sí misma. Cada ciudad tiene sus partidos y sus banderías que se atacan groseramente, empleando con descaro sin igual las peores armas: la injuria y la calumnia. La lucha de los partidos trasciende á la vida privada, y la contienda política es contienda de industriales y de comerciantes, que se recriminan y se insultan disputándose la clientela por todos los medios.

La cortesía se considera debilidad; el respeto mismo á los mayores no pasa de una deferencia puramente externa, sin raíces en el alma; y este modo de ser se encuentra hasta en las autoridades mismas. Un comisario central de una ciudad importante hablaba del resultado de unas elecciones con el gobernador:

—¿El señor C. es el que ha triunfado? Le veo á menudo en el café—decía;—habla con todo el mundo sin cumplimientos; es un buen republicano; ¿quién ha sido su competidor?

—Otro republicano, el diputado provincial M., un ingeniero que dirige una vasta explotación; persona culta y correctísima.

—¡Ah, sí!—replica el comisario con desdén.—No le conozco, pero me lo figuro: alguno bien trajeado, de buena educación: eso huele á clerical.

Y no es que el buen tono se haya refugiado en la aristo-

cracia; el aristócrata de hoy forma una casta ociosa, sin contacto con la realidad y sin cultura espiritual de ninguna clase. El automovilismo les ha conquistado, y el automovilismo es escuela de rudeza. De ahí que en los salones se vea la brusquedad en candelero; con ella las mujeres piensan picar á los hombres, como antes los seducían con su sutil charla, y en el nuevo género suelen encontrarse las pobres criaturas con respuestas brutales.

Ni siquiera la instrucción modifica estas condiciones de la vida contemporánea, porque hoy la instrucción es utilitaria, técnica; aun llevada al extremo no engendra humanistas, hombres cultos, sino especialistas, hombres pedantes que no ven más allá del horizonte de su especialidad: el químico se complace del mecánico, y el mecánico desdeña al naturalista.

No hay que extrañarse de nada de esto: es la consecuencia de la aspereza de la lucha por la existencia, y de la entrada en la liza de clases numerosas, antes desdeñadas ó aplastadas, que llegan al combate con todo el hervor de sus pasiones y con toda la inexperiencia de un trato social de que jamás habían disfrutado. Confiemos en que todo esto pasará, y en que la sociedad que salga de los nuevos moldes, aun ajustando á nuevas fórmulas sus costumbres, sabrá dulcificarlas y hacerlas amables para vivir mejor.

*
* *

LAS QUE TRABAJAN PARA FUERA.—En París hay 80.000 obreras costureras, floristas, gorreras, etc., de las que trabajan en sus casas para los almacenes. Son 80.000 desgraciadas que, al vivir aisladas, sin asociación posible, carecen de fuerza para obtener mejoras en sus salarios y vegetan horriblemente, víctimas de la competencia más desenfrenada y de la caza del céntimo, perseguido por los almacenes rivales.

Jorge Cahen ha visitado algunas de las casas en que viven estas obreras, y su información es terrible. En la calle de Vercingetorix viven una madre y una hija que trabajan en flores,

y cuya especialidad son los botones de mimosa, entregándolos por gruesas á la patrona; con gran trabajo llegan entre las dos á concluir cuatro ó cinco gruesas (cada gruesa son doce docenas, ó 144) diarias; pero las pagan á 50 céntimos la gruesa, y para eso logran que las den trabajo por favor, porque la patrona las conoce desde hace diez años; sacan así de dos á dos francos y medio; pero á últimos de Febrero cesa el trabajo, y así se llega hasta Octubre.

Esto, sin embargo, es una fortuna al lado de otros casos; en la calle del Château vive una viuda con cinco hijos, el mayor de diez años; el más pequeño, de cuatro meses, se agita en la cuna; en la cama se revuelcan harapientos otros tres, dos con coqueluche, y otro con escarlatina; el mayor está en la escuela. Mientras vivió el marido, la pobre mujer llegaba á comer; pero desde que faltó, tiene que privarse de comer, de cada dos días, uno; pensó en buscar otro hombre, y lo encontró; á los tres meses estaba en cinta, y al cuarto abandonada. Y hay que trabajar trece ó catorce horas para dar pan á los chiquillos. Desde hace diez y siete años, aquella mujer no hace más que delanteras de camisas de hombre; la pagan cuarenta céntimos por el ciento de las de pliegues huecos y diez céntimos por el ciento de las de pliegues rayados, y tiene que poner el hilo, que representa cinco céntimos. Así, reventándose, consigue sacar dos francos diarios, el día que puede, salvo de Junio á Septiembre, en que no hay trabajo.

En Montmartre hay todo un barrio explotado por dos ó tres grandes casas: aquí es una viejecita que, en los ratos que tiene libres, se dedica á orlar sábanas, llegándose á hacer un par de ellas al día; son cuarenta céntimos para ayuda de gastos; allá es la mujer de un pintor que acepta 70 céntimos por cada par de sábanas, con sus jaretones, calados y sus respunteados dobladillos, y gracias á lo cual puede ofrecerse el lujo de andar coquetonamente y de ir alguna vez con su marido al teatro ó al café. Esas pueden aceptar salarios irrisorios, porque para ellas no constituye sino un pequeño ingreso más. Pero ¿y las

que tienen que vivir con tales jornales? ¿Es posible aceptar 40 céntimos por una docena de delantales y 20 céntimos por una docena de pañuelos? Parece increíble, y, sin embargo, los pedidos de trabajo así retribuido exceden siempre de la oferta, y son siempre numerosas las pobres obreras que ni aun en tales condiciones obtienen labor.

El legislador, que tanto se ha preocupado del trabajo en los talleres, debe también fijar su atención en esas desdichadas que consumen su vida trabajando para fuera en sus miserables viviendas, á fin de protegerlas y ampararlas, que harto lo merecen.

FERNANDO ARAUJO

NOTAS BIBLIOGRÁFICAS

Studii di diritto costituzionale, per Ignazio Tambaro. Napoli, 1905.
Un volumen de 147 páginas.

Contiene este libro cuatro estudios, que llevan los siguientes títulos: *Teoría de la resistencia*, *El derecho público y la educación política*, *Ensayo sobre el derecho penal electoral*, *Leciones sobre la representación proporcional*. Como se advierte desde luego por la simple lectura de ellos, los temas no son de los que se tratan por primera vez, sino que, al contrario, sobre los mismos se ha escrito bastante, según es sabido. El autor recuerda justamente lo principal de la literatura acerca de ellos, y singularmente del primero y el último, que son los que la tienen más abundante: aquél, en los escritores del antiguo régimen, y éste, en los modernos y contemporáneos. Las noticias de esta clase y de índole histórica y legislativa es lo más apreciable en los *Estudios* de que se habla. Quizá no fuese tampoco dable comunicarles interés sino por este lado, visto lo trillado y poco llamativo de la materia, cuando menos en el día de hoy.

Le idealità giuridiche nella filosofia positiva del diritto, per Alessandro Levi. Prolusione ad un corso libero di filosofia del diritto nella R. Università di Padova.—Padova-Verona, Fratelli Drucher, editori, 1906. Folleto de 36 páginas, 1,50 liras.

El autor ha comenzado á enseñar, en concepto de *libero docente* (*Privatdozen*), filosofía del derecho en la Universidad de Padova, donde hace poco era él mismo estudiante. El breve

escrito de que ahora se trata es su prolusión á su curso, y en ella desenvuelve el autor un punto que ya ha tratado más concisamente en algunos otros de sus escritos, publicados con anterioridad, y singularmente en uno notable que lleva el título siguiente: *Per un programma di filosofia del diritto*.

Levi se confiesa ahora, como otras veces lo ha hecho, «francamente positivista, sin atenuaciones ni compromisos». Y siendo poco menos que un lugar común para ciertas gentes la creencia de que el positivismo es enemigo de las idealidades y de que, por tanto, en la filosofía positiva del derecho no caben las idealidades jurídicas, el autor ha querido mostrar lo equivocado de tal concepción enseñando de qué manera dicha filosofía puede y aun debe ocuparse de las referidas idealidades.

En el folleto hay páginas no poco sugestivas, sobre todo aquellas que dedica á poner de resalto el valor ideal de los principios proclamados por la Revolución francesa.

P. DORADO

ÍNDICE

	<u>Págs.</u>
<i>El libro, la revista y el periódico en España</i> , por Eloy Luis André.	5
<i>La evolución política argentina y sus bases económicas</i> , por José Ingegneros	25
<i>Recuerdos</i> , por José Echegaray	34
<i>Las últimas negociaciones de matrimonios regios entre Inglaterra y España, en 1623</i> , por Juan Pérez de Guzmán	47
<i>Diego Velázquez y su siglo</i> , por Carlos Justi	67
<i>Sobre el espíritu de rebeldía y el de conservación</i> , por P. Dorado.	102
<i>El pretendiente americano</i> (novela), por Mark Twain	116
<i>Crónica literaria</i> , por E. Gómez de Baquero	150
<i>Revista de Revistas</i> , por Fernando Araujo	160
<i>Notas bibliográficas</i> , por P. Dorado	204

CATÁLOGO

por orden alfabético de materias, de las obras que se venden en la
Administración de LA ESPAÑA MODERNA, Calle de Fomento,
número 7, bajo, Madrid.

ANTROPOLOGÍA

- Ferri.**— Antropología criminal, 3 pesetas.—Nuevos estudios de antropología criminal, 3 pesetas.
Lombroso.— Antropología y psiquiatría, 3 pesetas.—El hipnotismo, 3 pesetas.—Aplicaciones judiciales y médicas de la antropología criminal, 3 pesetas.—Ultimos progresos de la Antropología criminal, 3 pesetas.—En colaboración con Ferry, Garofalo y Fioretti: La Escuela criminológica positivista, 7 pesetas.
Lemcke.— Estética, 8 pesetas.—Garofalo y Fioretti: La escuela criminológica positivista, 7 pesetas.
Westermarck.— El matrimonio en la especie humana, 12 pesetas.

ARTE

- Lemcke.**— Estética, 8 pesetas.
Taine.— Filosofía del Arte, 3 pesetas.—La pintura en los Países Bajos, 3 pesetas.—El ideal en el Arte, 3 pesetas.—El Arte en Grecia, 3 pesetas.—Nápoles, 3 pesetas.—Roma, 2 tomos, 6 pesetas.—Florencia, 3 pesetas.—Venecia, 3 pesetas.—Milán, 3 pesetas.

BIOGRAFÍA

- Araujo.**— Goya, 3 pesetas.
Asensio.— Pinzón, 3 pesetas.—Fernán Caballero, 1 peseta.

- Barbey.**— El Dandismo y Jorge Brummel, 3 pesetas.
Becerro de Bengoa.— Trueba, 1 peseta.
Bergeret.— Mouton (Merinos), 1 peseta.
Boissier.— Cicerón y sus amigos, Estudio de la sociedad romana del tiempo de César, 8 pesetas.
Bourget.— Taine, 0,50 pesetas.
Campoamor.— Cánovas, 1 peseta.
Dorado.— Concepción Arenal, 1 peseta.
Fernández Guerra.— Hartzenbusch, 1 peseta.
Fernán-Flor.— Zorrilla, 1 peseta.—Tamayo, 1 peseta.
Gautier.— Nerval y Baudelaire, 3 pesetas.—Madama de Girardin y Balzac, 3 pesetas.—Heine, 1 pta.
Goncourt.— María Antonieta, 7 pesetas.—La Pompadour, 6 pesetas. Las favoritas de Luis XV, 6 ptas.—La Du-Barry, 4 pesetas.
Gladstone.— Los Grandes Nombres, 5 pesetas.—Lord Macaulay, 1 peseta.
Goethe.— Memorias, 5 pesetas.
Haussonville.— La Juventud de Lord Byron, 5 pesetas.
Heine.— Memorias, 3 pesetas.
Lange.— Luis Viver, 2,50 pesetas.
Macaulay.— Vida, Memorias y Cartas, 2 tomos, 14 pesetas.—La Educación de Lord Macaulay, 7 pesetas.
Maupassant.— Zola, 1 peseta.

Menéndez y Pelayo.—Núñez de Arce, 1 peseta.—Martínez de la Rosa, 1 peseta.
Meneval.—María Stuardo, 6 ptas.
Molins.—Bretón de los Herreros, 1 peseta.
Pardo Bazán.—El P. Coloma, 2 pesetas.—Alarcón, 1 peseta.—Campoamor, 1 peseta.
Passarge.—Ibsen, 1 peseta.
Picón.—Ayala, 1 peseta.
Renán.—Mi infancia y mi juventud (agotada).—Memorias íntimas, 2 tomos, 6 pesetas.
Sainte-Beuve.—Tres mujeres, 3 pesetas.—Retratos de mujeres, 3 pesetas.
Stuart-Mill.—Mis Memorias, 3 ptas.
Tolstoy.—Mi infancia, 3 pesetas.—Mi juventud, 3 pesetas.—Mi confesión, 3 pesetas.
Valera.—Ventura de la Vega, 1 pta.
Wagner.—Recuerdos de mi vida, 3 pesetas.
Zola.—Jorge Sand, 1 peseta.—Victor Hugo, 1 peseta.—Balzac, 1 peseta.—Daudet, 1 peseta.—Sardou, 1 peseta.—Dumas, 1 peseta.—Flaubert, 1 peseta.—Chateaubriand, 1 peseta.—Goncourt, 1 peseta.—Mousset, 1 peseta.—Gautier, 1 peseta.—Stendhal, 1 peseta.—Sainte-Beuve, 1 peseta.

CRÍTICA LITERARIA

Caro.—Nuestras costumbres literarias, 3 pesetas.—La crítica en la actualidad, 3 pesetas.
Zola.—Estudios literarios, 3 pesetas.—Mis odios, 3 pesetas.—Nuevos estudios literarios, 3 pesetas.—Estudios críticos, 3 pesetas.—El naturalismo en el teatro, 2 tomos, 6 pesetas.—Los novelistas naturalistas,

2 tomos, 6 pesetas.—La novela experimental, 3 pesetas.

DERECHO

Aguanno.—La Génesis y la evolución del Derecho civil, 15 pesetas.—La Reforma integral de la legislación civil (2.^a parte de La Génesis), 4 pesetas.
Arenal.—El Derecho de Gracia, 3 pesetas.—El Visitador del preso, 3 pesetas.—El Delito colectivo, 1,50 pesetas.
Arnó.—Las servidumbres rústicas y urbanas, 7 pesetas.
Asser.—Derecho internacional privado, 6 pesetas.
Burgess.—Ciencia política y Derecho constitucional comparado, 2 tomos, 14 pesetas.
Carnevale.—Filosofía jurídica, 5 pesetas.—La cuestión de la pena de muerte, 3 pesetas.
Dorado Montero.—Problemas jurídicos contemporáneos, 3 pesetas.—El Reformatorio de Elmira (Derecho penal), 3 pesetas.
Fouillée.—Novísimo concepto del Derecho en Alemania, Inglaterra y Francia, 7 pesetas.
Framarino.—Lógica de las pruebas (en Derecho penal), 2 tomos, 15 ptas.
Gabba.—Derecho civil moderno, 2 tomos, 15 pesetas.
Garofalo.—La criminología, 10 pesetas.—Indemnizaciones á las víctimas del delito (2.^a parte de La criminología), 4 pesetas.
Giuriati.—Los errores judiciales, 7 pesetas.
González.—Derecho usual, 5 ptas.
Goodnow.—Derecho administrativo comparado, 2 tomos, 14 pesetas.
Gross.—Manual del Juez, 12 ptas.